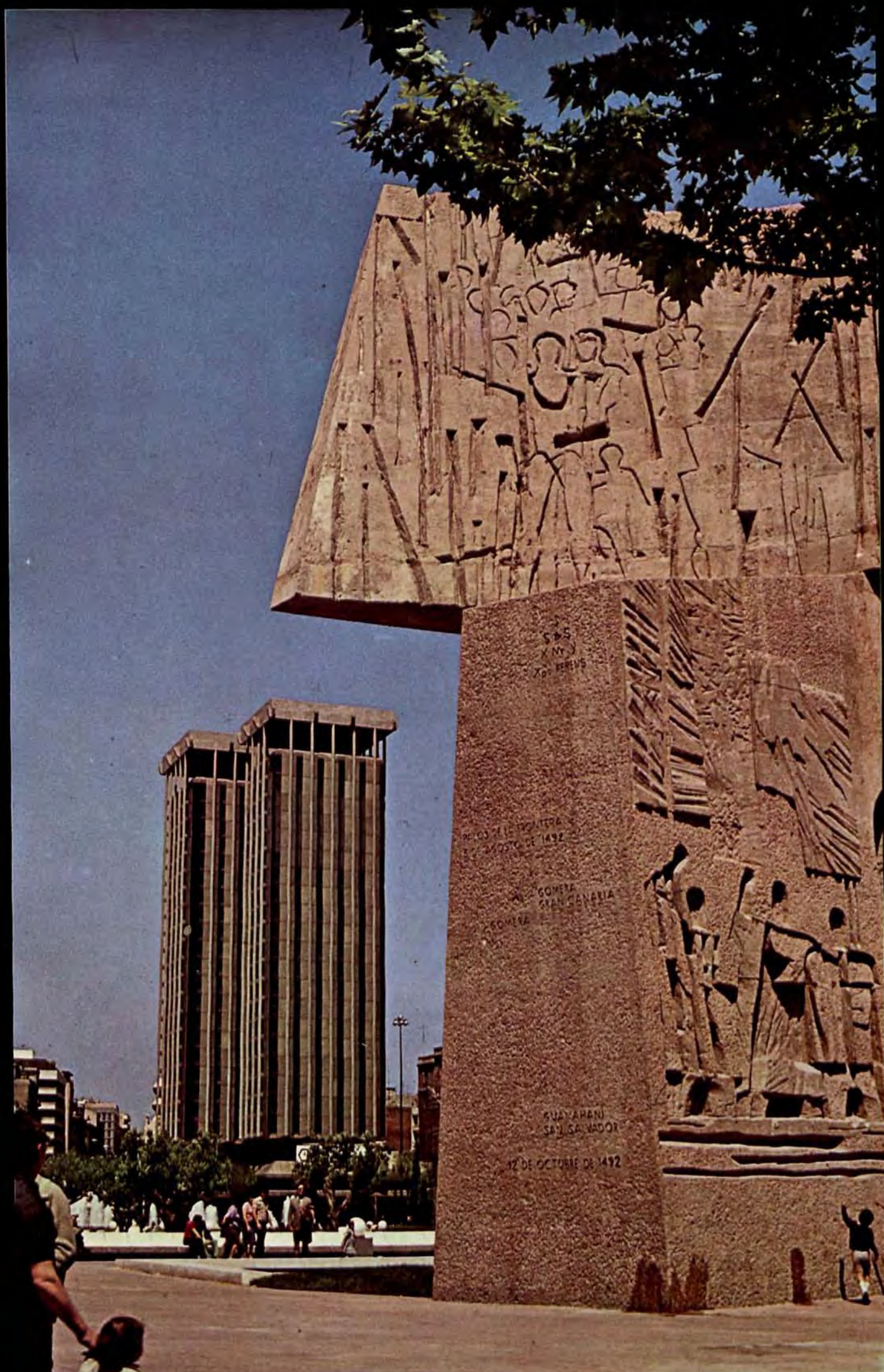


VILLA de MADRID



Ayuntamiento de Madrid

VILLA *de* MADRID

R E V I S T A D E L E X C M O . A Y U N T A M I E N T O

DELEGACION DE EDUCACION

DIRECTOR:
RUFO GAMAZO RICO

REDACCION Y ADMINISTRACION:
PLAZA DE LA VILLA

Teléfonos: Dirección, 247 63 35

Administración, 248 01 29

PRECIO DEL EJEMPLAR: 150 PESETAS

SUSCRIPCIONES

Año: (4 ejemplares) 600 pesetas

M A D R I D

AÑO XV

1977 - II y III

NÚMS. 55-56
(ESPECIAL)

Sumario

Madrid, en la gesta del Descubrimiento, por JUAN DE ARESPACOHAGA.

Los Reyes de España inauguraron el conjunto urbanístico y cultural de la zona de Colón, por LUIS PRADOS DE LA PLAZA.

El Monumento del Descubrimiento, por JOAQUÍN VAQUERO TURCIOS.

Así es la plaza del Descubrimiento. De la Memoria redactada por MANUEL HERRERO PALACIOS.

Donde Colón y el Descubrimiento se funden, por MARIANO JUBERÍAS OCHOA.

Sobre Colón y su viejo monumento, por ENRIQUE PASTOR MATEOS.

La primitiva plaza de Colón, por FEDERICO CARLOS SAINZ DE ROBLES.

La historia larga de una cesión al pueblo de Madrid, por MARGARITA JIMÉNEZ.

Premios «VILLA DE MADRID» 1977, por JOSÉ LEAL FUERTES.

Madrid en la filatelia, por ALEJANDRO FERNÁNDEZ POMBO.

Justa Poética en honor de San Isidro Labrador, por ANTONIO APARISI.

Pregón de las Fiestas de San Isidro, por AGUSTÍN YÁÑEZ.

Presencia de los alcaldes de las capitales americanas.

Apuntes para un catálogo de lápidas madrileñas, por JUAN SAMPELAYO.

Fotografías: Aulocolor, Mariano Juberías, L. Ramírez, José María Izquierdo, Archivo de Contreras.

Ilustraciones: Chansa y Balbuena.

Depósito legal: M. 4.194-1958

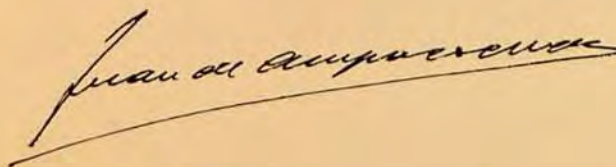
A. Gráficas MAGUNCIA. Trujillos, 7
MADRID

MADRID, EN LA GESTA DEL DESCUBRIMIENTO

MADRID, ciudad abierta a todos los vientos, a todas las gentes, a todas las culturas, rompeolas de las Españas, en el verso de Machado, ciudad con vocación universalista, tiene, entre sus timbres de gloria, uno muy particular: el que entre sus muros, en febrero de 1486, toma el viento favorable la empresa ideal de Cristóbal Colón. En efecto fue en nuestra ciudad donde la voluntad real marcó al fin un rumbo coincidente con las esperanzas del Almirante de La Mar Soberana.

Esta vinculación de Madrid al más alto hecho de la Historia, el descubrimiento del Nuevo Mundo, ha sido la motivación espiritual de las importantes obras que se inauguran por Su Majestad el Rey Don Juan Carlos I en la Festividad de San Isidro de 1977: el Centro Cultural de la Villa de Madrid y los Jardines del Descubrimiento, en los que los símbolos naturales —agua, piedra, árboles, estatuas— perpetuarán el vínculo de nuestra capital al mundo iberoamericano.

El funcionamiento del recinto cultural que se integra en esta nueva plaza quedará unido a la imagen de la gran Comunidad de los pueblos hispánicos, y su destino posterior estará determinado por el hecho de mantener siempre viva en el centro de Madrid la imagen dinámica de la cultura de las Naciones que alumbró el genio de Colón y protagonizaron históricamente los Reyes de España.



Juan de Arespacochaga
Alcalde Presidente

Un orgullo, en el corazón de Madrid

LOS REYES DE ESPAÑA INAUGURARON

Por Luis PRADOS DE LA PLAZA



Los Reyes de España y el alcalde de Madrid, en el momento de situarse en el estrado presidencial de los Jardines del Descubrimiento, desde donde se pronunciarían los discursos inaugurales.

EL CONJUNTO URBANISTICO Y CULTURAL DE LA ZONA DE COLON



En las dos fotografías se advierte el numeroso público asistente a la inauguración en la mañana de San Isidro. A la derecha, el señor Arespacochaga durante las palabras que pronunció ante Sus Majestades los Reyes y miembros del Gobierno.

LA historia la marca el pueblo y el pueblo ha dicho que sí a este conjunto urbanístico y cultural que preside la estatua del Almirante Cristóbal Colón. En la fiesta patronal de la Villa y Corte, resaltada la fecha de San Isidro con la presencia de los Reyes de España y las aclamaciones de millares de madrileños, la nueva Plaza de Colón ha sido abierta al público. Se unen los Jardines del Descubrimiento y el Centro Cultural de la Villa de Madrid. Todo lleva el símbolo de la Hispanidad. Diecinueve alcaldes de capitales hispanoamericanas fueron testigos de la solemnidad con que despierta para Madrid un espacio urbano

sobresaliente, en el mismo corazón de la ciudad.

Para la crónica del archivo, con los Reyes de España y los alcaldes hispanoamericanos, estuvieron en primera fila el presidente y vicepresidente del Gobierno; ministros de la Gobernación, Asuntos Exteriores y Ejército; arzobispo de Madrid-Alcalá, presidente del Instituto de Cultura Hispánica, embajadores de todos los países iberoamericanos acreditados en Madrid, duque de Veragua y alcaldes de Barcelona, Sevilla, Palos de la Frontera... Asistió el ex alcalde Carlos Arias Navarro, de cuyo paso por el Ayuntamiento de la Villa habrá que anotar —entre tan-

tas realizaciones— esta «primera piedra» del conjunto urbanístico limitado por Recoletos, Castellana, Goya, Serrano y Jorge Juan. La adquisición de la antigua Casa de la Moneda fue un paso clave para la fiesta de este San Isidro 1977.

«Esta inauguración ofrece una satisfacción íntima —dijo el alcalde Juan de Arespacochaga, entre otras cosas, durante su discurso de ofrecimiento—, porque nuestro Rey don Juan Carlos inauguró su reinado poniendo sobre la actualidad algo que, alguna vez, se intuyó y anunció con criterios historicistas y retóricos, más que con los pragmáticos y políti-



Don Juan Carlos I corta la cinta con los colores de la bandera de España.

cos. Es el hecho de considerar llegado el momento de la unión de aquellos pueblos que, con unas mismas coordenadas culturales y con unos mismos esquemas mentales, están dispuestos a ser una colectividad importante en la organización del mundo futuro y en la defensa —porque también tiene sus ataques— de nuestra cultura. Quiere ser así un hito de un importante movimiento que, lanzado

desde la capital de España y recogido desde muchos países americanos, pueda lograr en un breve plazo la cristalización de un deseo bien sentido a ambos lados del Atlántico».

CASI CINCUENTA MIL METROS CUADRADOS

Cincuenta mil metros cuadrados tienen la palabra. Algo menos,

para ser completamente precisos. No se cuenta el aprovechamiento del subsuelo, que acaso sea la obra de ingeniería menos reconocida, hasta el momento, de la geografía de Madrid. Desde las macroesculturas de Vaquero Turcios, hasta la cascada de agua que cubre el pasillo de entrada al Centro Cultural de la Villa de Madrid, el espacio abierto ha merecido el reconocimiento del pueblo y la admiración



En primer término, la estatua de Colón. La vista aérea muestra una bella panorámica de los Jardines del Descubrimiento, con las macroesculturas de Vaquero Turcios de telón de fondo.

de los visitantes. Tal vez el nombre de Jardines del Descubrimiento, que nunca me gustó —porque se quedaba corto para las calidades de lo que representa el conjunto— pueda tener un nuevo significado. Cada madrileño que ha desfilado por allí ha hecho su propio «descubrimiento». Descubrir una hermosa y limpia apertura urbana, en lo que se ha denominado «mamo-

treto», «desastre urbanístico», «plaza antidemocrática» y otras desatinadas, ignorantes y envidiosas calificaciones puede tener, también, su interés. La justicia del conjunto de Colón se cumple con el plebiscito que cientos de miles de ojos comprueban y aplauden cada semana. Madrid entero ha paseado por la nueva plaza o los jardines, por la exposición o el au-

ditorio, apenas cumplido el primer mes de su inauguración oficial.

MAS GRANDE Y MAS GLORIOSA

En cierto modo, una frase del discurso del alcalde de Santo Domingo, don Juan Estrella Rojas, durante los actos de inauguración,



vienen a resaltar lo que ha sucedido con este difícil proyecto, realizado en tiempos y puesto en «la picota» a la hora de descender el telón. Se refería el alcalde hispanoamericano a los valores de la Hispanidad y de España «que es más grande cuanto más combatida y más gloriosa cuanto más calumniada».

Unos momentos antes, después de que los Reyes de España hubieran recibido la cariñosa acogida de los madrileños y un batallón del Ministerio del Ejército había rendido honores, fueron depositados en una arqueta —al pie del conjunto escultórico que remata el fondo de la calle de Serrano— varios puñados de tierra traída de los diferentes países hispanoamericanos. Después, don Juan Carlos y doña Sofía depositaron una corona de laurel al pie del monumento a Cristóbal Colón y en presencia del duque de Veragua.

Recorridas las galerías de exposiciones —sellos, pintura y arqueología, siempre desde el prisma hispanoamericano—, las autoridades asistentes tuvieron ocasión de comprobar la calidad de la obra de ingeniería que representa el Centro Cultural de la Villa de Madrid. Se utiliza así el único espacio del subsuelo que no tenía misión en los alrededores. A las galerías de servicios del eje Recoletos-Castellana, al espacio del Metro y a los sótanos de la Biblioteca Nacional se unen —aparte del estacionamiento de vehículos—, tres pisos para gran auditorio, sala de conferencias y exposiciones, además de otros servicios complementarios.

La solemne fiesta de inauguración finalizaría con un concierto de la Orquesta Nacional, que presidió la Reina doña Sofía.

Dirigido por el maestro Frühbeck de Burgos el primer espectáculo del Auditorium del Centro Cultural de la Villa de Madrid respondió al siguiente programa:

«Quinta sinfonía, en Do menor», de Ludwig van Beethoven.

«Noches en los jardines de España (Impresiones sinfónicas para piano y orquesta)», de Manuel de Falla. Solista: Joaquín Soriano.

«La verbena de la Paloma», de Tomás Bretón.

«La Revoltosa», de Ruperto Chapí.

En las notas al programa de este espléndido concierto inaugural, escritas por don Antonio Fernández-Cid se dice, entre otras cosas, lo siguiente:

«En la inauguración de un Auditorio, que es gala de un nuevo paisaje urbano en el corazón de Madrid, cuando tantas esperanzas hemos de poner todos en su eficaz servicio a la causa de la buena música, el concierto inaugural tiene valor significativo. Por los intérpretes y el programa. Por confiado a la Orquesta que lleva el nombre de Nacional y a su director titular, Rafael Frühbeck de Burgos, sólo hace unas semanas triunfador absoluto al frente de la entrañable Banda Municipal. Por la selección de títulos que se ha establecido.

En efecto, nada más fácil que determinar su adecuación. Beethoven, el más universal de los músicos, cuando se conmemoran los ciento cincuenta años de su muerte; con la obra más representativa, la sinfonía «tipo» en la historia de la música: la «Quinta». Falla, el primerísimo de los compositores nacionales, todavía recientes los ecos de las celebraciones del centenario de su nacimiento, con obra que hasta en el título habla de su dedicación a España: los famosos «Nocturnos» para piano y orquesta. Bretón y Chapí, quienes mejor supieron dotar a Madrid de música propia, castiza y pimpante, hermanados con aquellos grandes, porque, en su género, lo son como ellos.»

EXPOSICION, MUSICA, CINE Y TEATRO

Durante el primer mes, transcurrido desde el 15 de mayo último,

se han ofrecido veintitantas actuaciones de grupos folklóricos iberoamericanos y de coros y danzas españoles. Se ha renovado una de las exposiciones. Se han celebrado unas Justas Poéticas y se ha prestado el marco para una muestra de cine, recitales de canto, teatro, conciertos... Una agrupación de música de cámara lleva el nombre de «Trío de Madrid»... Arriba, en el exterior y apurando los últimos días de la primavera madrileña, los visitantes que componen el pueblo y saben juzgar por sus propios criterios se han definido por reconocer como un orgullo de Madrid este conjunto urbanístico recién rematado.

AUTENTICA EXPRESION DE AMERICA Y ESPAÑA

Juntamente con las exposiciones: Filatélica, El Barroco Paraguayo, Arqueología Taina de Santo Domingo y, posteriormente, Arte Actual de Iberoamérica, las Jornadas Folklóricas Hispanoamericanas han llenado las activi-

Por la noche, Concierto de la Orquesta Nacional, que presidió la Reina doña Sofía en el Auditorium del Centro Cultural de la Villa de Madrid.







La Orquesta Nacional en el concierto de inauguración.

dades de Música y Bailes, con sentido propio, del espacio madrileño recién inaugurado. Para la crónica de los estudiosos recogemos las palabras con las que el presidente del Instituto de Cultura Hispánica, don Alfonso de Borbón, saludó el acontecimiento de la Danza y la Canción de los pueblos que tienen el mismo origen:

«Pocas aventuras culturales tan sugeridoras para la hermandad de hombres y razas como la del folclore hispanoamericano.

España llevó a las nuevas comunidades americanas —entre tantas cosas— todo su riquísimo saber popular junto a la cultura musical del Renacimiento. Los españoles descubrieron a los músicos aborígenes las cuerdas musicales, desconocidas para ellos, en sus vihuelas y guitarras. Los misioneros, al descubrir la magnífica predisposición armónica de las culturas indígenas, hicieron llegar su mensaje religioso a través de canciones y melodías, recurso imitado siglos después por los pastores protestantes con los negros del sur de Estados Unidos que crearían la tradición de los «espirituales».

Amerindios y criollos lograron fundir así sus respectivas herencias artísticas en un mestizaje espléndido cuyo fruto sería uno de

los más ricos, acaso el más rico, de los folklores universales. Y este acervo cultural recibiría en seguida la importantísima aportación afroamericana que iba a injertar, entre otras facetas, un sentido instintivo del ritmo.

Al inaugurar el Centro Cultural Villa de Madrid, en la nueva plaza de Colón de la capital de España, estas Jornadas de Folklore Hispanoamericano subrayan la importancia de este legado, auténtica expresión del saber popular de América y España.

Nuestro agradecimiento a cuantos las han hecho posibles.»

FESTIVALES POPULARES DE VERANO

No ha querido el Ayuntamiento de Madrid quedarse sólo en la inauguración oficial, ni siquiera aprovechar el respiro del verano para retocar los últimos detalles de una obra de tanta envergadura, que, necesariamente, ha tenido una última fase de urgencia.

El Centro Cultural de la Villa de Madrid ha tenido un arranque brillante. No soy yo el más indicado para proclamarlo, aunque sí me siento en la obligación de informar al pueblo de Madrid de cuál ha sido el propósito principal

de su alcalde, a través de la Delegación de Educación y Cultura, que tan brillante gestión ha realizado en el año y pico del Ayuntamiento de Arespacochaga. Los festivales populares de verano —teatro, cine, ballet y representaciones líricas— son la expresión de ese impulso cultural que se quiere ofrecer en el corazón de Madrid, desde este nuevo espacio urbanístico, que tiene nombre y símbolo del Descubrimiento de América, y que ha dejado en el subsuelo unas magníficas instalaciones dedicadas a la cultura popular: Auditorium, sala de conferencias y galerías de exposiciones.

HA FALLADO LA DEMAGOGIA

Decían unas pobres cuartillas anónimas, enviadas a los periódicos en la víspera de San Isidro —después de que se ensayó una huelga de trabajadores, para que la inauguración «fuera un fracaso»— que «se comprende que el Ayuntamiento esté hoy a la búsqueda ansiosa de créditos, pues sólo la plaza de Colón representa para el madrileño en términos absolutos una verdadera ruína sin posible restitución. Este conjunto, concebido de espaldas a las necesidades reales de la ciudad, tanto a nivel económico, ecológico, peatonal y de funcionalidad exige una explicación por parte del Ayuntamiento al pueblo de Madrid». Increíble desconocimiento, increíble demagogia y, naturalmente, increíble mentira.

¿Quieren ustedes más explicación?. Los Reyes de España han inaugurado un conjunto urbano de alta calidad —paseos y centro de cultura—, que Madrid precisaba en la confluencia de Retiro, Chamberí y Salamanca. Como está ahí, a la vista y disfrute de todos, huelgan las explicaciones. La realidad se ve con los ojos y se toca con las manos... El pueblo, que a la larga no admite engaños, se ha definido con el gran fervor de su presencia, del lado bueno de la nueva Plaza de Colón.

L. P. de la P.



EL MONUMENTO DEL DESCUBRIMIENTO



Por Joaquín VAQUERO TURCIOS

EL proyecto de ordenación de la nueva plaza, preveía la construcción de un monumento, complementario en su tema al ya existente dedicado a Colón, obra de Mérida y Suñol, y situado en el extremo opuesto, paralelamente a la calle de Serrano, con una altura tal que sir-

viera de primer remate visual al nuevo espacio desde la plaza o jardín y aislase a este último del intenso y cercano tráfico rodado.

La franja de terreno determinada tenía unas dimensiones aproximadas de 12 metros por 90, y la estructura monumental debía ocuparla en toda

su longitud, siendo su anchura fija, al estar limitada entre la acera de Serrano y el vacío del aparcamiento preexistente, más allá del cual no se podía cimentar. Esos condicionamientos producían un esquema alto, estrecho, y largo, como un muro, cuya rigidez se evitó fraccionándolo en cuatro segmentos orientados de forma distinta y con algunos movimientos en planta, de manera de crear una variación de claroscuro y permitir penetraciones visuales. Se creó también una plataforma, accesible desde varios puntos, de manera que fuese posible acercarse a los volúmenes y moverse libremente entre ellos evitando el habitual aislamiento reverencial de los monumentos, y permitiendo la lectura cercana de las inscripciones.

El tema del monumento debía de ser precisamente el del descubrimiento de América, complementando al del Descubridor. Un tema que ha sido tratado casi siempre en España o con un triunfalismo tópico, o relegado al olvido con una especie de complejo de culpabilidad, que increíblemente todavía persiste. El denominador común de ambas actitudes es la ignorancia de unos hechos cuya versión habitual en la escuela, el monumento o el discurso ha sido una versión de guardarropía, falseada y mitificada. Esa versión no es nueva, sino que viene ya desde siglos atrás, producida en parte conscientemente por viejas razones políticas, religiosas o raciales, y en parte por un desinterés generalizado por nuestra historia, en particular con la que tiene que ver con América. Un desinterés contra el que ya fray Bartolomé de las Casas, contemporáneo del Descubrimiento, tuvo que luchar, a menudo infructuosamente, y que hoy persiste en muchos españoles que parecen querer, atacándolo, minimizándolo o poniéndole adjetivos peyorativos, olvidarlo, liberándose así de una especie de «pecado original» nacional, del que se verían purificados por ese procedimiento de avestruz. Porque la historia es irreversible, porque un continente en que cientos de millones de seres hablan castellano no va a dejar de existir, porque hoy algunos crean que recordarlo es «imperialista». No. Precisamente lo que hay que hacer es abordar el hecho empezando por el principio, por conocerlo. Sólo así podremos valorar en su justa medida lo que es ese Nuevo Mundo, al que pertenecemos también nosotros desde que Colón y sus dos capitanes andaluces pisaron la playa de Guanahani. Sólo así podremos saber lo que significó el descubrimiento mutuo de dos continen-



Desde el momento de su inauguración, la obra de Vaquero Turcios ha sido contemplada con curiosidad estudiosa.

tes, de sus culturas y sus hombres, y comprender de verdad lo que hubo de malo y de bueno en esa historia irreversible, para hacerlo nosotros mejor si somos capaces. A mí, que tengo sangre española y americana, ese conocimiento me parece vital.

He dicho que había que empezar por el principio, por la historia del Descubrimiento. Por esa historia de la que el español medio sabe apenas algo referente al cofrecillo de las joyas de la reina Isabel, de las tres carabelas y de un fraile de la Rábida al que suele llamarse «fray Juan Pérez de Marchena», datos todos ellos inexactos, pero que han aparecido casi siempre, en parte o en su totalidad, en las recordaciones escritas o talladas en piedra que hasta hoy se han hecho, incluido el monumento a Colón, inaugurado hace un siglo en esta plaza. Por lo dicho, poco o nada se sabe a nivel popular de cómo sucedió realmente aquello y de quienes fueron los que lo hicieron posible. Todo ello está, evidentemente, en los libros y este monumento no pretende enseñar historia a nadie.

Pero sí poner, por fin, a la vista de todo aquel que quiera mirarlos, los nombres y los hechos verdaderos de esta historia, grabados en sus muros. Una historia grande, que habla de un Océano y de dos Continentes, pero también una historia mucho más popular, más emocionante, más casual y misteriosa de lo que nos habían enseñado. El monumento la pretende conmemorar, es decir, hacer que la recordemos juntos. Y si alguien lee las inscripciones, y al hacerlo siente la curiosidad de profundizar en el tema apasionante del descubrimiento de América, mi objetivo se habrá cumplido doblemente.

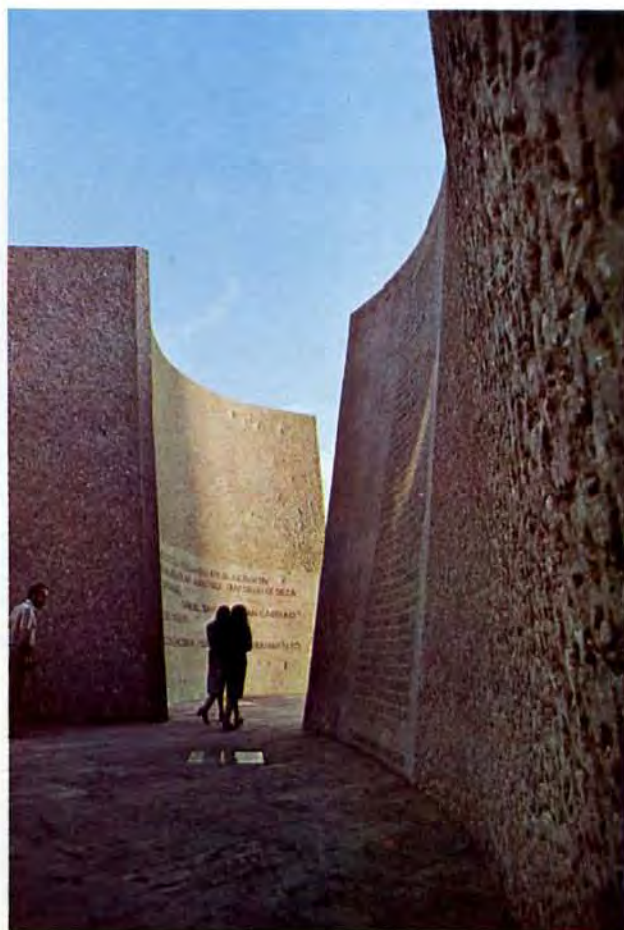
A través de dibujos y maquetas, fueron estudiadas las formas de los cuatro segmentos de muro, volúmenes definidos por superficies sencillas sobre las cuales, con un procedimiento eminentemente gráfico, aparecen los grandes dibujos incisos y las inscripciones correspondientes a los distintos momentos de la narración. Una narración expresada con intención popular, para ser se-

guida direccionalmente, y leídos fácilmente los nombres y las frases.

Cuando, en 1973, estuvo ordenado el «guión» histórico en los distintos capítulos plásticos, quise someterlo a la Real Academia de la Historia, en la persona de su director, don Jesús Pabón, cuya aprobación y aportación de datos y libros que yo desconocía me fueron de inestimable ayuda. Nombres, hechos y documentos, fueron calibrados y escogidos con la ayuda valiosísima de los historiadores, especialistas en temas colombinos y americanos, profesores Antonio Rumeu de Armas, Juan Manzano y Manuel Ballesteros Gai-brois. A ellos, y a don Cristóbal Colón, duque de Veragua, que guarda en su archivo documentos capitales de la historia del Descubrimiento, y con quien también pude examinar ampliamente el tema, quiero expresar mi profundo agradecimiento.

Una vez determinado el proyecto definitivo en todos sus detalles, comenzó la realización, que duró cuatro años. Desde las sucesivas maquetas en escala 1/10 y los planos ejecutivos, se pasó a la realización artística de los grandes murales grabados, trabajo que realicé palmo a palmo personalmente en sus 2.000

La noche da un ambiente romántico a este bello rincón del monumento



En el firme relieve, las figuras de Isabel y Fernando, los reyes que hicieron posible el Descubrimiento.





El escultor Vaquero Turcios, en plena tarea.

metros cuadrados de superficies decoradas, con la ayuda de un competente equipo técnico, que realizó los difíciles y delicados cometidos implícitos en una labor de este tipo. De ellos, quiero destacar los nombres del joven artista salvadoreño Mauricio Jiménez Larios y el del jefe de taller, Luis Alonso Toledo, cuyo esfuerzo fue especialmente valioso.

La construcción presentó numerosas dificultades técnicas, al tenerse que abordar problemas poco frecuentes y, en algunos casos nuevos, tanto para los ingenieros como para el artista. Se pusieron a punto una serie de procedimientos originales en el uso del poliestireno expando y en la construcción de encofrados y ar-

maduras metálicas. Los cálculos de estructura fueron llevados a cabo brillantemente por el ingeniero de caminos, José Enrique Bofill, y la construcción estudiada y dirigida por sus colegas, Jesús Luzuriaga y Frutos Velasco, con la colaboración del aparejador José Luis Rojas, todos ellos bajo el titular de la dirección de la obra, el arquitecto Herrero Palacios.

El hormigón, material elegido desde el primer momento como el más idóneo para este caso, fue compuesto con áridos rojos de Alicante, colocados en seco, inyectándose después el mortero que contenía polvo de ladrillo para acentuar la coloración. Una vez desencofrado,

fueron apiconadas amplias zonas del monumento para crear valoraciones cromáticas y de textura, que habían de complementar a los grafismos de las figuraciones y a las demás superficies.

LAS PROFECIAS

La historia del Descubrimiento tiene un preámbulo ineludible, porque el sueño del continente más allá del mar no empezó en España con la llegada de Colón. Por el contrario, fué siempre una visión obsesiva en los hombres nacidos en esta tierra, ya desde la antigüedad.

Por ello, la narración debía comenzar precisamente con unas palabras que cuando Colón las tradujo del latín al castellano y las utilizó para respaldar sus argumentos, tenían ya catorce siglos de vida. Son las palabras que Séneca hace decir como un murmullo profético, al coro de su «Medea» y de las cuales, justamente, el navegante descubridor se siente protagonista. Dicen así:

«Vendrán en los tardos años del mundo ciertos tiempos en los cuales el mar océano alojará los atamientos de las cosas, y se abrirá una grande tierra, y un nuevo marinero como aquél que fue guía de Jasón y que hubo de nombre Typhis descubrirá nuevo mundo, y ya no será la isla Thule la postrera de las tierras»

Esta inscripción preside el primero de los volúmenes del monumento, acompañada de una composición incisa en el paramento contiguo que simboliza la rotura de «los atamientos» del mar. Otra frase, ésta de San Isidoro de Sevilla, elegida por su rotunda concisión, acompaña a las palabras de Séneca. El autor de las «Etimologías», ocho siglos antes del Descubrimiento afirma:

«Además de las tres partes del mundo existe otro continente más allá del océano»

Pero estas palabras visionarias, escritas a este lado del océano, no serían suficientes si no estuviesen refrendadas por otras, igualmente sorprendentes, procedentes de la otra orilla: las profecías americanas del Descubrimiento.

De entre las muchas existentes, he escogido una frase de las «jaculatorias de los Ah-Kines», del «Chilam Balam» de Chumayel, uno de los libros mayas del Chilam Balam, que



constituyen una de las piedras angulares de la literatura indígena americana. Dice así:

«A la distancia de un grito,
a la distancia de una jornada están ya,
¡oh padre!
Recibid a vuestros huéspedes,
los hombres barbados, los del oriente,
los que traen la señal de Ku, la deidad» (1)

Con este texto profético maya, se completa el ciclo del primer volumen del monumento y se abre la narración de la génesis del descubrimiento del Nuevo Mundo.

LA GENESIS

La llegada de Colón a tierras de Castilla en la primavera de 1485 marca el inicio de la narración que ocupa los dos volúmenes centrales del monumento. En ellos se desarrollan los acontecimientos clave que tuvieron lugar durante siete años de lucha, de desilusiones y esperanzas que llevan a Colón, a través de las tierras de España, hasta el momento de la partida de las tres naves. Figuraciones e inscripciones reflejan las escenas más significativas y los nombres de lugares o personas que tuvieron un lugar decisivo en esa historia.



Como preámbulo a esas escenas aparece una inscripción con una frase que Colón escribió al margen de una página de la «Imago Mundi» de Pierre d'Ailly. Una frase soñadora que dice así: «Allende el trópico del Capricornio se encuentra la morada más hermosa pues es la parte más alta y noble del mundo, es decir, el paraíso terrenal.»

La llegada del futuro descubridor a La Rábida, con su hijo Diego, que era aún «niño» recuerda el papel importantísimo del convento franciscano en la historia del Descubrimiento.

Colón tiene su primera entrevista con los reyes en Alcalá de Henares en enero de 1486. En aquella ocasión, el futuro Almirante hizo «relación de su



imaginación» a los monarcas, sin lograr interesarles. Viendo que la entrevista llegaba a su fin, Colón hace valer ante ellos el apoyo que sus teorías tienen por parte de fray Antonio de Marchena, técnico en la materia que goza de la confianza real. Fray Antonio es llamado a la corte. Cuando llega a Alcalá ha transcurrido un mes y los reyes ya no están allí. Se hallan en una villa cercana que es, precisamente, Madrid. Allí van el marino y el fraile que son recibidos en audiencia entre los días 24 y 27 de febrero de 1486, probablemente en la casa de don Pedro Lasso de Castilla, junto a la iglesia de San Andrés, donde solían hospedarse Fernando e Isabel. Fray Antonio apoya cálidamente las teorías de Colón, y los reyes interesados



En el taller, la obra se va perfilando.

al fin deciden el nombramiento de una Junta de expertos para su ulterior examen (2). De ese modo, la futura capital de España pasa inesperadamente a ser punto germinal del Descubrimiento del Nuevo Mundo. Tan importante escena, tanto para la historia colombina como para la ciudad en que se erige este monumento, aparece también representada en uno de los paramentos principales, junto a los nombres de los cortesanos, castellanos o aragoneses, que apoyaron en distintos momentos a la persona o a las ideas de Cristóbal Colón, Luis de la Cerda, Duque de Medinaceli, Beatriz de Bobadilla, Marquesa de Moya, Alonso de Quintanilla, Gutierre de Cárdenas, Gabriel Sánchez, fray Hernando de Talavera...

También un nombre especialmente entrañable. El de Beatriz Enriquez de Arana, la compañera de Colón en sus duros años cordobeses, madre del que habría de ser gran humanista y biógrafo de su padre, Hernando Colón.

Más adelante otra escena decisiva. Tiene lugar en Santa Fé, en enero de 1492.

Colón ha estado presente en la rendición de Granada, gracias a la vital intervención de fray Juan Pérez, que escribe a la reina y la convence de llamar al genovés cuando ya éste se disponía a abandonar España, desilusionado ante las reiteradas negativas de la Junta.

En un clima eufórico de victoria, ésta se reúne una vez más, y todos

los indicios hacen suponer que la respuesta será ahora positiva. Pero una vez más la Junta rechaza la propuesta de Colón y éste, definitivamente desesperanzado, marcha de la Corte con intención de no volver. Es entonces cuando, dramáticamente, tiene lugar otra escena clave. Fray Diego de Deza, constante defensor de Colón y Juan Cabrero se presentan ante el rey Fernando, mientras Luis de Santángel, escribano de ración de la Corte aragonesa, lo hace ante la reina Isabel. Vehementemente les requieren para que no dejen marchar al portador del gran sueño de la tierra más allá del mar. Y Luis de Santángel ofrece en aquel momento su fortuna particular para sufragar los gastos de la expedición. La reina acepta el ofrecimiento del valenciano Santángel juntamente con el rey mandan a un mensajero que alcance en el camino al futuro descubridor de América. La decisión está tomada.

El 17 de abril, Juan de Coloma, secretario del rey Fernando, firma con Colón las capitulaciones de Santa Fé. Dos semanas más tarde los reyes firman el real privilegio por el cual Colón será Almirante y Visorey y Gobernador de las islas y tierra firme que descubriese y ganara. Es un documento solemne, mucho más que las capitulaciones, redactadas en términos legales.

La relación personal entre los monarcas y el marino y su patronazgo

de la empresa, queda muy claramente establecida en estas líneas donde los viejos blasones del mundo antiguo se mezclan con la presencia nebulosa e inminente de un mundo nuevo. Oigamoslo:

«Don Fernando y doña Isabel, por la gracia de Dios rey y reina de Castilla, de León, de Aragón, de Silicia, de Granada, de Toledo, de Valencia, de Galicia, de Mallorca, de Sevilla, de Cerdeña, de Córdoba, de Córcega, de Murcia, de Jaén, de los Algarbes, de Algecira, de Gibraltar e de las islas de Canaria; Conde e condesa de Barcelona; e señores de Vizcaya e de Molina; duques de Atenas e de Neopatria, condes de Ruysellón y de Cerdania; marqueses de Oristán e de Gociano: Por cuanto vos Cristóbal Colón vades por nuestro mandado a descubrir e ganar con ciertas fustas nuestras, e con nuestras gentes ciertas islas, e tierra firme en la mar Océana, e se espera que, con la ayuda de Dios, se descubrirán e ganarán algunas de dichas islas, e tierra firme en la dicha mar Océana, por vuestra mano e industria; e así es cosa justa e razonable que pues os ponéis al dicho peligro por nuestro servicio, seades dello remunerado; e queriendoos honrar e facer merced por lo susodicho, es nuestra merced e voluntad que vos, el dicho Cristóbal Colón, después que hayades descubierto e ganado las dichas islas e tierra firme en la dicha mar Océana, o cualesquiera dellas, que seades nuestro Almirante de las dichas islas e tierra firme que así descubrieredes e ganaredes; e seades nuestro Almirante, e Visorey, e Gobernador en ellas, e vos podades dende en adelante llamar e intitular don Cristóbal Colón...» (3).

La presencia simbólica de los reyes y la de su escudo, que Colón desplegara con el estandarte al desembarcar por primera vez en la playa de Guanahani, acompañan a la inscripción, mientras otra figuración grabada en el muro del volumen contiguo describe la escena del enroscamiento de las tripulaciones y la preparación de las naves en Palos. Es todo el período que va desde el 23 de mayo de 1492 hasta el 3 de agosto en que zarparán para la gran aventura. Martín Alonso Pinzón y fray Juan Pérez acompañan y respaldan a Colón mientras éste se dirige a los marineros desde la plaza de Palos junto a la iglesia de San Jorge. Aparecen en la composición la Virgen de la Rábida, ante la que oraron antes de la partida y «la Fontanilla» donde

se abastecieron de agua para las naves, dos de los elementos indispensables en la tradición local de esta historia. Detrás, la nao Santa María y las carabelas Pinta y Niña se preparan a desplegar sus velas.

En el centro de la composición de estos dos volúmenes centrales hay una concavidad que simboliza la acogida y germinación de las ideas de Colón. En ese paramento curvo están escritos, con caracteres más importantes que el resto de las inscripciones, los nombres de aquellos españoles que hicieron posible el Descubrimiento. Los nueve nombres indispensables que, a lo largo de los siete años que duró su génesis, tuvieron actuaciones decisivas, sin las cuales Cristóbal Colón no hubiera probablemente visto nunca la otra orilla del Océano ni hubiera bauti-



Vista de una de las macroesculturas.

Joaquín Vaquero Turcios en su taller de Madrid, ante las maquetas de trabajo y estudios para el monumento al Descubrimiento.





Vaquero Turcios, en el andamio, remata los relieves de una de sus macroesculturas.

zado con nombres españoles las tierras del Nuevo Mundo. De estos, hay nombres que la versión habitual de esta historia, mitificada y deformada, nos había transmitido. Pero hay otros que como hemos visto, habían sido siempre marginados injustamente del lugar que les correspondía. Son los nombres de Luis de Santángel, Gabriel Sánchez y Juan Cabrero, tres hombres de origen converso pertenecientes a la corona de Aragón, y es fray Diego de Deza, castellano también de origen converso, todos ellos amigos y protectores de Colón. Así, con la presencia

de estos nombres que muchos leerán por primera vez, la lista de nombres es la siguiente:

«Isabel, reina de Castilla
Fernando, rey de Aragón
Fray Antonio de Marchena
Fray Juan Pérez
Fray Diego de Deza
Luis de Santángel
Gabriel Sánchez
Juan Cabrero
Martín Alonso Pinzón

creyeron en Colón e hicieron posible el Descubrimiento.»

EL DESCUBRIMIENTO

El volumen más alto del monumento es el que simboliza la navegación y el Descubrimiento. En la base, de lado a lado, como sustentando la construcción está grabada la lista emocionante de los nombres de los tripulantes de las naves. Una larga serie de nombres, procedentes de todas las tierras de España que forman el tronco popular de esta narración. Recios nombres de marineros que con miedo y esperanza cruzaron el «mar tenebroso», cuarenta de los



cuales nunca volverían. Nombres andaluces, vascos, castellanos que podemos hoy conocer gracias a la pasmosa labor de investigación de la erudita norteamericana Alice B. Gould, que nos ha legado con ella una de las piezas más fidedignas de toda la documentación colombina. Recordemos aquí la lista, ordenada en tres grupos correspondientes a las tripulaciones aproximadas de la Santa María, la Pinta y la Niña, aunque sólo de algunos nombres se conoce ciertamente su pertenencia a una nave determinada.

«CRISTOBAL COLON, Juan de la Cosa, Peralonso Niño, Diego de Arana, Rodrigo de Escobedo, Pero Gutiérrez, Rodrigo Sánchez de Segovia, Luis de Torres, Maestre Juan, Chachu, Domingo de Lequeitio, Domingo Vizcaíno, Antón de Cuéllar, Diego Pérez, Lope, Juan Ruiz de la Peña, Juan de Medina, Bartolomé Vives, Diego Leal, Alfonso Clavijo, Bartolomé Torres, Gonzalo Franco, Juan Martínez de Açoque, Juan de la Placa, Juan de Moguer, Pedro de Terreros, Juan de Xeres, Cristóbal Caro, Pedro Yzquierdo, Rodrigo de Xeres, Alonso, Andrés de Yébenes, Diego Bermúdez, Ro-

drigo Gallego, Pedro de Lepe, Jácome el Rico, Juan, Martín de Urtubia, Pedro de Salcedo.

MARTIN ALONSO PINZON, Francisco Martín Pinzón, Cristóbal Quintero, Bernal, Juan Reynal, Cristóbal García Sarmiento, Maestre Diego, García Hernández, Diego Martín Pinzón, Juan Quintero de Algruta, Antón Calabrés, Francisco García Vallejos, Alvaro Pérez, Gil Pérez, Alonso de Palos, Sancho de Rama, Gómez Rascón, Juan Rodríguez Bermejo, Pedro de Arcos, Juan Veçano, Juan Arias, Pedro Tegero, Juan Verde de Triana, Fernando Medel, Francisco Medel, Juan Quadrado.

VICENTE YAÑEZ PINZON, Juan Niño, Sancho Ruiz de Gama, Maestre Alonso, Francisco de Huelva, Diego Lorenzo, Bartolomé García, Alonso de Morales, Andrés de Huelva, Rodrigo Monge, Bartolomé Roldán, García Alonso, Francisco Niño, Pedro Sánchez de Montilla, Pedro de Villa, Fernando de Triana, Rui García, Pedro Arráez, Pedro de Soria, Juan Arráez, Juan Romero, Miguel de Soria.»

La fecha de la partida, el 3 de agosto de 1492, desde Palos de la Frontera, los nombres de la Gomera y de Gran Canaria, donde hicieron escala antes de lanzarse a lo desconocido y el nombre de Guanahani, o San Salvador como la bautizó Colón, a cuya playa descendieron en la mañana del viernes, 12 de octubre de 1492, aparecen grabadas en otro de los paramentos. Es el recuerdo de la navegación, mientras el recuerdo del momento solemne de la llegada, tomado directamente del perdido diario del Almirante, a través de la transcripción de él que nos dejó fray Bartolomé de las Casas, aparece así:

«El Almirante bajó a tierra en la barca armada y Martín Alonso Pinzón y Vicente Yañez, su hermano, que era capitán de la «Niña». Sacó el Almirante la bandera real y los dos capitanes las dos banderas de la Cruz Verde... con una «F» y una «Y», encima de cada letra su corona. Puestos en tierra vieron árboles muy verdes, y aguas muchas, y frutas de diversas maneras... Luego se juntó allí mucha gente de la isla...»

Es el momento cumbre de la narración. Las viejas profecías se cumplen. El encuentro de los hombres de dos mundos iniciará un capítulo nuevo de la historia. Y con la figuración en la que Colón y los dos hermanos Pinzón, todavía con las piernas en el agua, levantados los estandartes y la bandera, avanzan hacia un paisaje nunca visto, hacia una playa blanca en la que se reúnen unos hombres expectantes sobre el fondo de los árboles verdes intensos cargados de frutas extrañas, termina la narración del descubrimiento de América. Una historia grande porque nos habla de un océano y del descubrimiento mutuo de dos continentes. Una historia grande, que fue realizada por unos pocos hombres, llenos de debilidades y equivocacio-

nes, cuyos sueños fueron más poderosos que su pequeñez, o su miedo. Una historia que queda firmada con el misterioso anagrama que usó Cristóbal Colón

S.
S. A. S.
X. M. Y.
Xpo. FERENS

En esta figura críptica, todavía no interpretada definitivamente, quieren también concentrarse los muchos misterios que existen todavía por desvelar en esta historia. Lo único seguro de la firma de Colón es ese «Xpo. Ferens», «portador de Cristo», o Cristóbal. Así, como el Cristóbal portador de Cristo que

suele pintarse en las catedrales con los pies en el agua y el báculo en las manos, la figura de Cristóbal Colón domina este último volumen del monumento.

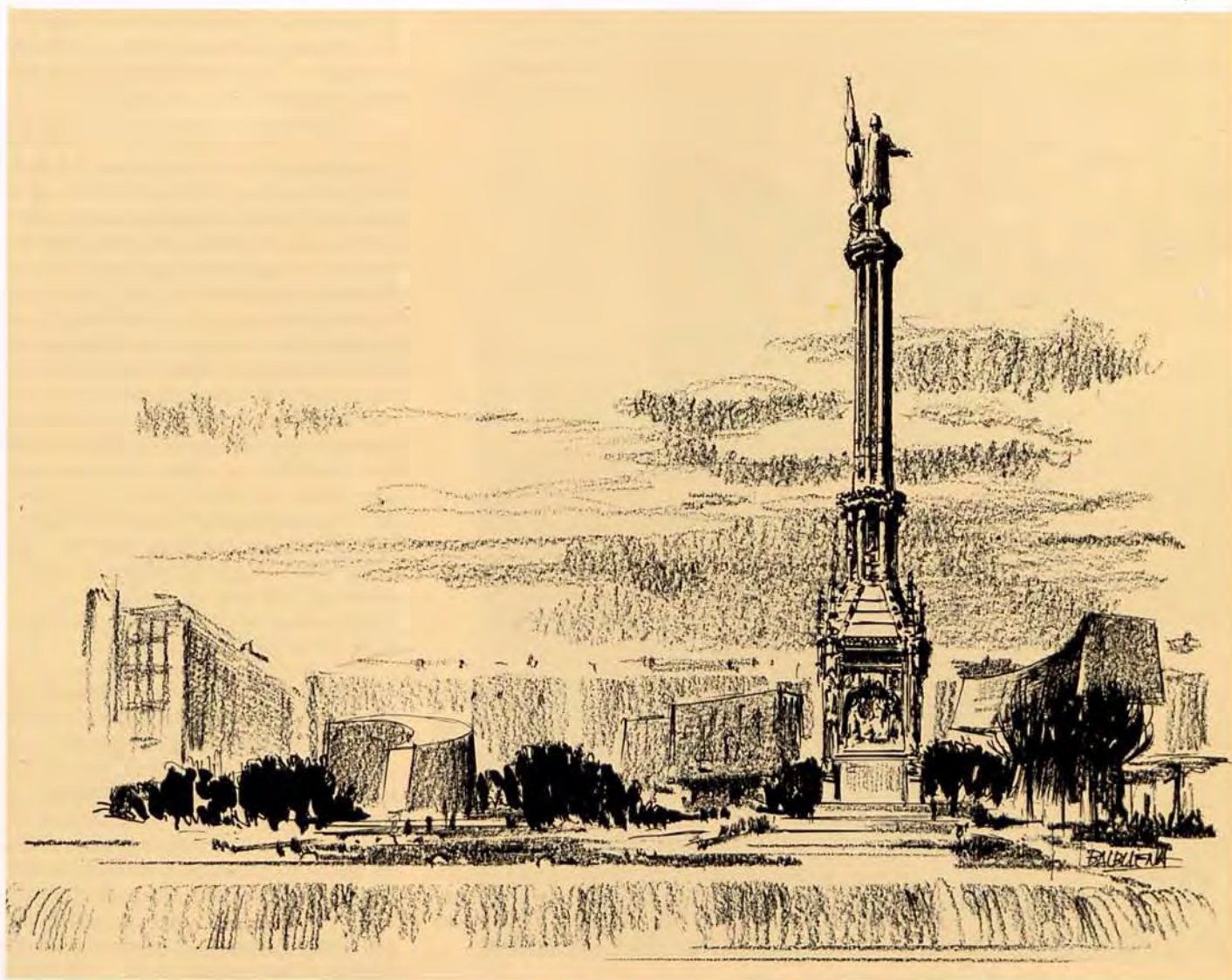
Por J. V. T.

(1) Ku o Hunab-Ku representa la idea de divinidad única entre los mayas.

(2) Juan Manzano y Manzano.—«Siete años decisivos de la vida de Cristóbal Colón (1485-1492)»—Edic. Cultura Hispánica—Madrid 1962.

(3) Original en el archivo del duque de Veragua y en los registros de Indias de Sevilla, y de la Corte en Simancas.





ASI ES LA PLAZA DEL DESCUBRIMIENTO

(Datos de la Memoria del proyecto
de Manuel Herrero Palacios)

ES sobradamente conocida la importancia que tiene la Plaza de Colón, dentro del carácter monumental de esta zona de Madrid.

La Plaza de Colón en su antiguo estado se componía de un espacio de forma ovalada en cuyo centro, protegido de una zona ajardinada, se alzaba el Monumento a Colón.

Entre la calle Génova y el Paseo de Recoletos se encontraba el espléndido Palacio de Medinaceli, rodeado de hermosos jardines. En la esquina frontal de Génova con el Paseo de la Castellana, una serie de edificios de viviendas que conservaban el carácter de la calle Génova.

El edificio más importante, el formado por la manzana donde se en-

cuentran la Biblioteca Nacional y el Museo Arqueológico que alcanza hasta la calle de Serrano.

Entre las calles Jorge Juan y Goya, la antigua fábrica de la Moneda, que ofrecía a la Plaza de Colón, las fachadas de sus dos edificios más importantes, construidos por el Arquitecto Jareño.



*Viejos olivos
centenarios
interrumpen la
calma del césped.*

En la esquina de Goya con la Castellana se encontraban unos edificios de una planta, ajardinados en su parte superior.

Los problemas de circulación de la Castellana y los de enlace de las calles Génova, Goya y Jorge Juan, la solicitud de construcción de nuevos edificios y principalmente la cesión de la antigua Casa de la Moneda para la creación de un espacio libre ajardinado obligaron al estudio de lo que debiera ser la nueva plaza, tanto en lo que se refiere a la resolución de los problemas circulatorios como a la ordenación y urbanización no solamente de la parte central de la nueva plaza, sino también de su entorno.

Era importante resolver fundamentalmente los puntos siguientes:

1.º El estudio de circulación y nuevas alineaciones, ensanchando la calle Génova en la embocadura con la Plaza de Colón hasta llegar casi a los 70 metros.

2.º Enderezar la calle Goya, que tenía un quiebro hacia el norte que obligaba a una circulación en bayoneta hacia la calle Génova.

3.º Supresión del jardín y monumento a Colón, que entorpecía la circulación de la Castellana, transformando dicho espacio en un carrer four partido que permitiera una mejor solución de la circulación y enlaces.

4.º Construcción de un importante paso de peatones que al unir las calles Goya y Génova, evitaría toda circulación peatonal en la superficie.

5.º Hacer un estudio de volúmenes y ordenación de alturas y fachadas en la calle Serrano, entre Jorge Juan y Goya, en la calle Goya entre Serrano y la Castellana.

6.º La construcción de una nueva plaza definida por las condiciones circulatorias anteriores, un espacio ajardinado en su planta superior, y en el subterráneo un gran aparcamiento y el Centro Cultural del Ayuntamiento de Madrid.

De estos antecedentes, fue especialmente importante la ordenación de alineaciones y volúmenes de la Comisión que para tratar de este tema fue formada por la Dirección General de Arquitectura, y de la que salió el proyecto de nueva ordenación del antiguo Palacio de Medinaceli, y de las casas entre la calle de Génova y la Plaza de Colón, cuyo proyecto con las modificaciones correspondientes, ha variado la primitiva ordenación. En este proyecto se consiguió el ensanchamiento en el encuentro con la Castellana de la calle Génova, que tenía 30 metros, a una separación entre las fachadas de casi 70 metros, ensanchamiento tradicional en los encuentros con la vía Norte-Sur, de Madrid, ya que lo tienen la calle de Atocha, la Carrera de San Jerónimo y la calle de Alcalá.

LA zona total afectada por la Plaza de Colón, es de 52.000 m², y la zona dedicada a jardines y fuentes, de 21.402 m².

Como consecuencia del rescate conseguido por el entonces Alcalde don Carlos Arias Navarro de la antigua Casa de la Moneda, para transformar dicho solar en zona ajardinada a disposición del pueblo de Madrid, se planteó la gran dificultad que entrañaba el proyecto para conseguir unos brillantes resultados que estuvieran de acuerdo con la importancia del emplazamiento. A tal efecto, el Ayuntamiento de Madrid, convocó un concurso de ideas entre los españoles, a cuyo concurso acudieron más de 580 técnicos de distintas especialidades. Como se indica anteriormente, el concurso era de ideas con el objeto de que el Ayuntamiento tuviera posibilidad de introducir las que fueran aprovechables en su proyecto definitivo.

Reunido el Jurado, se llegó a la conclusión de que no había ninguna idea que permitiera por su conjunto de calidad ser elevada a proyecto, por lo que en el acta se propuso el reparto de 1.500.000,- pesetas que figuraba para el primer premio en dos de 500.000,- pesetas, a las soluciones 30 y 44, citados por orden de presentación. Otorgar dos accésit de 150.000,- pesetas, y conceder asignaciones en metálico de 100.000,- pesetas, también por orden de presentación registrados con los números 17 y 48, y hacer una mención especial a los números 14, 15, 20 y 43 también por orden de presentación, asignándoles la cantidad en metálico de 100.000,- pesetas a cada uno.

Como consecuencia, se planteó el estudio a fondo de un proyecto, buscando una coordinación de la Delegación de Circulación y Transportes y de la Delegación de Obras y Servicios Urbanos. El estudio del proyecto en su conjunto fue encargado al Doctor Arquitecto don Manuel Herrero Palacios, Director del Departamento de Parques, Jardines y Estética Urbana, quedando igualmente encargado de la coordinación de los diversos Departamentos.

Sin entrar ahora a definir el proyecto en sus líneas generales referidas a la plaza en su aspecto urbanístico, estético y funcional, si que es importante hacer constar que el autor del proyecto propuso el aprovechamiento de la zona subterránea que quedaba perdida entre el apar-

camiento y la Castellana para emplear tan importante volumen de tierra en la construcción de un Centro Cultural cuyo programa era muy semejante al actualmente construido.

Esta interesante y fundamental idea fue discutida durante algún tiempo, tomando por fin el Ayuntamiento la feliz resolución de acometer la empresa de completar el proyecto de la Plaza de Colón, construyendo el Centro Cultural con arreglo al proyecto, con lo cual se conseguía el aprovechamiento integral del subsuelo de la plaza y satisfacer una serie de necesidades que anteriormente el Ayuntamiento no había podido resolver.

Fundamentalmente las condiciones impuestas en principio al proyecto, eran la situación del Monumento a Colón en su nuevo emplazamiento que definitivamente se centró en el encuentro de los ejes de la calle de Génova con el eje del jardín colindante a la fachada de la Biblioteca Nacional. Este emplazamiento que ya figuraba en algunas de las ideas del concurso, es el único que responde a los conceptos generales de ordenación de la plaza, teniendo en cuenta las características y estilo del propio Monumento a Colón, incompatible con el concepto y criterio avanzado para una moderna plaza de tan importante emplazamiento y con



El agua cae por una cascada de cien metros.

Mural de los viajes de Colón, realizado en bronce, aluminio, estaño y granito portugués.



tan grande sentido representativo de gesta tan trascendental. Otro tema fijado en el proyecto fue el enderezamiento de la calle de Goya evitando el quiebro que tenía, de tal forma que quedan alineadas las calzadas y los bordillos, se conseguía un mejor enlace circulatorio con la calle de Génova, y se lograba además una zona ajardinada y arbolada en los impares de Goya.

Tema importante a tener en cuenta en el proyecto, era la ordenación de las fachadas de la calle de Serrano, entre Goya y Jorge Juan, así como las de la calle de Goya, entre calle Serrano y la Castellana, ya que al hacer los jardines quedarán dichas fachadas incorporadas al conjunto, y cuya ordenación estaba fijada en el proyecto. Esta ordenación elementalmente queda fijada por la construcción de edificios formando un

solo conjunto en la calle de Serrano con altura de cornisa de 25 metros, manteniendo un elemento de cubierta en primera crujía para evitar que desde la calle Génova se puedan ver los castelletes de escaleras, ascensores, etcétera.

Las fachadas se compondrán de elementos de balcones manteniendo las proporciones y carácter fijados en el primer tramo de la calle Serrano, buscando una unidad en dicha vía.

Los materiales empleados en estas fachadas deberán ser los mismos que los existentes en el edificio del Museo Arqueológico y Biblioteca Nacional con lo cual el entorno de la plaza quedará perfectamente unificado siguiendo con el mismo criterio con las fachadas de la calle Goya entre Serrano y la Castellana.

Con objeto de unificar aún más las zonas comerciales, la ordenación propuesta lleva consigo el doble efecto de ocultación de las disparejas características comerciales y al propio tiempo aumentar la anchura de las aceras.

Como consecuencia de lo anteriormente expuesto se fueron tratando problemas de diversa índole, en los que con vistas al proyecto había que decidir el carácter representativo y conmemorativo que serviría de argumento al proyecto. Se decidió que la Plaza debería referirse al Descubrimiento y no a la Hispanidad, ya

que esta era una consecuencia de la primera.

El proyecto, una vez perfilado y estudiado, se ha compuesto fundamentalmente de tres partes:

Una que pudiéramos llamar Tradicional que conserva el carácter del Paseo del Prado y del Paseo de Recoletos, cuyo tratamiento tradicional se desarrolla a lo largo de la calle de Goya hasta Serrano.

Esta zona tradicional conserva el Monumento a Colón, construido por iniciativa y a expensas de los títulos de la corona para solemnizar el matrimonio de don Alfonso XII con doña María de las Mercedes de Orleáns. La estatua, en mármol blanco, es obra del escultor Jerónimo Suñol. Sobre pedestal de estilo gótico florido y tallado en piedra por el artista don Arturo Mélida, se inició la construcción del monumento en 1881. Se terminó en 1885. La inauguración estaba señalada para el 6 de enero de 1886, pero no pudo verificarse por muerte de don Alfonso XII. El 12 de octubre de 1892 se hizo entrega al Ayuntamiento de Madrid del monumento. Dicho monumento estaba anteriormente colocado en el centro de la Castellana, al cual se añade un nuevo basamento para buscar una mejor proporción en su nuevo emplazamiento. El monumento va situado en el eje de la calle de Génova, sobre un lago colocado a dos metros de altura, sobre la plaza actual. El

lago vierte a un estanque inferior mediante una cascada de 70 mts. de longitud y de este estanque luego vierte por otra cascada de menor altura a otro estanque situado en el interior del paso de peatones cubierto, que de esta forma ofrece un bello efecto al poder caminar por detrás de la gran cascada.

En el centro de la antigua plaza, se han colocado dos grandes fuentes construidas en granito y piedra de Colmenar, con una longitud de 50 metros, con plano superior que vierte el agua en todo el perímetro de ambas fuentes, cada una de las cuales desarrollan una cascada de más de 100 metros de longitud.

Cada una de estas fuentes consume 1 metro cúbico por segundo que unido a 1,6 metros cúbicos por segundo de la gran cascada dan un consumo de agua recuperable de 3,6 metros cúbicos por segundo.

Para poder recuperar este gran volumen de agua ha habido que construir en la parte ajardinada al lado de la Castellana unas grandes cámaras subterráneas donde van instaladas todas las bombas y motores, así como los correspondientes transformadores.

Sobre el estanque superior de estas fuentes se han dispuesto unos surtidores que lanzan láminas emulsionadas de agua espumosa fuertemente iluminada y que forma en cada fuente grupos de telones verticales que simbólicamente recuerdan las blancas velas de las naves de Colón.

La parte de zona ajardinada estancial sirve para el mejor disfrute de la plaza por el pueblo de Madrid y al propio tiempo de enlace de una zona con otras. Para conseguir la unidad de conjunto, en toda la zona ajardinada, se han hecho las plantaciones nobles, sobre todo de olivos, cedros, cipreses, magnolios, pinos, etc., y los necesarios árboles de sombra para combatir la dureza de nuestro clima.

Como coronación y remate de la perspectiva urbanística de la nueva Plaza de Colón han sido concebidos unos elementos escultóricos monumentales de escala acorde a la grandiosidad del proyecto. Estas macroesculturas han sido encargadas al pintor y escultor don Joaquín Vaquero Turcios. Este conjunto compuesto de tres unidades singulares en



Entrada del Centro Cultural «Villa de Madrid».

desarrollo horizontal, se extiende a lo largo del límite superior del jardín, limitándolo y construyendo la necesaria separación entre el área monumental y la zona urbana comercial. Vistos desde la plaza y el jardín son el remate físico y simbólico de ambos en su dedicación y ámbito, mientras sirven también para ocultar a modo de pantalla, las fachadas de tono menor de la calle de Serrano. Visto en cambio, desde la calle Serrano o la calle de Goya actúan como unos propileos, dando un acceso estructurado con un primer término noble al espacio de la nueva Plaza y jardín.

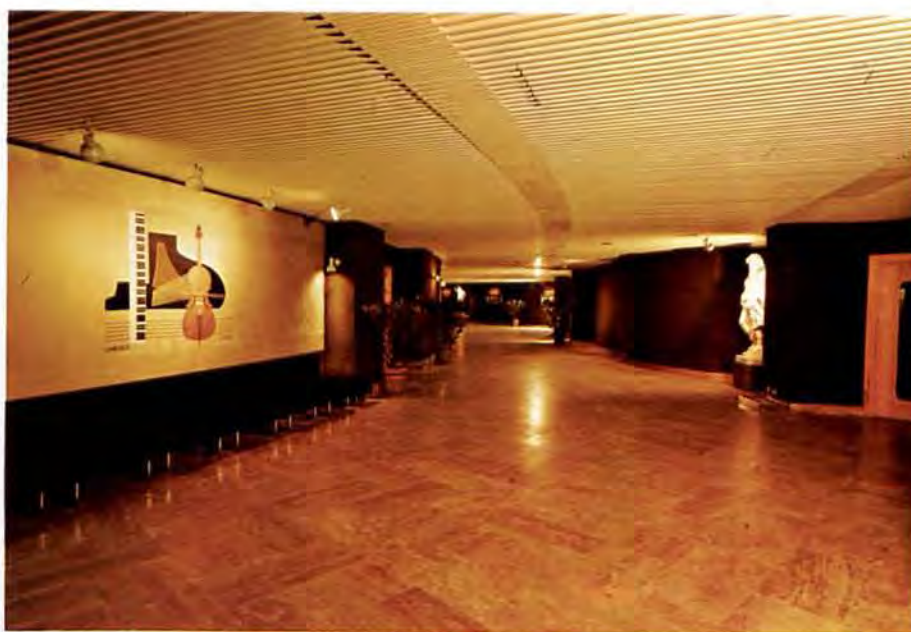
Estos tres grandes elementos de plástica urbana, concebidos desde una múltiple vertiente simbólica, escultórica y arquitectónica-urbanística, vienen a completar el monumento, en la conmemoración de su gloriosa empresa, de todos aquellos hechos y de todos aquellos hombres cuya fe y cuyo esfuerzo fueron indispensables para convertir en realidad la epopeya soñada. De todos aquellos, siempre olvidados en otros monumentos colombinos, que hicieron con su defensa y su apoyo a Colón, y más tarde con su presencia a su lado, que el descubrimiento de América fuese precisamente una empresa española.

Las formas de los volúmenes monumentales son libres, concebidas con la fortaleza y simplicidad propias de su condición de arte a escala urbana, pero el movimiento de sus planos y el número de sus unidades evocan simbólicamente las naves del descubrimiento y su gestación, en su desarrollo expresivo y direccional. Las superficies de cada uno de los volúmenes van parcialmente cubiertas de relieves, incisiones e inscripciones relacionadas con las distintas fases del Descubrimiento.

UN VERDADERO EDIFICIO SUBTERRÁNEO

Dado que bajo la superficie de la Plaza de Colón y en su zona oeste, se realizó, previamente al estudio de la urbanización de la Plaza, la construcción de un aparcamiento público, se intentó y se consiguió la utilización del subsuelo de parte de la Plaza para la creación de un Centro Cultural Municipal, del que tan falta se encontraba el pueblo de Madrid.

Situado por tanto entre el aparcamiento, la Castellana y las calles de



Detalle de la decoración del vestíbulo.

Jorge Juan y Goya, el Centro Cultural es verdaderamente un edificio subterráneo de planta sensiblemente rectangular, de dimensiones 87×45 metros y 11,5 metros de profundidad, con planta a diversos niveles.

Este edificio ha sido construido siguiendo un proceso de arriba hacia abajo, por dos razones: para evitar la cimbra de la cubierta y para contener las pantallas según se progrese en la excavación.

El proceso constructivo ha sido por tanto:

- Ejecución del muro pantalla perimetral.
- Ejecución de los pilares.
- Hormigonado de la cubierta.
- Excavación por debajo de la cubierta hasta el nivel de la planta inferior.
- Hormigonado de la planta inferior.
- Repetición de este ciclo hasta la solera.

De toda la obra civil realizada y definida anteriormente, la ejecución de la cubierta de la Sala de Concierto ha ocupado un capítulo principal, tanto por su forma como por las dificultades de ejecución y cuyas características son las siguientes:

La losa, en planta, es un sector circular de 90° de ángulo en el centro, limitado por un círculo interior

de 10,70 metros de radio y otro exterior de 36,20 metros.

Está formada por dos conjuntos de nervios, una radial con ejes separados de $4^\circ 30'$ y otro circular con ejes separados 1,50 metros con un forjado superior de 15 centímetros de espesor, siendo el centro total de la losa de 1,45 metros.

El apoyo se realiza en pilares situados en el borde circular exterior y en los bordes radiales.

La sobrecarga de jardín, tenida en cuenta en el cálculo es de 3.200 kilos/metro cuadrado.

Se ha construido en hormigón postensado con cables radiales y circulares de 305 MP ($62\phi 7$) y 238 MP ($50\phi 7$).

Los huecos entre nervios se realizaron con casetones de hormigón prefabricados que queden vistos y que se han tenido en cuenta en el cálculo puesto que están comprimidos en dos direcciones contra el hormigón «in situ».

Los apoyos de la losa son de neopreno por lo que ésta es libremente dilatable.

Los forjados adyacentes apoyan en ella mediante ménsulas.

El hormigonado (1.000 metros cúbicos) se realizó en un solo día mediante tres bombas.

A los tres días se dio un tensado de retracción de una parte de los cables al 30 por 100.

Hacemos especial mención de los procesos de construcción de los macros, de la gran losa de casetones, postensada de 1.000 metros cuadrados sin apoyos intermedios y del apoyo fungiforme montado sobre rótulas de acero que soporta la losa circular de las cascadas, y el peso de todo el Monumento.

Son ejemplos de verdaderas novedades técnicas y artísticas que aumentan el valor y la importancia de las obras.

Sobre la obra ejecutada, anteriormente descrita, se ha colocado la impermeabilización y el drenaje correspondiente, con arreglo a los mejores sistemas y prácticas disponibles, vertiendo las tierras de especiales características y calidades para conseguir el ajardinamiento más idóneo.

Hacemos también mención del proyecto y construcción de los bancos de piedra de medidas muy especiales, diseñados anatómicamente para un mejor servicio al público.

El alumbrado de la Plaza ha sido especialmente estudiado en el proyecto para evitar la colocación de farolas o elementos verticales que quiten visibilidad y perspectiva al conjunto.

El alumbrado de las zonas ajardinadas y paseos, se hace por luces bajas de media intensidad, reservando los caudales luminosos para las iluminaciones artísticas de los Macros del Monumento a Colón, así como de los olivos, pinos, cedros, magnolios, etc., que dan una gran belleza al conjunto. Todo este alumbrado artístico, se hace con luces enterradas para evitar elementos extraños en superficie y deslumbramientos.

JARDINERÍA DE LA PLAZA

El asentamiento del contorno paisajista de la nueva Plaza, se realiza en base a criterios definidos de ornamentación que configuran desde todos los ángulos de la Plaza y en armonía con los elementos que la integran, perspectivas de gran valor estético.

Dos son los elementos importantes que juegan sustancialmente en la consecución del propósito antes señalado; la orografía del propio suelo de la zona ajardinada y la utilización de especies de rebuscada calidad.

Para corregir el perfil de suelo, acorde con la idea perseguida, ha sido preciso la utilización de miles de metros cúbicos de tierra vegetal, que han sido aportados sobre las superficies a ajardinar en la Plaza.

Esta tierra ha sido dispuesta de forma que desde la calle Goya se ofrezca al transeúnte un talud colorista, en el que destacan netamente los ejemplares de *Magnolia Grandiflora*, de un porte aproximado de nueve metros de altura y tallados en pirámide, ejemplares que son utilizados por vez primera en la construcción de jardines, y son fruto de veinticinco años de cultivo.

Sobre el talud, que aparece en la calle Goya, discurre un paseo que interrumpe con su horizontalidad la ascensión del terreno, que llega a un cénit en la mitad de la zona comprendida entre el paseo citado y el que divide a la Plaza, y que radialmente desde el Monumento llega a la confluencia de las calles Goya y Serrano.

En la zona triangular comprendida entre ambos paseos, de gran movimiento de suelo y volúmenes vegetales, se encuentran ya plantados ejemplares de *Pinus Pinea*, de porte aproximado de nueve metros de altura, distribuidos polarmente sobre el paseo contemplativo próximo a la calle Goya y en el pie del Monumento. Se completará la fisonomía vegetal cambiante con la plantación de asociaciones de coníferas de diversas formas y colores, desde la verticalidad del *Cupressus Arizonica* Glauca y *Cupressus Lambertiana* Aurea con matices azules y dorados, hasta los serpenteantes *Juniperus Pfitzeriana* Aurea, todo ello asentado sobre una masa de césped que desciende desde la cima de la duna creada entre los paseos, hasta éstos.

Siguiendo la línea transversal, que imaginariamente hemos trazado desde la calle Goya a la de Jorge Juan, y tras el movimiento vegetal necesario en este paseo de reposo y contemplación, nos encontramos la calma del césped liso y llano, tan sólo interrumpido por la aparición en un vértice de la superficie de una asociación de viejos olivos centenarios, asentados sobre su propio ambiente árido y rojizo, conseguido de forma estética con la utilización de lava volcánica.

El suelo en esta zona de césped aparece con una concavidad inversa

a la procedente, descendiendo por tanto del nivel de los paseos ampliando la perspectiva de los macros y del monumento, acrecentando si cabe, la duna vegetal, y ampliando todo el entorno de la Plaza. Esta concavidad enlaza armónicamente con la que nos lleva descendiendo hasta la calle de Jorge Juan, donde toda la vegetación como un marco estalla en color, más si cabe, que en la calle Goya. Se utilizan masivamente, especies de rosal, alternando con plantación de anuales floribundas, todo ello inmerso en los elementos vegetales y no vegetales que existen en la zona.

Es de destacar la plantación de *Cupressus Sempervirens* de un porte aproximado de doce metros en la confluencia de las calles Serrano y Jorge Juan como aldabonazo verde de enlace con los macros, y coronación del jardín que discurre paralelamente a la calle de Jorge Juan.

La perspectiva de la Plaza contemplada desde el Monumento a Colón aparecerá como una inmensa U y cuyos vegetales enmarcan los macros situados sobre su fondo, amplio como el mismo césped y la lámina de agua sobre la que se asienta.

CENTRO CULTURAL DE LA VILLA DE MADRID MEMORIA DESCRIPTIVA

Dentro del proyecto general y formando parte integrada en el mismo, se ha creado en el espacio comprendido entre el aparcamiento, la calle Goya, el Paseo de la Castellana y calle Jorge Juan, bajo el jardín destinada a una serie de locales que dan lugar al Centro Cultural de la Villa de Madrid. Dada la complejidad de este Centro, la importancia del mismo y teniendo en cuenta las legislaciones vigentes sobre los accesos y condiciones que debe cumplir este tipo de locales públicos. En el proyecto, teniendo en cuenta lo anteriormente expuesto, se creó una calle cubierta por detrás de la cascada que mediante un juego de escaleras a media altura ha permitido conseguir accesos a todos los locales en una longitud de más de 17 metros lineales, con grupos de puertas de 2 metros que permiten el acceso a los diversos locales que de ninguna otra forma hubiera sido posible.

La calle cubierta que comunica la calle Goya con Jorge Juan se encuentra situada debajo del estanque



Vista de la gran Sala de Conciertos.

superior de la cascada, quedando ésta al lado de la Castellana y empleando el muro de enfrente para colocar un gran mural construido con aluminio, bronce, estaño y granito portugués pulimentado, todo ello unido a la gran rotonda que sirve de vestíbulo exterior cubierto a los accesos del Centro Cultural, y en cuya rotonda van colocadas también las taquillas, así como las vitrinas para la programación de los diversos actos. En el centro de esta rotonda se desarrolla un apoyo fungiforme sobre rótula de acero en el cual va colocado el antiguo Monumento a Colón, sirviendo de apoyo dicha rótula en una carga de más de 500 toneladas.

Las puertas de acceso exteriores son de aluminio fundido con lunas antichoque y con todas las condiciones de seguridad necesarias.

Las segundas puertas son de madera de pino de oregón a juego con las exteriores y también con lunas especiales contra el paso de ruidos exteriores. En esta rotonda hay dos juegos de cuatro puertas que dan una longitud de paso de ocho metros.

Una vez en el gran vestíbulo, el cual va pavimentado con mármol pulimentado, las paredes se han tapizado con moqueta de color tabaco verdoso y el techo se ha construido con tubos rectangulares de hierro colocados radialmente para acomodarse en la disposición de la planta del vestíbulo y al propio tiempo ocultar todas las instalaciones de aire acondicionado eléctrico y servicios, que quedan ocultos detrás de dicho techo, el cual va pintado de color claro para contrastar con los paramentos.

Este bello vestíbulo está enriquecido con la colocación de cuatro

magníficas estatuas talladas en una sola pieza en mármol de Granada y procedentes del Palacio de Montpensier en Granada y que representan las cuatro figuras mitológicas: Juno, Júpiter-Zeus, Hércules e Isaac. La blancura del mármol sobre los fondos oscuros de los paramentos producen un bellissimo efecto plástico.

Se han empleado aparatos de luz originales con lámparas ocultas para conseguir una media luz indirecta en dicho vestíbulo.

El frente principal de este vestíbulo que corresponde con el fondo de la Sala de Conciertos está compuesto por una serie de puertas de acceso a la sala en número de seis, y por una serie de cuatro murales representando: a la música, el ballet, el teatro y el cine, en simbolismo moderno, tratados de forma original por

el empleo de sedas naturales y cordones ribeteando y dibujando los mismos. En estos espacios se han colocado modernos y confortables asientos tapizados en color negro buscando un contraste con los fondos claros de los murales anteriormente descritos.

En este vestíbulo van también colgados cuatro cuadros representando el teatro, la danza, la música y el cine.

Este gran vestíbulo da acceso directo al guardarropa general, así como a los aseos de señoras y caballeros, situados en la planta inferior. El citado vestíbulo da acceso también a la Sala de Conferencias en uno de sus laterales. En un extremo comunica con una Sala reservada para descanso de las altas personalidades que puedan asistir a los espectáculos del centro. Comunica también con el resto de los servicios del centro y con la escalera de comunicación con el aparcamiento. En el extremo opuesto tiene puerta de acceso con el gran hall que comunica con la Sala de Exposiciones y con los servicios de cafetería. Todas las puertas tanto exteriores como las de acceso a la Sala de Conciertos, están diseñadas y tratadas con materiales que evitan en absoluto el paso de cualquier ruido exterior y dispuestas de tal forma que siempre hay un mínimo de 4 puertas y una cortina forrada entre el exterior y la Sala que garantiza sobradamente la insonoridad de la misma.

SALA DE CONCIERTOS

La gran Sala de Conciertos está dispuesta de forma cuadrante de círculo. Su techo está formado por una gran losa de 1.000 metros cuadrados con profundos casetones, piezas clave de todo el conjunto y que por su extraordinaria calidad técnica, originalidad de diseño y moderna construcción técnica, ha sido dejada al descubierto para poner en valor sus especiales cualidades.

Hay que hacer hincapié en las perfectas condiciones acústicas a que ha dado resultado la disposición de nervios y casetones en la misma.

Las paredes laterales que están construidas en hormigón, están revestidas de grandes paneles contruidos en madera de pino de oregón con perfil estudiado especialmente para una mejor acústica de la Sala, y que van separados de los muros para



Un rincón de la Sala de Exposiciones.

buscar la necesaria caja de resonancia para evitar una excesiva absorción en la sala. Todas estas maderas, así como las puertas se han dejado en su color natural para dar una mayor calidad y modernidad a dichos elementos.

La parte posterior de la Sala, que por su forma cóncava podía presentar dificultades por la aparición de ecos en la Sala, ha sido tapizada totalmente con gruesa moqueta de color tabaco que contrasta con el color de la madera de las puertas y con las cortinas de terciopelo y oro viejo de las mismas. En el centro de este gran fondo, se desarrolla una cabina con acceso por el vestíbulo en la que se ha instalado una máquina de proyección italiana marca PREVOST, de alta calidad y potencia de proyección con todo su correspondiente equipo, accesorios, incluso plataformas de rebobinado para funciones continuas cinematográficas. Se han instalado también focos fijos y focos de seguimiento para conseguir en el escenario los más completos y modernos efectos de iluminación.

En las zonas comprendidas entre las puertas se han construido cuatro plateas con independencia de la sala con dos filas de butacas dedicadas a altas autoridades.

La sala tiene seis puertas de acceso que corresponde a cada uno de

los pasillos de distribución, estando tanto los pasillos como los pisos tapizados de moqueta de color tabaco. Las butacas en número de 841, son del modelo super-confortable, de asiento fijo con una distancia de butaca a butaca de 1,12 metros, y una distancia entre brazos de 65 centímetros, con lo que se ha conseguido un extraordinario confort y seguridad a los espectadores. Naturalmente, ello ha llevado consigo una disminución del número de butacas, en relación con el proyecto primitivo, pero aún así y todo, el aforo queda en más de 850 butacas que consideramos suficientes.

Todas las butacas van tapizadas en filmpiel-71, en color negro, a excepción de las plateas que son de color piel natural. La embocadura del escenario lleva una cortina de terciopelo oro viejo con movimiento automático sobre carriles especiales. Delante de esta cortina que tiene un desarrollo de 17 metros, se ha construido una galería metálica especialmente diseñada para evitar la visión de los mecanismos de los carriles.

A ambos lados de la embocadura del escenario se han construido unos elementos en forma de órganos contruidos con pan de oro y que tienen como finalidad recubrir de una forma estética en su interior las cajas acús-

ticas de alta fidelidad y van colocados dos a cada lado del escenario, y en la parte superior de éstos, se han instalado también las dos cajas acústicas a cada lado, exclusivamente para la sonorización cinematográfica. Esta moderna solución permite que la pantalla cinematográfica no tenga perforaciones para el paso del sonido como es normal en las instalaciones corrientes, consiguiendo con ello un 30 por 100 más de luminosidad a la pantalla y una mejor sonorización de la proyección. Esta aludida pantalla cinematográfica es móvil bajo carriles colgados del techo y queda escamoteada en el muro lateral del escenario. Esta disposición permite transformar el escenario en sala cinematográfica en menos de dos minutos. Entre el escenario y las butacas queda un foso de orquesta amplísimo para el empleo de la sala con representaciones como: zarzuelas, ballet u otro tipo de espectáculo musical en que el foso de orquesta es indispensable.

Este foso de orquesta creó el problema de cubrirlo en los espectáculos donde no era necesario. Este problema se ha resuelto de una forma perfecta, haciendo un escenario móvil sobre carriles que permite en primer lugar una caja de resonancia entre la plataforma de hormigón de la estructura y el piso de madera del escenario que queda a 75 centímetros más alto que el hormigón. En este espacio se ha hecho una estructura metálica que rueda sobre carriles y que mediante un dispositivo hidráulico permite en dos minutos y medio avanzar el escenario hasta cubrir totalmente el foso de orquesta con lo que se obtiene un mayor espacio en el escenario y una mejor proximidad del espectáculo a las butacas. El efecto de este espacio de resonancia ha dado unos resultados perfectos, lo mismo en la audición de gran orquesta sinfónica como en los bailes y zapateados de los diversos espectáculos que se han montado.

La zona del escenario es muy amplia en la parte lateral y se aprovecha íntegramente hasta los muros medianeros con el aparcamiento. Esta zona del escenario y sus servicios, se comunica por dos escaleras con el resto de las plantas y así mismo dispone de un montacargas con acceso directo por la calle de circulación pública del aparcamiento. Esta planta del escenario se comunica también con la gran escalera de acceso desde el paso cubierto a la cafetería y Sala de Exposiciones.

En la parte posterior del escenario existe un balcón o entreplanta de gran utilidad para el montaje y movimiento del escenario. En este mismo nivel se encuentra parte de los camerinos de comparsas y en la misma planta del escenario todo perfectamente acondicionado. Se han construido camerinos para las primeras, segundas figuras y una serie de camerinos múltiples que dan un servicio completo a las diversas clases de espectáculos.

La planta inferior del escenario dispone de una superficie análoga que comunica con el foso de orquesta y que dada su amplitud es de gran utilidad para el almacenamiento

en los laterales de la Sala que con el complemento de los cañones fijos y de seguimiento situados en la cabina permite el montaje en perfectas condiciones de cualquier espectáculo.

Se han previsto los micrófonos y conectadores de los mismos para su uso en cualquier punto del escenario.

En la Sala, dada la importancia técnica y estética de la gran losa que la cubre se ha iluminado el techo con una serie de proyectores de cuarzo-yodo de haz plano para conseguir una puesta en valor de dicha losa, obteniendo en la Sala una media luz suficiente para el buen uso y confort de la misma. Se ha buscado especialmente un nivel de iluminación



Otro aspecto del vestíbulo.

de elementos de las obras y descanso de artistas.

En la entreplanta antedicha se han instalado las cabinas de mando de toda la luminotecnica de la Sala, así como las consolas de la instalación y sonorización en alta fidelidad de la Sala, todo ello está intercomunicado con la cabina de proyección. De esta forma se puede controlar la puesta a punto de todos y cada uno de los espectáculos.

Se han hecho en el escenario todas las instalaciones de iluminación más modernas, colocando baterías de proyectores cenitales laterales, candelillas e incluso grandes proyectores

poco elevado en la Sala para un mejor lucimiento de la iluminación de los diversos espectáculos.

La situación en la Sala de los pasillos de acceso permiten cómodamente la entrada y salida de las butacas dada la proximidad de los mismos.

SALA DE CONFERENCIAS

La Sala de Conferencias se comunica con el vestíbulo y tiene también puerta directa a la zona de guardarropa y aseos. Esta Sala de Conferencias, está situada en la parte lateral



del centro próxima a la calle de Jorge Juan. Se han estudiado en ella las mejores condiciones de confort, comodidad y buena acústica, que por su disposición y proporciones permitirían.

El pavimento y la zona inferior de los muros se han tapizado con moqueta a juego con el vestíbulo, las butacas en número de 313 de moderno diseño y gran comodidad van tapizadas en film-piel verde hoja y consta cada una de una pequeña repisa plegable que permite la colocación de libros o documentos durante la conferencia. Asimismo, lleva cada butaca una instalación para traducción simultánea en cuatro idiomas con traducción por radio conectadas con las cabinas de intérpretes situadas en la parte posterior de la Sala. En esta misma zona se ha instalado una cabina de proyección sobre una pantalla situada en la zona izquierda del frente de la Sala, en cuyo frente derecho se ha colocado la mesa de presidencia para siete asientos, todo ello colocado sobre un estrado que facilita la mejor visión, tanto de la pantalla como del ponente de la conferencia. Toda esta zona de la presidencia y pantalla va recubierta con una cortina móvil en color verde en

espiga que da al conjunto una armonía de composición y color.

Además de la instalación de traducciones simultáneas anteriormente expuestas, lleva una serie de altavoces ocultos para la sonorización por micrófonos directos de la Sala. La original disposición de la pantalla y la presidencia permite que durante la proyección ésta pueda seguir la visión de la pantalla sin gran esfuerzo.

SALA DE EXPOSICIONES

Con acceso por el paso cubierto compuesto por cuatro puertas de dos metros construidas en aluminio fundido con un antichoque a continuación de las cuales hay otro juego de puertas semejantes pero construidas en madera de pino de oregón se da paso a un pequeño vestíbulo cuyo piso se ha tratado con felpudo de coco hasta el juego de puertas siguientes construidas con luna securit en todo su frente que dan acceso a un gran vestíbulo que comunica entrando a la izquierda con la cafetería, entrando a la derecha comunica con el vestíbulo de la sala de conciertos, y en su frente se dispone de un espacio unido al vestíbulo en forma de

sala de espera o descanso, en el que se han colocado dos juegos de sillones y mesas para un mejor funcionalismo del mismo, detrás de cuyos asientos quedan dos zonas de exposición para posibles pinturas.

Este vestíbulo da acceso a una gran escalera construida en mármol Moncada de cinco metros de anchura con dos tramos y un gran descansillo en el cual se ha colocado un magnífico repostero ejecutado en terciopelo antiguo y lamé de plata antigua con el escudo de Madrid y un rótulo que dice: «Centro Cultural de la Villa de Madrid». El tema se inspira en las columnas del Partenón y es una buena muestra de la artesanía española.

El pasamanos de la escalera se ha proyectado especialmente para albergar la iluminación de los peldaños y facilitar la visibilidad de los mismos.

La escalera en su parte inferior da acceso a la gran Sala de Exposiciones a través de unas puertas de luna securit y montante del mismo material, que dan una total transparencia al conjunto.

Hay una primera zona de planta especialmente cuadrada que da acceso a la Sala de Exposiciones, compuesta por una serie de muros rectos y curvos de distintas alturas con techos planos en una zona e inclinados en otra, que dan una especial fisonomía y perspectiva al conjunto.

Esta Sala de Exposiciones tiene una zona baja que se corresponde con la de la Sala de Conciertos y otra plataforma ligeramente superior situada bajo el vestíbulo superior.

Detrás de este conjunto de grandes posibilidades para exponer piezas, pintura o artesanía de muy diversas formas y tamaños, existen unos grupos de pilares de hormigón que pueden servir también de base de exposición, así como cuatro pilares existentes en la zona baja que están preparados para poder instalar con su apoyo paneles de diversas formas y disposiciones. La zona del fondo que corresponde al muro pantalla de hormigón va con una cortina en toda su altura, tejida especialmente para esta Sala.

Esta Sala de Exposiciones tiene montados a lo largo de los muros y cortinas barras para el colgado de cuadros, telas o tapices de doble carril eléctrico para situar en cualquier lugar y altura los puntos de luz necesarios para una mejor iluminación de las obras expuestas. Lleva también iluminación cenital y una serie muy

numerosa de enchufes que aumentan las posibilidades de un buen montaje de cualquier clase de Exposiciones.

Se han construido paneles de 2,20 x 3,30 especialmente diseñados para su enlace con todas las posibilidades a que puede dar lugar el conjunto de estos paneles que aumentan extraordinariamente las superficies de exposición de la sala.

Un testero de los mismos se ha pintado en color gamuza neutro y el otro testero de un color tabaco para

dar una cierta variedad y armonía al conjunto.

Al fondo de esta Sala y comunicada con la misma se ha proyectado una sala que puede tener distintos usos como sala de conferencias, sala de proyecciones múltiples, filmotecas, etc., así como Sala de Exposiciones especializada. Dispone de una entreplanta con cabina de proyección y sus muros van recubiertos de la misma cortina que la Sala de Exposiciones, pudiendo transformarse el

fondo en pantalla de proyección, abriendo las cortinas.

Está también especialmente preparada con barras de colgado y regletas de iluminación para exposiciones.

En la zona norte de esta planta se ha proyectado un espacio para almacenes y preparación de exposiciones necesario para el montaje y desmontaje de las mismas, comunicado con la Sala mediante una gran puerta corredera que facilita extraordinariamente las operaciones necesarias. También se ha tenido en cuenta la construcción de aseos de operarios independientes de los públicos de la Sala.

En el vestíbulo de acceso a la Sala de Exposiciones y situado debajo de la escalera principal se han construido unos despachos de dirección para el buen funcionamiento de esta amplia Sala de Exposiciones.

SERVICIO DE CAFETERIA

Como hemos dicho anteriormente y con acceso directo al gran vestíbulo se ha proyectado un local para cafetería y restaurante que figura en el correspondiente proyecto y dada la índole especial del servicio que debe cumplir se ha tramitado un expediente independiente para que el Ayuntamiento saque a concurso dicha cafetería en cuyos pliegos de condiciones se impone que el control de la dirección, de la declaración y nivel de calidades sea llevado por la Dirección Técnica del Centro Cultu-



Sala de Conferencias.



Otro aspecto de la gran Sala de Concier-tos.

ral para conseguir la unidad total, tanto de estética como de materiales.

La cafetería lleva independientemente los servicios correspondientes de aseos de señoras y caballeros.

Con acceso directo desde el paso cubierto se han construido los aseos públicos de señoras y caballeros para el uso del público de los Jardines del Descubrimiento.

AIRE ACONDICIONADO

Todos los locales anteriormente descritos por su situación debajo del nivel del terreno han obligado en el proyecto a un difícil y minucioso estudio para la climatización de los mismos.

Las instalaciones previstas comprenden los elementos necesarios para calefacción, refrigeración, ventilación, deshumectación y filtrado de aire.

Como se comprenderá ha sido difícil resolver los problemas que la falta de espacio y la condición impuesta en el proyecto de que no aparecieran chimeneas, ni patios de ventilación en las tomas de aire ni en los retornos, ha obligado a resolver los problemas de la forma más moderna y eficaz, tomando como base las condiciones climatológicas siguientes:

I. Introducción

Verano.—Se mantendrá una temperatura interior de 24° más-menos 1 °C cuando en el exterior se hayan alcanzado los 34 °C, así como una humedad relativa interior de 50 más-menos 5 por 100 cuando al exterior sea de 4 por 100.

Invierno.—Se mantendrá una temperatura interior de 22 más-menos 1 °C cuando la mínima exterior sea de 0 °C.

II. Descripción de cargas y diseño

Se ha considerado como instalación independiente la cafetería, debido a que podrá trabajar de forma separada con el resto de los locales y para ello se ha previsto un sistema a base de una unidad autónoma de condensación por aire con batería de resistencia eléctrica de tres fases.

El resto lo constituyen de una parte el Auditorio, con su escenario, y camerinos, y de otra las salas de conferencias y exposiciones con funcionamiento independiente.

Los datos de partida considerados son:

	<i>Personas</i>
Auditorio y servicios anejos	1.000
Sala de conferencia y de exposiciones	445
Cafetería y aseos	280

Los metros cúbicos—persona de aire exterior se han calculado en cada zona de acuerdo con la normativa vigente.

En consecuencia se ha previsto una central productora de frío y calor situada en la planta baja del edificio en la zona más próxima a la calle Goya con unas capacidades totales de 600.000 frig/hora, con sus equipos de condensación por aire y 500.000 kilocalorías/hora mediante calderas, 300 kilovatios cada una, respectivamente, con sus correspondientes circuitos de refrigeración.

Un equipo de electrobomba hace circular el agua en los distintos circuitos por los equipos, distribuida de la siguiente forma:

La zona del Auditorio está atendida por un acondicionador situado en la zona debajo del guardarropa que envía aire a alta velocidad a las cajas de expansión del foyer las cuales distribuyen el aire a baja velocidad para su impulsión por medio de rejillas lineales en la sala. Por otra parte, un acondicionador de baja velocidad situado en las proximidades del escenario lanza aire sobre éste y sus zonas de servicio, con objeto de acondicionar y evitar corrientes sobre el público de la zona próxima al escenario. La zona de foyer eleva dos acondicionadores para combatir las pérdidas por transmisión, iluminación, etc.

Se ha previsto además un sistema de extracción rápida del foyer para lanzar al exterior el aire viciado acumulado en los descansos.

En la zona de exposición, se prevee un juego de tres acondicionadores para cada una de las zonas de exposición, y otro más para sala de conferencias que mediante conductos de aire a baja velocidad y sus correspondientes controles, acondicionan los espacios respectivos.

En las zonas de aseos, vestuarios y guardarropas se prevé el necesario acondicionamiento y sistemas de extracción que mantendrán estas zonas en continua depresión.

Es importante resaltar que, dadas las características del edificio se ha evitado la chimenea de humos y se ha prescindido de barra de recuperación de agua en los equipos de refri-

geración para eliminar las columnas de vapor que se producirían a nivel de la calle.

Todas las perforaciones necesarias se hacen con los muros pantallas y en los lugares necesarios para no producir alteraciones en el funcionamiento estructural.

En la zona de cafetería se incorpora un sistema de captación de humos con sus correspondientes equipos de filtrado y recogida de grasas y un sistema especial de eliminación de olores.

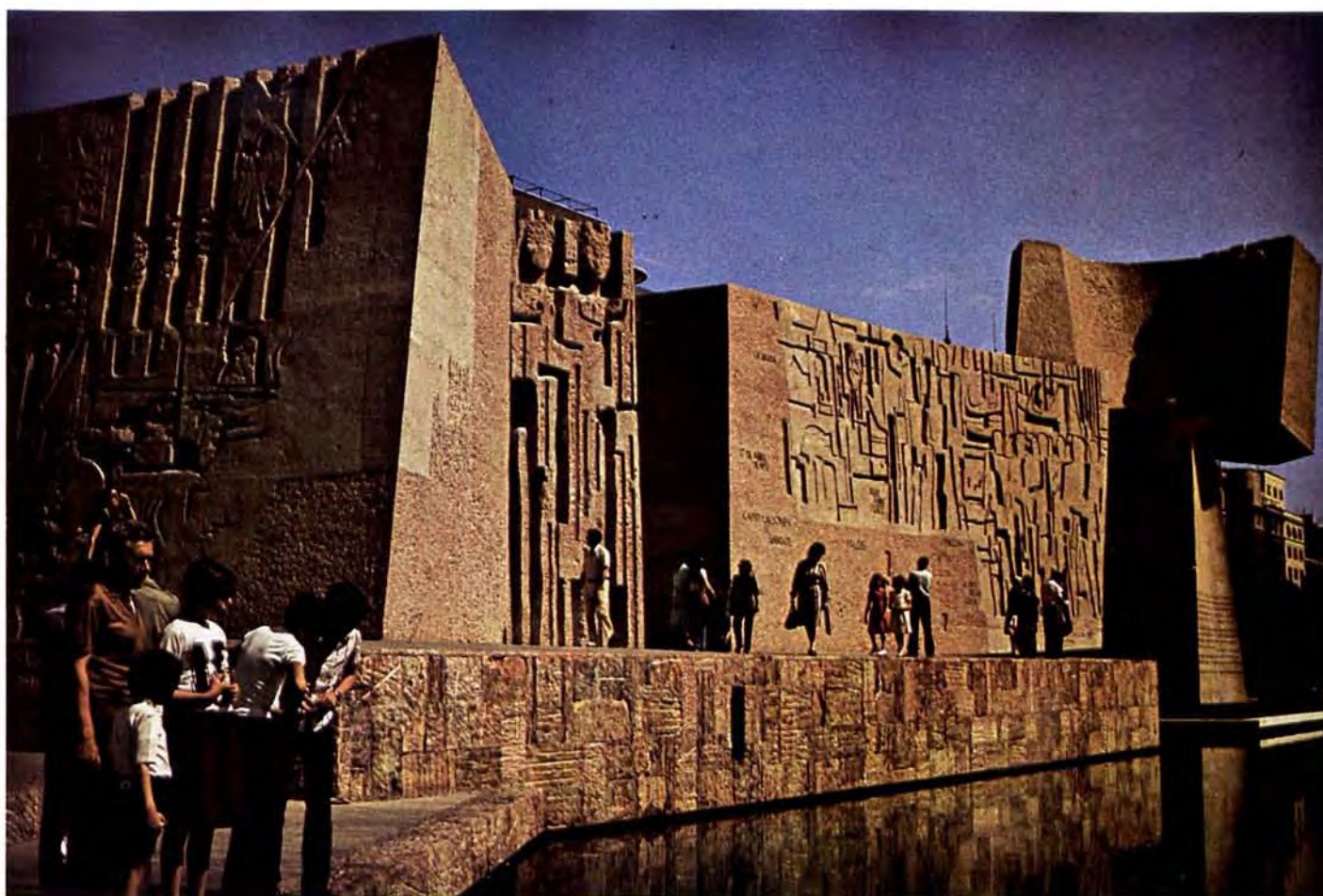
En todas estas instalaciones se han previsto unos equipos de calidad garantizada en marcas acreditadas, así como un sistema de aislamiento acústico.

Como resumen general de las instalaciones podemos dar los siguientes datos:

- Potencia frigorífica total, 600.000 frig/hora.
- Potencia calorífica total, 792.000 kilocalorías/hora.
- Caudal de aire total, 91.000 metros cúbicos/hora.
- Caudal de aire fresco, 70.000 metros cúbicos/hora.
- Caudal de aire extraído, 64.000 metros cúbicos/hora.
- Sobrepresión en los locales, 3 milímetros c. d. a.
- Potencia total electricidad en motores, 448 HP.
- Potencia total en existencia calefacción, 922 kilovatios.
- Sistemas de acondicionamiento:
- Tres grupos enfriadores de agua condensados por aire.
- Calefacción por resistencias eléctricas en múltiples etapas.
- En auditorio y foyer dos climatizadores de alta velocidad con cajas de expansión de caudal variable.
- Salas de exposición, conferencias y halls, con climatizadores de baja velocidad.
- Extractores centrifugos independientes en todas las zonas.

Con todo lo anteriormente expuesto tenemos un completo Centro Cultural dotado de todos los servicios necesarios para obtener en cualquier época del año el máximo confort y ambiente agradable en todos los locales.

El Ayuntamiento de Madrid puede sentirse orgulloso al disponer de este Centro Cultural que tantas posibilidades da a la expansión de la cultura en todos sus aspectos.



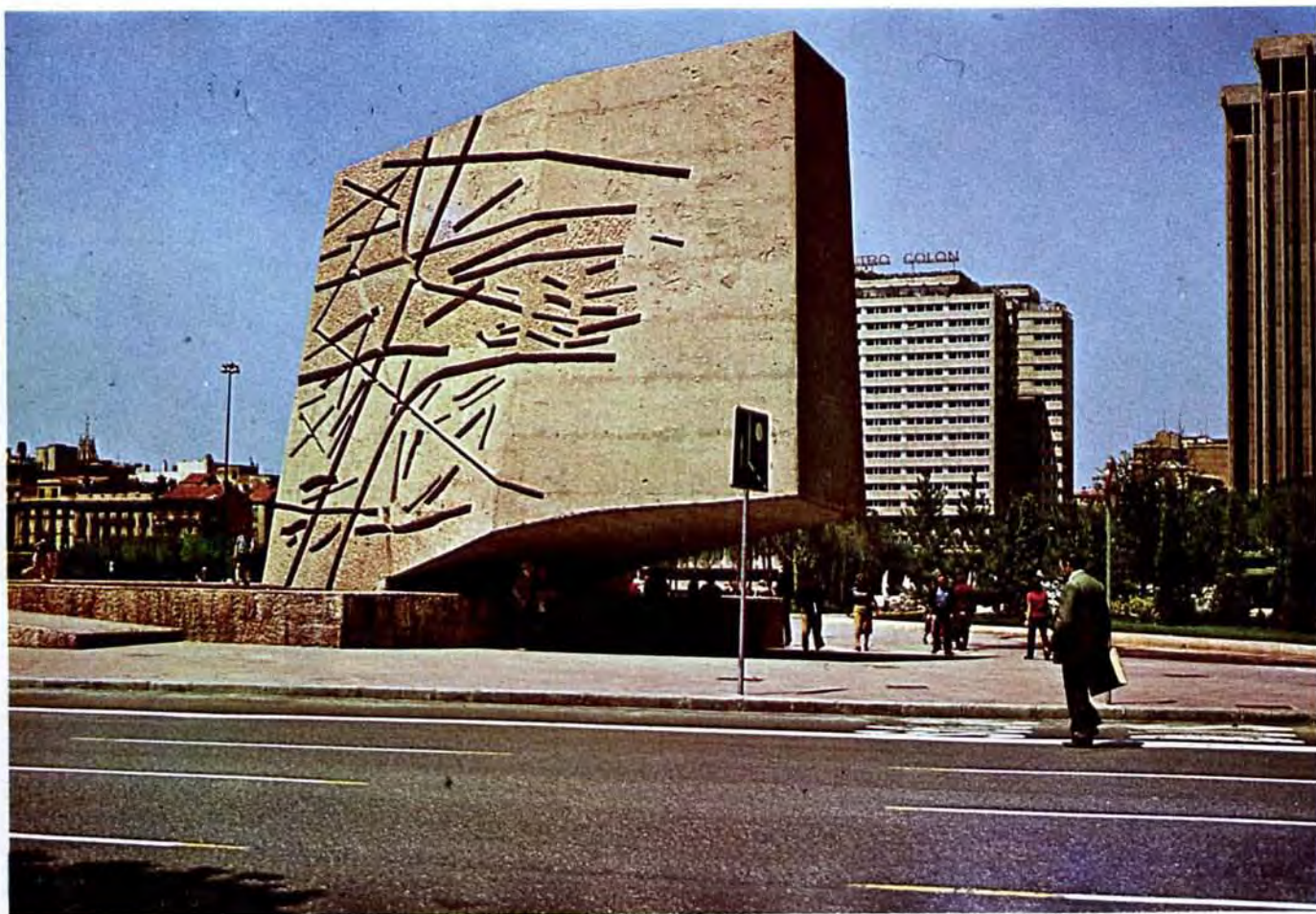
DONDE COLON Y EL DESCUBRIMIENTO SE FUNDEN

Por Mariano JUBERIAS OCHOA

PLAZA del Descubrimiento. ¡Del Descubrimiento! Siempre sentí el vacío de una conmemoración así. Como el buen soldado e insuperable cronista Bernal Díaz del Castillo, escribió la «Historia Verdadera de la Conquista de la Nueva España» para reprochar a López de Gómara que en su «Historia General de Indias», no hablase más que de Hernando Cortés, como único protagonista de la conquista de Méjico, olvidándose de todos sus colaboradores, así yo, cuando

he visto elevar monumentos al admirado y admirable Cristóbal Colón, por toda la geografía española desde Barcelona a Huelva, pasando por Sevilla y Madrid, como único y singular descubridor del Nuevo Mundo, he sentido el vacío del absoluto silencio de los técnicos, científicos, cartógrafos, misioneros, marinos y colonos, que hicieron posible el hecho fabuloso de insertar un mundo nuevo en la cultura occidental.

Un primer monumento al descu-



brimiento, restablece la verdad histórica y, lejos de desvanecer la figura de Colón, la engrandece y humaniza, al rodearla de hombres fabulosos, que sirven de cimiento a la hazaña y de pedestal al Gran Almirante de la Mar Océana, como del libro de Bernal sale un Cortés más próximo y más infinito al mismo tiempo.

Cruzando la calle de Serrano, desde la que lanzamos una mirada recogida en la foto primera, que nos da una imagen de cómo quedó este espacio después del derribo de la Casa de la Moneda, con sus polémicos jareños, y en la que vemos el friso de nuevos edificios de la embocadura de la calle de Génova, perspectiva hoy oculta por los motivos ornamentales de la nueva plaza.

Ahora el espectáculo primero que se ofrece desde el mismo ángulo, es la masa, el volumen impresionante de las macroesculturas conmemorativas del fabuloso amanecer de un mundo nuevo, más que nuevo desconocido. Nuestra atención queda absorta, prendida en su contemplación, por sus elementos decorativos más impor-

tantes. Inmersos en sus gigantescas proporciones, de puras y elementales geometrías, vuelan nuestros recuerdos hacia imágenes gemelas forjadas en los más hondos rincones de la historia y de la prehistoria en el alborear de los pueblos y de las civilizaciones, cuando al salir de un letargo de milenios, casi zoológico, el hombre propende, como demostración de su poder creador y su aspiración a un superior destino, al gigantismo, a lo ciclópeo, luchando con la selva y con la zoología, levantando bloques inmensos, de formas escuetas, en sueños de arquitecturas en potencia, de anhelos de escapar de lo primitivo hacia estadios superiores, acumulando o erigiendo inmensas moles pétreas, ciclópeas que, a lo largo de milenios, empiezan a ser talladas con insinuados jeroglíficos simplificados, en que aparece lo abstracto antes que lo figurativo. Es un mensaje para milenios, que el hombre actual continúa sin descifrar el cómo y el por qué sus antepasados de hace miles de años movían esas ingentes rocas de decenas de toneladas.

Pasan por nuestra mente construcciones megalíticas: menhires, dólmenes, alineaciones y, también, piedra de Machu-Pichu, de Cuzco, de Tiahuanaco, de Chichen-Itzá, que dejaban atónicos a nuestros exploradores y conquistadores, en los primeros contactos con las tierras del Nuevo Mundo, con culturas desconocidas sobre sus lomos.

Tenía que ser así el canto auroral del Descubrimiento. No podía desvanecerse en quillas insinuadas, en yelmos floridos, en tropeles equinos en bronce, en testas coronadas por multicolores plumas.

Después de leer a Hernán Cortés, a Colón, a Bernal Díaz del Castillo a Bartolomé de las Casas, a López de Gómara y también a los madrileños Fernández de Oviedo, que escribió «Historia general y natural de Indias» y a Alonso de Ercilla, autor del mejor poema épico de la gesta americana; después de ver el código Corsiano del Museo de América y el Paño de Tlascalala, el monumento que cantase al alborear de un mundo nuevo, tenía que ser así.



Tenía que ser así, conteniendo las fechas, los lugares, los nombres y las palabras del Descubrimiento; tenía que ser así, megalítico, sólido, contundente. Tenía que concretarse en bloques ingentes, que pesen y que al mismo tiempo vuelan, prodigio posible a la luz de las técnicas y los materiales modernos.

Tenía que ser así y aquí, en Madrid, por derecho propio, porque Madrid fue la capital de ese mundo nuevo que se transformó en Occidente, en cristiano y en hispanopar-

lante, porque fue metrópoli de esas tierras durante trescientos y pico de años, hasta dejarlas en sazón de autodeterminación.

Madrid tiene en su callejero un nutrido repertorio de alusiones a las nuevas nacionalidades, al descubrimiento y a la conquista; tiene un abanico de monumentos relacionados con América, empezando por el de Isabel la Católica, de la que dice el historiador norteamericano William Thomas Walsh que «para comprender a una mujer con espíritu de cruzado, que

cambió el curso de la civilización y el aspecto del mundo entero, como lo hiciera Isabel, es necesario comenzar con una visión de conjunto de la escena de Europa, cuando ella apareció». El monumento es obra de Manuel Oms y está emplazado al final de la Castellana que, como un símbolo, empieza en esta plaza con los levantados a Colón y al Descubrimiento, el primero nació de la colaboración de Mérida y Suñol y el segundo es obra de Vaquero Turcios. En la Ciudad Universitaria Complutense se eleva,



ante el Museo de América, un monumento a la Hispanidad, obra de Agustín de la Herrán. Y, muy cerca, contemplamos a Vasco Núñez de Balboa, avanzando hacia el mar del Sur, el inmenso Pacífico, que acaba de descubrir. Es obra de Pérez Comendador. Y luego, en el Retiro, Monumento a Cuba, la entrañable perla del Caribe y avenidas dedicadas a Méjico, a Cuba, etc. Monumentos a Bolívar, San Martín, Rubén Darío, Iriгойen, etc.

La presencia de América en Madrid es múltiple y entrañable: el tesoro de los Quimbayas, el código cortesiano, el primer mapa de América levantado por Juan de la Cosa, la flora de Colombia (Nueva Granada), representada en las 6.701 láminas conservadas en el Jardín Botánico, obra del gran botánico Juan Celestino Mutis, que pasó cuarenta y ocho años investigando en aquellas tierras, cuya obra fue ensalzada por Humboldt.

En múltiples organismos aquí afinados hay huellas, facetas y misiones americanas. Así en el Museo de América, en el de Arqueología y Antropología Americana, en el Naval, en el Nacional de Etnología, en el del Ejér-

cito y, también, en el Palacio de los Consejos (donde estuvo instalado el de Indias), en el Jardín Botánico, en el Archivo Ibero Americano, en el Instituto de Cultura Hispánica, en la Academia de la Lengua, etc.

No quisiéramos terminar este artículo, sin hacer una breve alusión a un tema inédito o poco tratado: el de la presencia de los madrileños en el nuevo continente, porque es bueno saber que también paisanos nuestros pusieron una pica en Indias. Así Alonso de Ercilla, que tomó parte en varios hechos de armas en Chile a las órdenes de Alderete contra los valientes araucanos y escribió en décimas reales magistrales «La Araucana», poema épico ensalzado por Menéndez Pelayo y Voltaire; así Gonzalo Fernández de Oviedo, autor de la «Historia general y natural de Indias, islas y tierra firme de la Mar Océana», que fue subgobernador de Darien y gobernador de Cartagena de Indias, que había fundado el también madrileño Pedro de Heredia, tras varias expediciones organizadas por él. Otro paisano nuestro, también poeta, don Francisco de Borja y Acebedo, fue capitán general del Perú, donde fundó la Universidad de San Marcos. Euge-

nio Salazar, natural de esta Villa, fue oidor de San Salvador, Guatemala y Méjico y ministro del Consejo de Indias. Todos, como vemos, gente de pluma y espada. Carlos Pereyra nos habla del madrileño Vicente Cervantes, como director del Jardín Botánico de Méjico, citado por Humboldt con encomio. En otro trabajo más amplio daremos más nombres y datos sobre este particular.

Inmersos en la celebración de la apertura de esta plaza, ha volado nuestra imaginación hacia las conexiones de nuestra Villa, con esta efemérides mundial del Descubrimiento representado en esta plaza, que es para Madrid la conquista de dos hechos importantes en su historia: primero y, fundamental, haber dotado a nuestra capital de un espacio abierto, de amplias e inéditas perspectivas, con cincuenta y tantos mil metros cuadrados, el más amplio de los emplazados dentro del casco urbano, y la creación de un complejo cultural de nivel europeo, acogido por el pueblo de Madrid con verdadero entusiasmo y, finalmente, una ordenación modernísima, adecuada a la efemérides que conmemora.

SOBRE COLON Y SU VIEJO MONUMENTO

Por
Enrique PASTOR
MATEOS

(Decano del Cuerpo de
Archiveros del
Ayuntamiento de Madrid.
Director de Museos
Municipales.)



FRANCIA y Rusia pueden ofrecer el grandioso espectáculo de sus revoluciones, los países anglosajones el portento no menos revolucionario de la industrialización. Otros pueblos destacan en terrenos diversos: el pensamiento, el arte... El idealismo es alemán y el renacimiento italiano. Así mismo, la civilización es helénica, la mística india y la sabiduría china. En la competida exploración de los mares será la palma para la esforzada nación lusitana, como celebrara en inmortales estrofas, Camoes inspirado.

Nada semejante puede ofrecer España, a no ser la fecundidad de nuestro ingenio. Entre nosotros han nacido don Quijote de la Mancha y don Juan Tenorio, Lazarillo y Celestina, El mágico prodigioso, El Condenado por desconfiado y ese hu-

mano arquetipo que es Segismundo. Hemos dado cuerpo a la Cava y a Bernardo el Carpio, hemos prestado a Roncesvalles estruendo y fama, y si nos apuran confesaremos haber inventado a Napoleón y al Dos de Mayo.

¿Es también el parto de un Nuevo Mundo fruto de nuestra fantasía?. Reconozcamos que sus calidades literarias hacen posible, frente a toda evidencia, la sospecha.

PARA escribir sobre esta cuestión, no me falta un buen pretexto. En Madrid, mi cuna, se han inaugurado unos jardines que han sido llamados del Descubrimiento. La polémica en torno a ellos ha sido violenta. Se ha contradicho la idea, la realización y el nombre. Por razones de fondo y por su



Cristóbal Colón.

posible inoportunidad; por principios y por sensibilidad, y también por partidismo. No se trata de terciar en ella. Simplemente de abordar un tema apto para la noticia y también para la reflexión.

ENTRE esas creaciones literarias, fruto de nuestra meridional fantasía, molinos y gigantes, venteros y dulcineas, ninguna ha alcanzado tanta verosimilitud como la de ese imaginario almirante que hemos decidido llamar Cristóbal Colón.

¡Qué bien puesto está el nombre! Es la versión popular de una elevada idea. Le hemos llamado Christophoros, o sea, portador de Cristo, que, mal que pese a muchos, fue el Descubrimiento cristiana empresa. Que si los príncipes cristianos querían llegar a Oriente era por envolver al turco y renovar la cruzada; que si de nuevos pueblos se tratase, no habría cosa más importante que disipar con la luz del Evangelio las tinieblas de la gentilidad.

Más teología cabría aducir, que si Colón portaba a Cristo, era a su vez llevado por El. El navegante llevó a lejanas tierras

el nombre del Ungido, pero fue Este el que le condujo al último extremo de los mares cuando consideró llegado el momento de que se cumpliesen viejas profecías y eternos designios.

Colón, o Colom, o Colomo; Coulomb o Colombo, a gusto del lector, es el latino Columbus tamquam columba.

La paloma es de antiguo símbolo de la inocencia y de la paz. No fue la de Colón misión de guerra y exterminio, sino de vida, de donación y de entrega. Como en los tiempos de Noé, le enviamos desde el arca, símbolo de la Cristiandad a flote por la fe, a explorar la tierra en sus confines. Hubo de regresar con follaje en el pico, anuncio y prueba de que en el Nuevo Mundo habría de florecer la semilla del antiguo.

EN los Jardines del Descubrimiento, se alza una estatua de Colón sobre elevado pedestal. Una y otro eran ya de sobra conocidos de los madrileños que llevaban casi un siglo contemplándolos en el centro de la plaza lindante. Mucho se nota que vieron la luz en otro tiempo. El espectador ignaro considera el conjunto simplemente antiguo; no se atreve a decir anticuado.

Por cierto, Mariano de Cavia, el antiguo periodista aragonés, haciendo honor a la tradición epigramática de su tierra decidió un día, con acerada frase, llamarlo la palmatoria. Con más propiedad recordaría un suntuoso cirio pascual.

EL personaje Colón es un prodigio de sabia elaboración. Reúne tres cualidades capaces de hacer atractiva e impeccedera su figura literaria: el secreto, la fortuna y el destino.

No se habla de su origen. No hacía falta conocerlo. Hubiera empequeñecido su carácter y desvirtuado su misión. Pero es más, se diría que el secreto no es accidente, sino algo consustancial que Colón defiende para salvaguardar su ser.

Por eso la conducta de nuestro personaje es equívoca. En su vida no sólo no hay declaraciones terminantes, sino que en su lugar encontramos indicios engañosos y signos ambiguos. Se llega a la conclusión de que conocer a Colón es ignorarlo todo.



Detalles del monumento, fotografiados durante las operaciones de traslado al nuevo emplazamiento.

Espíritus romos y prosaicos no lo han entendido así y de antiguo se han lanzado a descubrir detalles de su ascendencia y de su vida anterior.

Me ha parecido siempre rasgo del más fino ingenio sospechar que Colón fuese judío. Una raza que fluctúa entre la exaltación y el exterminio, perseguida y visionaria es hogar que cuadra este hombre predestinado y errante.

Como es lógico, este supuesto tan razonable no ha podido ser demostrado. En cambio otros pretendieron, con ridículos argumentos, hacernos aceptar las más absurdas y vulgares genealogías.

Difícil es que quien no tiene razón se dé por vencido. Y así ha habido quien ha amañado documentos para hacer a Colón paisano suyo. Otros, más dichosos, sin necesidad de falsificaciones ni subterfugios han creído averiguar que era de tal o cual parte. Ha hecho fortuna la especie de que era genovés y los que han considerado el caso sólo superficialmente, han dado en difundirla; pero nadie podrá seriamente considerarla un acierto.

Las pruebas, ciertamente, no son palmarias, pero habrían de serlo y nada significarían. El origen de Colón es un secreto. De ser revelado Colón se desvanecería. Habríamos averiguado los antecedentes de un nuevo personaje.

A todo esto, nos está esperando la trasnochada estatua del Descubridor para que contemos su historia. No ha llegado todavía el momento; mientras llega, podemos ir aproximándonos.

Fue en 1835 cuando por primera vez en Madrid se dio nombre a las calles de manera oficial e intencionada. Fue el corregidor Pontejos, inspirado al parecer por el joven Mesonero, su ninfa Egería, no sabemos bien en qué medida; el que mandó revisar el callejero madrileño, confirmar las denominaciones tradicionales y suprimir los duplicados. Las calles que con este motivo quedaron vacantes recibieron entonces apellidos realmente conmemorativos, entre ellos el de Colón. No se movían mal, en contra de lo que se cree, los hombres del siglo XIX en el campo de la Historia.

Fue la ocasión una calle de Santa Catalina o Cathalina, que a veces quizá por equivocación figura como la Vieja, que iba de la calle de Fuencarral a la Plazuela de San Ildefonso. La santa daba nombre a otras dos o tres más y era obligado el cambio.

En lo que hoy se repara, y entonces nadie advirtió, es en sí la longitud, anchura, caserío e importancia de la calle guarda proporción con la calidad del personaje que recuerda. Bastaba lo hecho. Madrid en la primera ocasión había cumplido con el almirante.

HAY algo en la aventura colombina que estremece; lo endeble de su base científica.

Reconozcamos que las opiniones del futuro descubridor tenían escaso fundamento. Su saber era amplio pero sus argumentos confusos y sus conclusiones caprichosas. El coro de sus detractores fue muy variado, pero figuran en él hombres de sólida ciencia que deben a su afán crítico y a sus vastos conocimientos el haber desempeñado un papel desairado en esta historia.

Desde nuestra perspectiva, aún es peor. Nos consta que Colón, basado en una serie de datos equivocados, fiado de un cálculo erróneo, pretendía un imposible.

¡Qué maravilla! ¡Cómo se ha forjado la leyenda! No basta con que este hombre aparezca como por ensalmo sin que sepamos quién es ni de dónde viene. Hay que añadir a eso la vaguedad de sus explicaciones, sus teorías disparatadas, sus tergiversaciones, su fantasía. Seguir a tal hombre habría de ser o insensatez o genialidad.

NO hemos olvidado el monumento a Colón. Por supuesto los antecedentes son curiosos y su peripecia sabrosa, pero tampoco los datos que poseo, los que reunió en su día Rincón Lazcano, dan al relato carácter de expediente concluso. Quedan muchos cabos sueltos y se pueden formular muchas hipótesis válidas.

Se habla por primera vez de tal monumento el veintiseis de junio de 1862. Existe ya un modelo obra del escultor don José



Isabel la Católica.

Piquer, artista de mérito, suficientemente conocido de los estudiosos, que gozó de gran prestigio e incluso preeminencia, entre sus contemporáneos.

Ya en ese mismo momento, se tomó la decisión de emplazarlo en el mismo lugar que vino a ocupar años más tarde.

De interés es el presupuesto. La estatua, de bronce y de diez pies de altura, costaría 80.000 reales; el pedestal, de piedra, es de suponer, y de dieciséis pies de alto con su, por entonces, inevitable verja costaría 60.000, que sumadas a las anteriores hacen un total de 140.000 reales. Llamo la atención sobre la cifra.

Se pidió superior autorización, que entonces era necesaria. A los dos meses justos, el veintiséis de agosto, se comunicaba al Ayuntamiento de Real Orden la aceptación de la idea.

Había pasado un año y un día. Primera sorpresa. El veintisiete de junio de 1863 se aprueba una nueva propuesta y un nuevo presupuesto esta vez de ¡800.000! reales. Inimaginable la subida de precios. Si hubo error, demasiado error. La Historia se complace en dejar que vuele nuestra imaginación.

Segunda sorpresa, aunque esta vez, lo ocurrido sorprenda menos. No volveremos a tener noticia de que en los ambientes municipales nadie se ocupe de tal estatua, ni de su pedestal, ni de su verja.

Pasa otro año, esta vez no completo. Una ley de veintidós de junio de 1864 dispone la erección con carácter nacional de un monumento al descubridor de América. Lo promulga la Reina con el refrendo de don Antonio Cánovas del Castillo, que desempeñaba por entonces el cargo de Ministro de la Gobernación.

Se trata y no se trata del mismo anterior. Tendrá el mismo objeto y estará emplazado en el mismo sitio, pero para su ejecución se convocará con el asesoramiento de la Academia, un concurso de grandes pretensiones entre artistas nacionales y extranjeros.

Otros aspectos de la ley nos deparan una nueva sorpresa. Cuenta la Nación con los 800.000 reales, aportación del municipio madrileño, pero los considera harto insuficientes. Se crea una comisión de altos vuelos, se abre una suscripción pública y aún se dispone que el Estado sufrague el posible déficit.

Ni galopante subida de precios ni nuevos errores. Todo se explica si suponemos que el monumento crecía en la mente de quienes lo promovían a un ritmo desenfrenado.

Poco costaba. Digamos, esta vez ya sin sorpresa, que por entonces no hubo estatua. Llegó la Revolución en 1868 y el monumento continuaba en el mundo de los futuribles.

Y el caso es que aquellos hombres cuya desidia es indefendible creían sinceramente que Colón era el descubridor de América.

Y digo esto, porque ha habido y hay, quien —atrevámonos a utilizar la palabra justa— estúpidamente lo ha puesto en duda.

La imaginación asusta a los timoratos. El azar les horroriza. No nos admire que se lancen por el camino de las explicaciones fáciles.

Quién dice que Colón tuvo noticias fidedignas de otras navegaciones anteriores, quién le quiere hacer participar en una de ellas, quién quiere, en suma, que sea descubridor de lo descubierto.

No hace muchos años se nos sorprendía con una atrevida falsificación nacida en una prestigiosa Universidad americana.

Trabajo inútil. Hay que reconocer que Colón no fue el primero en abordar las costas americanas. Lo que hizo, que otros antes que él no habían hecho, fue descubrir un mundo nuevo.

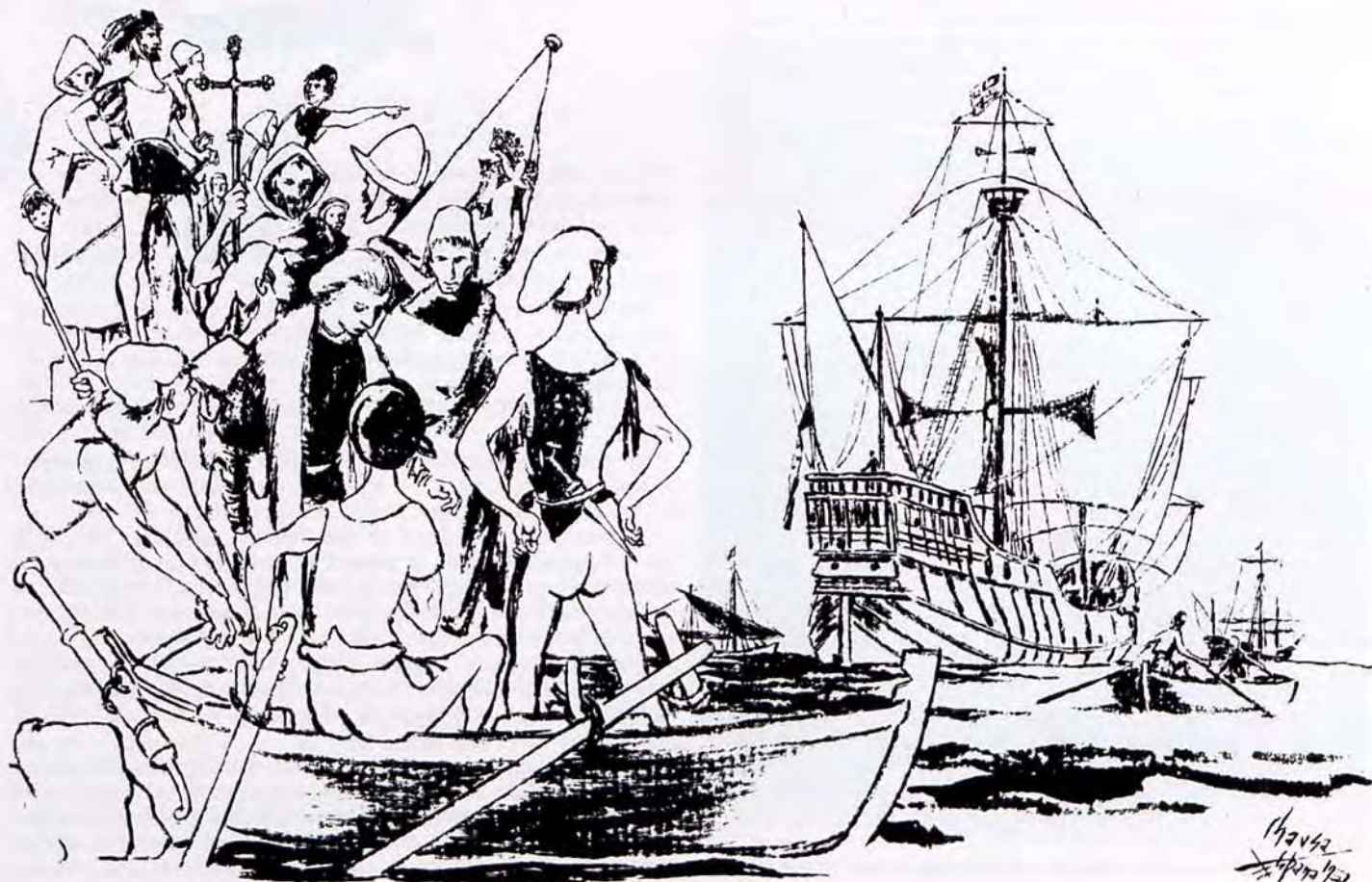
Más que probable parece que el continente americano fue habitado por hombres que procedentes de Asia atravesaron el estrecho de Bering. No tenemos por qué rechazar que navegantes expertos y arriesgados atravesaron el Pacífico y llegaron a sus playas en tiempos más o menos remotos.

Para Occidente cualquier hipótesis es válida. Los fenicios, los griegos y aún los egipcios, se acreditaron de grandes navegantes y bien pudieron salvar el inmenso foso del Atlántico. Es de pensar que de seguro lo hicieron los vikingos, sea o no Vinlandia la tierra firme americana. Más aún, todos los marinos que vivieron cara al Atlántico pudieron llegar al país frontero, los irlandeses y británicos, los bretones, los vascos, los gallegos y portugueses; fue empresa al alcance de los ricos armadores de Burdeos, de Nantes, de Brest, de la Rochela.

Triste papel el de aquéllos que habiendo tenido la gloria entre las manos, no supieron hacerla suya. Pasemos esta cuestión por alto y no prestemos tanta atención a nuestras miserias. Reconozcamos que Colón pudo, pues, descubrir lo conocido. Ahí está su mérito. Lo desconocido lo descubre cualquiera.

EL caso es que con unas y otras cosas, Madrid seguía sin monumento.

La comisión que entendía en el asunto, la presidía don Salustiano de Olózaga, el gran tribuno progresista y entre los vocales figuraban ilustres personajes del momento de variada significación política. Allí se reunían los Valera, los Topete, Moyano, Egaña, Castro. Entre ellos, don Francisco Pi y Margall, que como es sabido fue el amo de España en los primeros meses de la efímera República de 1873. Parece ser que la promoción del jefe federal despertó de su letargo a la comisión, que quiso aprovechar la ocasión para obtener del Gobierno el bronce necesario para la estatua. Pero ¿existía tal estatua? ¿Se había hecho algo para hacerla realidad? Poco sabemos al respecto. Sólo que con la caída de Pi se abre en esta historia un largo periodo de silencio.



SE complace la leyenda en presentarnos a Colón como individuo a quien no sirven de apoyo ni la garantía de un pasado conocido ni el refrendo de una ciencia concluyente.

¿Sobre qué base se va a alzar como monumento vivo? Simplemente sobre su fortuna. Una serie de circunstancias no corrientes le van a poner en camino del más venturoso hallazgo.

Pero el relato es aleccionador en sumo grado y nos demuestra que la fortuna rara vez se entrega a quien no la persigue con obstinación.

El acoso dura varios años. Una primera negativa a cuenta del Rey de Portugal no consigue descorazonarlo. Y eso que la noble nación atlántica se había convertido en obligado refugio de toda inquietud marinera.

Menos le afecta el desvío del poderoso duque de Medinaceli. El conde de Medinaceli le es propicio pero vacila en un último momento. Está aún lejos el día en que se cumplan sus sueños.

Colón celebra una primera entrevista con los Reyes de Castilla. Nada queda decidido. Ya es un triunfo que tomen en consideración su propuesta.

Comienza entonces para Colón una larga peregrinación en pos de la corte hacia una presentida Tierra Prometida, siempre lejana y esquiva.

Dos frailes se cruzan en su camino como dos tentaciones: fray Diego de Deza, que le apoya y anima; fray Hernando de Talavera, que, al frente de una junta de sabios, le contradice y rebate, para desautorizarle en último término.

Fue entonces cuando nuestro héroe en la más negra noche de su alma, varado en la Rábida acudió a un tercer fraile para que dirimiera el gran pleito de su vida y de su empresa. Fray Antonio de Marchena le confirma en su empeño. Hubiera sido suicida abandonar el camino emprendido. Colón no podía realizarse de otra forma.

UNA curiosa anecdota nos revela algo más de lo ocurrido con motivo de la erección; dicho con mayor exactitud, la no erección en Madrid del proyectado monumento al afortunado navegante.

Un súbdito español, residente en la Guadalajara de Jalisco, reclama en 1871 su donativo para el tal monumento «por no haberse llevado a cabo».

Y he aquí a la Dirección de Obras Públicas y al Ayuntamiento de la capital buscándolo por todas partes.

Nos enteramos con este motivo de varias cosas. Una, que la comisión había recibido no pocas aportaciones en metálico; otras, que el cónsul general de España en México había remitido en su día 1.730 pesos y 30 centavos, muestra de la generosidad de los españoles residentes en ultramar; que las cuentas estaban en poder del general de Marina, don Miguel Lobo; que el presidente, Olózaga, ya difunto, las había aprobado en su momento; que el gobierno del Uruguay había prometido entregar en su día el mármol de la estatua; y, finalmente, que, al parecer, el fruto de la suscripción, más de 11.000 pesos fuertes, estaba depositado en el Banco de España.

Hasta aquí lo sabido. Ignoramos, en cambio, si se le devolvió su dinero al inesperado peticionario, ni qué se hizo por fin con el dinero recaudado.

Reconozcamos que los puntos oscuros son muchos. Y que no hemos conseguido aclarar si la estatua iba a ser de mármol, de bronce o de nada, solución que, por el momento, parece haber prevalecido.

COLON por su parte, fue de nuevo introducido en presencia de los reyes y de nuevo desahuciado. Pero al fin, se le había de rendir la fortuna. Los monarcas castellanos deciden ignorar el fundado dictamen de los expertos, rectificar anteriores decisiones, y guiados por oscuros presentimientos, apoyar al desconocido aventurero que de cinco o seis años a esa parte les venía importunando.

La leyenda tiene rasgos para todos los gustos. Muestra del tradicional espíritu realista de la épica castellana es la porfiada discusión que se entabla sobre la recompensa que recibirá el futuro almirante. Cargos, títulos y honores le serán prometidos sin tasa. Las divergencias surgen a propósito de

aquellos privilegios que suponen beneficios y rentas. Por muy imaginarios que se consideren, no quiere la Corona ceder sus derechos y Colón, como si ya señorease en las Indias se encasilla en sus reivindicaciones.

Es admirable seguirles en la disputa. Se diría que el Descubrimiento era ya cosa hecha.

Otra anecdota es de muy diferente signo. Su inspiración romántica escandaliza de tal forma, que ha sido rechazada por muchos autores, que, al perfilar la leyenda, la consideraron una interpolación impropia. Se trata de una Reina que entrega sus joyas para financiar los sueños de un desconocido. Es en este caso la que más se arriesga y la que más expone. Reconozcamos que no perjudica a este relato tal rasgo de desprendimiento y de magnanimidad.

Pero su mayor importancia estriba en destacar el papel relevante de la mujer en este episodio. Como en la vida, como en la Historia es la mujer la que inspira y anima, la que conforta y ¿por qué no? también la que decide.

Le corresponde al varón ser protagonista y alcanzar la sombra del poder y la vanidad de la gloria.

CONSTA que el monumento actual a Colón se debe a una iniciativa de los Títulos del Reino, que demostraron al llevarla a cabo tan buenas intenciones como discutible entusiasmo.

También se dice que con este monumento pretendían solemnizar el matrimonio del Rey don Alfonso XII con su prima la Infanta doña María de las Mercedes de Orléans, celebrado el 23 de enero de 1878. No ha de extrañarnos que el prematuro fallecimiento cinco meses más tarde de la joven reina sorprendiera a los Señores Títulos sin haber realizado su propósito. Más grave fue que dejaran transcurrir el tiempo de tal forma que el monarca pasara a contraer nuevas nupcias, tuviera dos hijas, fruto de esta segunda unión y llegara a morir el 25 de noviembre de 1885 sin haber podido inaugurar el monumento. Todo ello no demuestra sino la apatía con que se procedió.

Si todo esto fuera leyenda, muy mal urdida, estaría pues quedaría trancado el final. Siendo realidad, tampoco es fácil de desentrañar el principio y averiguar qué misteriosa relación puede existir entre un monumento a Colón y una boda regia, y menos con la nobleza titulada de por medio.

La juventud de los novios, la belleza de la Infanta, la apostura del Rey, su mutuo amor apasionado, los obstáculos que se oponían al enlace hicieron popular esta historia novelesca. Si alguien hubiera pretendido simbolizar el idilio hubiera debido recurrir a la mitología campestre. Absurda resultaba una llamada al mundo heroico.

Si no obstante, cerrando los ojos ante esa frágil criatura que iba a ocupar el trono, se trataba tan sólo de festejar esa Restauración, por momentos robustecida, que esa boda venía a consolidar otros podían ser los ejemplos y otras las evocaciones.

Todavía no se alzaba en Madrid ningún monumento que recordase la recia personalidad de la primera Isabel, modelo de mujer y espejo de reinas, corazón del Descubrimiento. No se nos alcanza por qué misteriosos designios prefirió la nobleza rendir homenaje a Colón.

BIEN guardado su secreto, sometida a su albedrío la fortuna, Colón pone rumbo a su destino. Ya dijimos ser éste el rasgo culminante de una leyenda trenzada magistralmente.

No hay tragedia sin hado ni drama sin albedrío. No es trágico ni pagano el destino de Colón. No se resiste al decreto de los dioses. No lucha por evitar un inexorable final. Muy al contrario el drama de Colón, cristiano y humano, estriba en una realidad hostil que se opone a sus designios, en una voluntad inflexible de realizar la elevada misión a que se siente llamado, mil veces a punto de quebrarse, frente a otros tantos obstáculos.

Voces interiores le llaman con insistencia y él no duda en acudir a la cita. Es a su dictado como el 3 de agosto de un año memorable, leva anclas en el Puerto de Palos junto a Moguer y se hace a la mar confiado e inquieto.

La partida de Palos era en principio la decisión suprema, pero el viaje tenía una primera etapa sin otros riesgos que los ordinarios. Pusieron las naves rumbo a las Afortunadas surcando el Océano por una ruta harto conocida. Fue allí, en la Gomera, donde Colón hubo de dar un último y definitivo paso y emprender la segunda incierta, arriesgada y decisiva etapa de su viaje. Lo hace por su propio imperio y asume con plena conciencia la incertidumbre de su destino.

Ese día un ligero temblor hizo estremecerse al eje ideal de la tierra, mientras las invisibles estrellas parpadeaban de asombro. Era el 6 de septiembre de 1492.

CON mucha menos decisión y firmeza se llevó a cabo el monumento madrileño con el que íbamos a honrar al más grande de los navegantes. Pero antes de comprobarlo, vamos a formularnos una pregunta que dejaremos sin respuesta.

¿Tuvo algo que ver la iniciativa de los títulos del Reino con esas otras anteriores que hemos considerado encadenadas desde 1862 hasta la exaltación en 1873 de Pí y Margall? No sabemos contestar. Leo que el concurso de proyectos para el nuevo monumento es de 1877, es decir, anterior a la boda. Podemos suponer un propósito ya existente, que se acomoda posteriormente, no sin violencia, a las circunstancias. Cabe también, que el dato sea erróneo.

Pero la continuidad de fechas no demuestran nada. Han pasado pocos años, pero ¡qué años! Un rey joven invita a la liquidación del pasado, a la renovación de la vida nacional. Se vive en aquellos momentos de futuro.

Pero no con demasiado ímpetu como demuestra la lenta marcha de los nuevos comisionados. Anoto fechas. Fueron madrugadores para dirigirse al Concejo madrileño y pedirle lugar donde emplazar el monumento, lo hicieron en 25 de marzo de 1878. Y no anduvo tampoco remisa la Corporación, que el primero de abril siguiente acordaba en sesión conceder el, tantas veces y de tanto tiempo atrás, reservado para tal fin.

Las obras del monumento, se dice, no empezaron hasta 1881. Admitamos que el proyecto fuera de 1877. Cuatro años no es poco, pero no seamos exigentes y aplaudamos este paso que podemos considerar definitivo.

Duran las obras hasta 1885. De nuevo un intervalo semejante, pero esta vez la lentitud es más reprochable e inexcusable la apatía.

Hubieron de expiar, en cierto modo su culpa los responsables de la demora. Podemos suponer que hubieran deseado inaugurarlos un 12 de octubre. Mas por cinco veces no llegaron a tiempo. La última por poco. Decidieron entonces, señalar la fecha del 4 de enero, aniversario del regreso de Colón de su primer viaje, que ya sería de 1886 para exponer por vez primera y con toda solemnidad el monumento a la pública admiración.

No pudo ser tal como hubieran deseado. El fallecimiento del monarca dejó a España sumida en la tristeza y la inquietud. Vinieron días de expectación y de luto. Preocupaciones de mayor entidad hicieron olvidar el monumento.

No sé que hubiera inauguración. Fue notable que con tan encompetados padrinos hubiera de quedarse sin bateo.

No hubo tampoco por entonces la acostumbrada cesión y entrega al Municipio. Lo curioso es que años más tarde, en la sesión, sin duda, solemne, del 12 de octubre del año del centenario se diera cuenta de haberse procedido a esta formalidad.

He leído también que el monumento es de 1893. Puede ser también otra equivocación. Pero, por improbable que resulte, ¿no podría ser ésta la fecha de una inauguración que no pudo efectuarse en su día?

LOS que se familiaricen con la gesta del Descubrimiento repararán en la abundancia y variedad de personajes secundarios, algunos de extraordinario relieve y atractivo.

Destaca entre ellos Martín Alonso Pinzón, armador onubense de admirables cualidades como hombre y como navegante que vino a ser el compañero más distinguido de Colón.

Pero lo más notable de su paso por esta historia no es su presencia, sino lo decisivo de su intervención. Se nos ofrece



Vicente Yañez Pinzón, capitán de la Niña.

junto a Colón más sensato y a la vez más activo, no le cede en ímpetu y le supera en recursos, aporta a la empresa ciencia, experiencia y arrojo. Sin él hubiera sido imposible la aventura.

Cabe preguntar por qué no fue Pinzón el protagonista cuando era superior en tantas cosas al incógnito Colón, por qué fueron tan escasas sus aspiraciones, por qué admitió la dirección de un aventurero y se puso a sus órdenes, por qué aceptó compartir el riesgo sin participar en los prometidos honores y riquezas, por qué se resignó con un papel secundario y subordinado.

Mucho y bueno se puede decir de Martín Alonso Pinzón. Todo menos que fuera un hombre predestinado.

Lo contrario, en este aspecto ocurría con Colón. Hubiera sido desequilibrado, visionario, concupiscente como nos le pintan sus detractores y no importaba. A él y sólo a él estaba reservado ser el Descubridor.

¿SABEN mis lectores que, en 1843 se ideó la construcción en Madrid de un monumento dedicado a la Independencia Nacional? Mas no se asusten; si hemos de hablar de él será por algo.

En efecto. Ya dijimos que el monumento a Colón estuvo en construcción varios años. La única explicación verosímil, aunque no demasiado honrosa es que los promotores tropezaron con graves dificultades para ir haciendo efectivas las 215.640,68 pesetas a que ascendieron los gastos, incluida la entonces imprescindible verja.

La suma era elevada. No puedo asegurar que dispusieran de aquellos once mil y pico de pesos fuertes que, para la misma

finalidad se encontraban depositados en el Banco de España y que constituían, como ya dijimos, el saldo efectivo de quince años de ineficaces ensayos, pero lo más probable es que contasen con esta importante cantidad. Ignoro si lograron aportaciones oficiales. Dudo mucho que el Ayuntamiento les entregara aquellos 800.000 reales que de tiempo atrás había previsto gastar en el monumento. De todas formas, tales subvenciones no solían ser tan frecuentes ni tan pingües como lo han sido posteriormente.

Hubo que contar con la munificencia de los suscriptores y ésta debió de quedar por bajo de lo previsto. Me baso para conjeturarlo en un curioso expediente que se refiere al ya citado monumento a la Independencia Nacional.

Se trataba de un proyecto fundamentalmente urbanístico del arquitecto Sánchez Pescador, presentado a la aprobación del Municipio en 1843, y que mereció la ulterior conformidad de la Academia, que proponía transformar el Prado de Recoletos en un Salón, como antes se hiciera con el de San Jerónimo. Para presidir este espacio se erigiría un grandioso monumento cuya descripción se acompañaba y que estaba destinado principalmente a exaltar nuestros éxitos contra los ejércitos napoleónicos.

Tanto la empresa como su presupuesto —2.257.536 reales y 17 maravedíes— estaban por encima de las posibilidades del Ayuntamiento, pero esto no fue obstáculo para que entusiasmase a los ediles al frente de los cuales figuraba el famoso hombre público don Juan Álvarez Mendizábal.

Se ideó abrir una suscripción. Me cuesta trabajo no admitir error en la cifra anteriormente consignada cuando observo que el Concejo madrileño, encabeza la suscripción con 10.000 reales y otros tantos aporta la Diputación Provincial.

Bien sabido es, que el año 1843 fue muy movido desde el punto de vista político y que las más altas magistraturas se vieron afectadas por los acontecimientos. Hubo durante el año varios cambios espectaculares. No es pues de extrañar, que en mar tan procelosa zozobrase un proyecto lastrado de antemano con tan elevado presupuesto.

Llegó a recaudarse la cantidad de 72.884,30 reales de muy diversas procedencias. Sólo de Puerto Rico, llegó una remesa de 609 pesos y 17 maravedíes.

Estamos acostumbrados a ver cosas extrañas en estas cuentas. No nos sorprenda, pues, enterarnos de que la cantidad anterior había quedado reducida por manejos cuya justificación se nos escapa a 27.993 reales y 94 céntimos, que quedaron depositados en el Banco de España.

Entran ahora en escena los Títulos del Reino, uno de los cuales, el Conde de Casa-Valencia, personaje influyente de la época, se dirige el 16 de febrero de 1884, en nombre de todos, al Gobierno, para pedir que se le entregue la citada cantidad con objeto de sufragar los gastos del monumento a Colón. No debía de ser boyante la situación económica de los comisionados cuando recurrían a este expediente a los tres años de iniciadas las obras.

No sé qué argumentos emplearía el Conde. Y, aunque, a primera vista no parece que pudieran ser muy convincentes, otra cosa debió de opinar su amigo y presidente del Consejo de Ministros, don Antonio Cánovas del Castillo, que por segunda vez aparece en esta historia, que accedió a lo solicitado.

No es fácil explicarnos cómo el 5 de mayo entregaba el Ayuntamiento a la Comisión solamente 960,27 pesetas, que era, se dice, lo que restaba de los 10.000 reales que había destinado al consabido monumento. Me sospecho que este ingreso sería independiente del que efectuó de lo depositado en el Banco de España.

En todo caso, lo que queda en la penumbra son las misteriosas relaciones de Colón con la batalla de Bailén. Es el monumento testigo y alegato de que en una España convencional, tanto daba vencer a Napoleón como descubrir América.

OTRO personaje secundario de la epopeya es Rodrigo de Triana. Goza de pocas simpatías entre los historiadores serios, que lo consideran demasiado literario, pese a figurar en el rol de embarque y haber formado parte de la tripulación de la «Pinta».



Martín Alonso Pinzón, capitán de la Pinta.

Conocemos con detalle las alternativas de aquella angustiosa travesía, los desfallecimientos del Almirante, el desánimo de muchos que degenera en turbulencia, la firmeza de Pinzón, los reiterados espejismos de playas nacidas del deseo y al final una creciente esperanza, que hacían cierta, señales cada vez más abundantes de la proximidad de la costa.

Eran las dos de la mañana del 12 de octubre y en los tres navíos una tensa expectación se envolvía en profundo silencio. Rodrigo de Triana —¿Qué hacía en la proa de la Pinta?— vigilante, distraído o soñador, gritó: ¡Tierra!

Y en efecto, ahí estaba ante aquellos hombres, no la tierra que buscaban, las Indias lejanas y exóticas, sino unas nuevas Indias, aún más fabulosas.

¿Dijo ¡Tierra!, Rodrigo? ¿Fue Rodrigo quién dijo ¡Tierra!? ¿Dijo ¡Tierra!, alguien? Nunca un hombre fue más elocuente dijera una sola palabra, varias o ninguna. Dejemos en su sitio la leyenda. Rodrigo de Triana vio tierra antes que nadie, antes que su capitán y su almirante. Es él el verdadero Descubridor.

En el momento culminante, cuando el destino de Colón iba a cumplirse fue desplazado por este hombre de mar desconocido que antes que otro alguno, comprobó con ojos atónitos y gozosos la existencia de un Nuevo Mundo.

No parece que Colón perdonase a Rodrigo esta usurpación. En los ojos del humilde y andrajoso marinero sevillano creía observar destellos de superioridad, tal vez de burla. Llegado el momento fue Colón y no Rodrigo quién cobró el premio de 10.000 maravedíes concedido al primero que viese tierra. No podía el Almirante ceder en ese punto. Rodrigo Triana, despedido marchó a Marruecos y renegó de su fe en la confianza



Rodrigo de Triana.

de llegar también antes que Colón al Eden prometido por el Profeta.

FUE en 1880, exactamente el 13 de octubre de aquel año, cuando recibió él de Colón, la plaza que con ese nombre conocemos.

Durante casi veinte años se había venido hablando de colocar en ese punto un monumento dedicado a tal personaje y en ese momento en que, al parecer, iba en serio la iniciativa fue ocurrencia del Conde de Vilana, personaje conspicuo de la alta sociedad y concejal a la sazón, y así lo propuso a 25 de agosto de 1880, dar ese nombre al paseo de Recoletos en su totalidad.

Fue idea de la Comisión de Estadística reunida en primero de octubre, dar categoría de plaza al tramo final del paseo y distinguirla con la invocación propuesta por el de Vilana, dejándole al paseo el tradicional de Recoletos.

Y así, nació la Plaza antes y, sin embargo, a causa de la estatua.

No parece que en todo este proceso nadie recordase que ya existía desde fecha temprana una calle de Colón. No hizo falta que la Plaza nos la hiciese olvidar. Estaba ya olvidada.

Nunca segundas partes fueron buenas, que dijo el inmortal autor del Quijote, y en efecto, años más tarde, recién estrenado el monumento, en 1886, alguien quiso hacer ostentación de tosca erudición y propuso que la Ronda de Recoletos recibiera el nombre de Génova y así se acordó, con indudable disgusto del insigne marino que jamás quiso descubrir de dónde era. Bien entendido que si nació en Génova no quiso acordarse de tal nombre, y si no nació en Génova holgaba sacar a relucir a la bella ciudad italiana.

ES creencia común que el Descubrimiento se realizó el día doce de octubre de 1492. Si y no. Más no que sí.

Estuvo Colón navegando por aquellos mares hasta el cuatro de enero siguiente, fecha en la que, habiendo perdido su nave, emprendió el regreso a bordo de la «Niña». No llegaría a las Azores hasta el veinticuatro de febrero y hasta el cuatro de marzo de 1493 a Lisboa, en el continente.

¿Cuántas incertidumbres en esos cinco meses y muy especialmente en los dos últimos. Porque, reparemos en ello, sólo con el regreso tendría sentido la ida, sólo dando a conocer el Descubrimiento sería éste efectivo.

¿Qué importaba haber llegado adonde el sol se pone si nadie iba a saberlo? ¿No estarían sepultadas en el Océano otras aventuras análogas cuyo éxito sumido en irreparable olvido equivalía al fracaso?

No hay duda de que esta idea lacerante atormentaba su espíritu. Su drama no había concluido.

La leyenda obtiene de esta situación efectos muy conseguidos. Desconfiaba de Pinzón. Sin duda por lo mismo que conocía sus méritos. Le sabía hábil y enérgico, capaz de realizar la empresa por su cuenta. Sabía que su intervención había sido más que valiosa, decisiva. ¿No podía sentirse justificado si se alzaba con el triunfo y se adelantaba a Colón?

Mal conocía la probidad y la rectitud de su colega. Por eso mismo hubo de sufrir las mayores inquietudes.

Se alzarón luego contra él los elementos poniendo a prueba su serenidad y su pericia. La idea de perder el premio de su esfuerzo llegó a obsesionarle. Su angustia crecía de día en día. La noche del 14 de febrero fue posiblemente la más intensa de su vida. Tantos desvelos, tanta fortuna, tantos sacrificios, tantos éxitos podían convertirse en nada. Se veía como Tántalo a punto de alcanzar un fruto que al final parecía resultar inasequible.

Llegado a su Viejo Mundo pasó Colón a presencia del monarca lusitano. Entrevista fría, llena de suspicacias y recelos. Todo lo contrario que la acogida que los Reyes Católicos le dispensaron en Barcelona.

Llegados a este punto nos podemos hacer una pregunta. ¿Qué decía Colón haber descubierto? ¿Llegó alguna vez a saber con claridad qué tierras eran aquellas que encontró en su camino? Sus noticias ¿no sembraban la confusión sin revelar la incógnita?

Todo eso es verdad. La leyenda se complace en recargar las tintas. La magnitud de la hazaña se sobrepone a su descripción precisa. Tanto isla cuanto tierra firme, nuevo o antiguo continente el hallazgo de otro mundo o de una ruta para circular por el conocido. Lo descubierto es el misterio que hasta entonces había ocultado los confines de la tierra.

La noticia que Colón nos traía era simplemente la del Descubrimiento.

Colón no podía ya dudar de que su hazaña era de todos conocida. El mismo Papa, por aquellos días, en una bula solemne, levantaba acta del Descubrimiento.

POR fin teníamos monumento y podíamos contemplarlo, admirarlo... y criticarlo.

Su autor, don Arturo Mélida y Alinari había nacido en 1849, de familia de artistas. Artista él también, su temperamento era tan impetuoso como polifacético; cultivó las artes decorativas, la pintura, la escultura y la arquitectura, sin que podamos decir cual fue su actividad más sobresaliente. Tuvo un gran sentido de la línea como acreditan sus dibujos, y del volumen; fue profesor de modelado. Restaurador eminente, no menos se distingue por la invención y variedad de recursos.

Fue madrileño por el nacimiento y por el entusiasmo. Pensó mucho en un Madrid al que amaba y al que dedicó sus más grandiosas ideas. Tuvo poca fortuna con sus iniciativas, que naufragaron quizá por ambiciosas. Murió en Madrid en 1902, todavía en plena madurez.

El monumento no es su única obra colombina. De más empeño fue el sepulcro del Almirante destinado a la Catedral de La Habana y trasladado más adelante a Sevilla. Entre ambas obras no dejará de observar el entendido notorio parentesco.

Se refleja en el monumento la variedad de sus talentos. Todo, menos la estatua que lo corona es suyo. Hay en él estructura, elementos decorativos, figuras de bulto, relieves, todo ideado y realizado con una perfección académica que contrasta con su relativa juventud.

Revela esta obra otro de los rasgos característicos del autor: su propensión arqueológica. Nos encontramos en presencia del restaurador del toledano San Juan de los Reyes.

Decide Mérida que Colón es gótico. Góticos el personaje y la aventura. Un gótico que es fantasía, fragilidad y filigrana.

Sólo en una época de continuo desafío a la Naturaleza, de pasiones no reprimidas, de grandes impulsos, de desmedidas aspiraciones pudo llegarse tan lejos. El Descubrimiento no es el fruto del equilibrio, sino de la insatisfacción.

Debe el monumento al patrón gótico el gran acierto de su verticalidad. Empresa única que así se singulariza y destaca. Aspiración suprema y ofrenda escogida que hace participar al hombre en el juego de más altas esferas.

En contra suya está su época y sus convencionalismos, que se reflejan en su simbología, pobre y mal escogida y en toques de trasnochado romanticismo.

En el fiel de la balanza su armonía. Hay en él mucho de didáctico. Sus tres cuerpos se funden y se compensan. Los más simples y más puros descansan sobre los más mixtificadas y floridos como si la lección hubiese de acabar por el principio.

El monumento es con todo estimable. De cerca se observan en él detalles de buena factura, de lejos resulta esbelto y airoso. Lástima que nuestro espíritu esté hoy tan alejado de sus motivaciones y nuestra sensibilidad se muestre tan extraña a sus exquisitesces.

LA vida de Colón es ejemplar principalmente porque en ella todo se subordina a una misión que él libremente asume, intenta y culmina. Su arma ha sido el secreto, su aliada la fortuna, el destino su guía.

Cumplida su misión, ya de regreso de su portentoso viaje, ya divulgada la sensacional noticia, realizado ya el Descubrimiento, su vida carece de sentido.

Para su desgracia tardará la muerte varios años en salir a su encuentro y Colón tendrá que desempeñar durante ellos el incómodo papel de héroe jubilado.

No se resignará a la inactividad. Bulle en su interior el genio navegante. Tres veces más cruzará el Atlántico rumbo a sus Indias y otras tres de regreso a su hogar. Pero estos viajes nada tienen que ver con el primero. El Almirante es ahora uno más de los muchos que van a inscribir su nombre en la saga de los exploradores.

Intentará hacer efectivos delirios de mando y de preeminencia. La experiencia le demostrará cruel su incapacidad y vindictiva, le hará pagar caro su atrevimiento.

Ni los honores, ni el dinero, ni la alabanza llegan a saciarle.

Cree tener derechos que no se le reconocen. Muy al contrario, los que le rodean cree que tiene deberes con los que no cumple. Los demás le acusarán de exigente y él a los demás de ingratos.

En el fondo, llegado a su meta, ya no ansía nada. Su conciencia no le estimula, le atormenta. No vive, sobrevive.

Borremos esos trece últimos y calamitosos años; es el añadido de un artista melancólico y decadente. Hagámosle morir en el puente de un desarbolado navío en lucha con la feroz tormenta, o extenuado por el esfuerzo en esas lejanas tierras que él ha incorporado a la Historia.

Olvidémonos de esa estampa tan falsa como impropia que le hace morir en una sórdida posada de Valladolid, tierra adentro, lejos de sus naves, de sus estrellas, de las ondas salinas del Océano.

EL autor de la estatua fue el escultor Jerónimo Suñol, que había nacido en Barcelona en 1840. Se avecindó en Madrid donde gozó de gran prestigio y fama, fue académico, realizó obras que demuestran tanto el favor del público como la protección oficial, y murió en nuestra capital en 1902. Una de sus últimas obras, tal vez la última, es la estatua del Marqués de Salamanca que recuerda a este famoso personaje en la plaza que lleva su nombre.

Fue considerado por sus contemporáneos como un innovador. Sus partidarios le elogiaban por haber abandonado la fría repetición de viejas fórmulas agotadas y haber incorporado a su arte un incipiente y tímido realismo.

No es fácil valorar su Colón, dada la altura a que está colocado. A lo lejos peca de retórico y teatral.

Pero, ¿cómo era Cristóbal Colón? No joven, aunque nunca sabremos su edad. Al comienzo de su verdadera historia, cuando empieza a vagar por la península tiene ya en su haber muchas horas de navegación y muchas jornadas de trabajos, de azares, de sufrimientos y aún de triunfo. Se asoma a sus grandes ojos la sabiduría del tiempo y el cansancio de la vida.

Es de talla mediana, membrudo y fuerte. Tiene las manos pálidas y huesudas, los dedos largos y finos.

Su cuello es esbelto y su cabeza airosa. No es su frente demasiado amplia ni finos sus rasgos. Su boca es voluntariosa, su nariz ancha y sensual, sus cejas bien delineadas y firmes y su ceño severo.

Es hombre de atractivo personal que desvirtúa su descuidada melena, su traje desaliñado, sus gestos poco expresivos.

Es muy posible que Suñol, a medias realista, haya acertado a representar tan sólo la corteza.

LA figura de Colón, invento de juglares castellanos, ha apasionado al mundo entero. Por su significado, ciertamente, pero también por los incidentes de su vida, por su carácter, por su intimidad.

Sería imposible pasar revista a tantas consideraciones, ni siquiera resumir el interés, suscitados por el Descubridor siglo tras siglo.

Señalemos tan solo su punto culminante. Fue en aquellos años, que la historia de su monumento deja en blanco, de 1873 a 1877, cuando se incoó y se llevó adelante su proceso de beatificación.

No. No pensemos en delirios de grandeza hispánica. Fueron los españoles ajenos a esta iniciativa. Fue su promotor el Arzobispo de Burdeos Mgr. Donnet y prelatos de todo el mundo asediaron con sus súplicas a la Curia Romana.

El proceso se estancó ante una cuestión accidental a la que se concedió importancia decisiva. No hubo manera de remontar el obstáculo. La tramitación quedó en suspenso sine die, un día que resulta cada vez más lejano.

No quisiéramos hablar de la salvación eterna de nadie pues hacerlo sería sobre indiscreto, temerario. Redúzcase pues a su valor de simple apreciación el decir sin malicia que no nos parece la figura de Colón ni ascética ni devota.

Y más aún si añadimos que este personaje singular destinado a realizar la más alta empresa imaginable no necesitaba ni lo uno ni lo otro para llevar a cabo su comprometida misión.

Un historiador sensible es el primero que se avergüenza cuando descubre debilidades en los grandes personajes cuya vida investiga. Sólo un espíritu ruín puede recrearse denigrando a los hombres que tenemos por superiores.

Pero el caso es así. Pasan a la Historia los hombres que realizan su misión con entrega, con escrupulosidad, con acierto y son juzgados con arreglo a la obra que realizan. Para servirlos son ellos los primeros sacrificados, han de consagrarse a ella, inmolarse por ella, negarse pensando en ella. Esta negación constante se concreta en un hacerse de nuevo a la medida del fin que se persigue, dejando todo en el punto justo necesario para alcanzarlo.

En el caso de Colón es evidente. Hubiera sido más sabio y hubiera aspirado a una cátedra en Salamanca, tras considerar insensatez la idea de alcanzar las Indias, navegando rumbo a Occidente.

Hubiera sido más espiritual y se hubiera sepultado en un claustro a descubrir nuevos mundos interiores. Si más virtuoso, solicitado por la miseria de sus semejantes, no hubiera considerado lícito gastar su vida en locas aventuras.

Tuvo que pensar en el oro con fruición, en el poder, en la honra, en la riqueza, con avidez para mantener despierto su espíritu aventurero. Habitado a la soledad que su loca misión le imponía, hubo de pasar por alto obligaciones de solidaridad y compasión. Pudo ser licenciado, cuando no tuvo que estar vigilante.

Colón es personaje humano y como humano, demasiado humano.

Le hemos elevado un monumento. En él se exalta el Descubrimiento, no la castidad.

LEGO a tiempo el monumento para presidir los actos del Centenario, y ha sido más de una vez, en diversas solemnidades, punto de encuentro con hombres del Nuevo Continente. Largo sería el recuento de tales solemnidades.

Muchos años estuvo en el centro de la Plaza de Colón, su plaza, sin sufrir otro percance que haber perdido su verja. Verja antaño inevitable y hoy indefendible.

Por cierto ¡Cuánto más sinceros nuestros abuelos confesando su incivilidad que nosotros pretendiendo ignorarla!

Pero vino un día en que la plaza empezó a desmoronarse y a nacer en su solar una nueva.

Si ha sido o no afortunada la transformación se discute agriamente y se seguirá discutiendo. Es necesario, con todo, aceptarla, como un hecho consumado.

Curiosamente el monumento, desapareció también, pero temporalmente para retornar y convertirse en único resto aparente de la fenecida plaza.

No ha ocupado, sin embargo, a su regreso su antiguo y casi secular emplazamiento. Ha ido a parar unos metros más allá al ángulo de una esplanada a la que se ha dado el nombre de Jardines del Descubrimiento.

Allí el viejo monumento, que sufre la competencia de otros nuevos, no consigue empinarse sobre las nuevas construcciones, pero su misma dignidad le mantiene erguido, recatado y solitario.

No es difícil pronosticar su porvenir. Tendrá que seguir guardando las distancias si quiere evitar el tuteo de cuanto le rodea.

HEMOS de intentar que Colón nos diga su última palabra. El mito de Colón es la historia de una humanidad estimulada por la curiosidad y la admiración.

Siempre hay algo en el horizonte que descubrir; la hundida Atlántida de Platón o una ruta insólita que nos conduzca al pintoresco Cipango de Marco Polo no son sino expresión defectuosa, clásica o escolástica, de nuestras añoranzas y de nuestros presentimientos.

Pero también es la historia del hombre, con sus debilidades, con sus limitaciones y con su indestructible grandeza, capaz de realizar la más portentosa empresa imaginable.

El Descubrimiento es obra de un mundo que alumbró al descubridor y de un hombre que encontró un mundo propicio en su locura.

Todos fuimos descubridores, todos nos dimos cita en esa España en la encrucijada que se preparaba a abrazar la tierra.

Esta ha sido su más eminente aportación a nuestro acervo cultural, inventar a Colón y hacer posible el Descubrimiento.

Dejemos a los ingleses enorgullecerse de Trafalgar y a los franceses del vuelo de las águilas napoleónicas. A nosotros nos basta con haber hecho realidad el más ambicioso de los sueños.

Nada hoy tan universal. Todo el mundo se ha apropiado en alguna medida la idea lanzada por España ¿Será, pues, excesivo e injustificado atrevimiento haber venido a recordar en pleno Madrid esta quimera?



La Reina Isabel entrega sus joyas para la gran empresa. (Detalle del Monumento a Colón.)

LA PRIMITIVA PLAZA DE COLON

Por Federico Carlos SAINZ DE ROBLES



Prado de Recoletos hacia 1870.—En este trozo inesperado y guapete, del Paseo de Recoletos, con nutrida fronda a zurda, se exhiben tranquilamente, en paz y gracia de Dios, una berlina tirada por un «tronco» de jacarandosos corceles, un modesto «Simón», una treintena de personas «de muy distintas clases sociales» sin prisas andariegas, tres canes y el elegante «Teatro-Circo de Madrid» que mandó erigir el banquero don Simón Rivas en un rasgo de audacia y de chupetones de puro habanero.

¿CUANDO cómo y dónde nació la Plaza de Colón? Tres preguntas en una para tres contestaciones por separado. Plaza no muy antigua, pues que cuenta poco más de un siglo de existencia; pero de gran importancia en el Madrid ochocentista del primer tímido ensanche, ya que sería —y es— el eslabón firme y noble que une, que casi, y sin casi, convierte en espléndida avenida el que empezó siendo Prado de Recoletos (O Prado de los Recoletos, o Ronda de los Recoletos, pues que de tales tres denominaciones fue designado oficial y popularmente, para diferenciarlo del Prado Viejo, entre Atocha y la Carrera de San Jerónimo, y del Prado de los Jerónimos, entre ésta y la calle de Alcalá, y también, por su lado norte, del Paseo de la Fuente Castellana). En verdad, y para decirlo pronto, la Plaza de Colón primitiva surgió «como por arte de magia» (sin propo-

nérselo algún plan urbanístico de nuestro Ayuntamiento) como lógica consecuencia del ensanche que se le fue dando —*allegro, ma non molto vivace*— al mentado Prado de Recoletos a partir de los años 1846 y 1849 —proyectos de don Ramón de Mesonero Romanos (1) y del ministro don Juan Álvarez de Mendizábal, en 1847—. Pero fue el regidor don Ramiro de Aínz quien puso en marcha el ambiciosísimo proyecto (2). Pues, que para llevarlo a feliz término era preciso expropiar, con caudales del Concejo, amplísimos terrenos y grandes inmuebles... muy difíciles de expropiar por ser sus propietarios de las llamadas personas —individuales y colectivas— muy principales y pudientes. ¿Cuáles fueron tales inmuebles y solares?

Entrando al Prado de Recoletos por la calle de Alcalá (cuando aún la redonda Plaza de Cibeles era una utopía, «dada de lado» la diosa sobre su carro rodado por

dos leones domesticados), a la mano zurda: el caserón ocupado por la Inspección de Milicias, casi alapado al antiguo Palacio de Godoy, que se había construido en terrenos que fueron de la llamada, y famosa, Huerta de Juan Fernández (hoy ocupados por los grandotes edificios del Banco de Levante y de la Caja Postal de Ahorros). Parte del jardín o huerta del Convento de las Pascualas, franciscanas descalzas, bajo la advocación de San Pascual Bailón, y propiedad —no las monjas, ¿eh?, sino convento y huerta— del señor duque de Osuna. Otro caserón-almacén, propiedad del señor marqués de Alcañices. La llamada Huerta del Brancacho, propiedad de la Sociedad General del Crédito Mobiliario Español. Trozo muy pingüe de la propiedad del duque de Medina de las Torres (hoy, a espaldas del «Teatro María Guerrero». Otro no menor «bocado» de los jardines y huertas de las



Puerta de Recoletos.—*Es bella y sencilla. De prosapia neoclásica y de piedra berroqueña. La mandó erigir el rey don Fernando VI. Si se la observa con atención, se dará cuenta (quien la observe) que su neoclasicismo conserva algunas reminiscencias de un barroquismo incipiente, pero... pudoroso. (Grabado del Museo Municipal de Madrid.)*

respetabilísimas Salesas Reales, fundación muy amada de S. M. la Reina doña Bárbara de Braganza, esposa de don Fernando VI y, propiedad de las de *noli me tangere* sin reunión de una docena larga de reales, oficiales y curiales permisos muy acompañados de sellos en obleas y lacres. Y aún hubo que retranquear varios metros de la propiedad (última, a dicha mano zurda del Paseo), del banquero don Simón de las Rivas, quien, en parte de aquella, acababa de construir el que fue popular Circo-Ecuestre que llevaba su apellido, más adelante convertido en el simpático «Teatro-Circo Príncipe Alfonso». El 21 de enero de 1863 fueron iniciados los derribos de esta lado zurdo.

En el lado derecho las expropiaciones no fueron menores ni de consecución más rápida, pues que ya pertenecían al Es-

tado, desde 1836, los grandes solares en los que se levantó el hermoso Convento —con su gran huerta entorno— de los Agustinos Calzados, llamados «los Recoletos», fundación —1598— de don Felipe II, a raíz de las Leyes Desamortizadoras de Mendizábal, y en cuyo solar fueron abiertas las calles de Villanueva, Cid, Gil de Santivañez y Recoletos. Pero antes, por su situación, que estos solares hubo que expropiar los edificios del Pósito, que presentaban larga fachada por el Prado de Recoletos y aún más larga por la calle de Alcalá, hasta la altura de la que fue primitiva, y birria, Puerta de Alcalá, desde el cerco de 1625, a la altura de la hoy calle de Alfonso XI. Más allá, hacia el Norte, de los solares de los Agustinos, hubo que expropiar otra descomunal huerta, de los Padres de San Felipe de Neri, sobre cuyos terrenos se edificó más tarde la Casa de la

Moneda, la derribada hace media docena de años. No obstante, el arquitecto don Carlos María de Castro, alma y voluntad de este ensanchamiento del Prado de Recoletos, para iniciar su gran proyecto hubo de enfrentarse, para vencerlas, a nuevas dificultades, ya que los solares que pertenecieron a los Agustinos y que las leyes desamortizadoras de Mendizábal declararon patrimonio estatal, habían sido adquiridas por el célebre banquero malagueño don José de Salamanca, marqués de ídem, y por cierto banquero «en tono menor» llamado Calderón. Quienes, por ceder sus propiedades (sólo en parte) para la ampliación del Paseo, pidieron, como vulgarmente se dice «el oro y el moro», y más de aquél que de éste.

Pero como todo llega en este mundo, y el verlo llegar es cuestión de paciencia —en España, ayer, hoy y mañana, pa-



Recobrando el tiempo perdido.—Como que estamos contemplando el Prado de Recoletos en los últimos años del siglo XVII, durante una elegantísima paseata (plumas chambergas y aminorados guardainfantes) bajo lámparas y frutos «con aire» de verbena. ¡Magnífico escenario para comedias de enredo o ferias de amorios!

ciencia a toneladas—, don Carlos María de Castro pudo iniciar las obras de explanación y alineación del lado derecho del Paseo a principios de 1866, entre febrero y marzo. Ahora conviene advertir que para tal ensanchamiento, digno de una urbe moderna y capital de Estado, hubo que derribar la *cerca* —que no *tapia*, ni por ensoñación *muralla*— que cerraba la Ronda aproximadamente a la altura de las hoy calles de Villanueva y Doña Bárbara de Braganza; acaso, sí, un poquito más allá. Y en el trozo demolido de esta cerca abría paso honroso, y hasta bello, la Puerta de Recoletos; no la primitiva, antecedente de ésta —de hacia 1626— que era *Portillo* tosco, y de ninguna importancia, sino la edificada durante el reinado de don Fernando VI, según rezaba la inscripción prosopopeyica y latina de su lápida

frontal. Puerta bella, dicho está, en piedra barroqueña; y no de *estilo barroco*, como afirma don Pedro de Répide, hijo dilectísimo y sapiente de la Villa y Corte, en su admirable libro *Las Calles de Madrid* (3), sino de un resuelto *estilo neoclásico*, como lo demuestra el muy atractivo grabado (dibujo) que se conserva en la Biblioteca Municipal de Madrid (y que yo reproduje en la página 350 del primer tomo de mi libro *maldito* (y como tal, archiagotado y buscado afanosamente por los eruditos —*Historia y Estampas de la Villa de Madrid*—, publicado en 1932). La Puerta de Recoletos tenía un bastante alto cuerpo central coronado por un sencillo frontón, sostén de un escudo abarrocado —cierto— y sendas figurillas infantiles en sus lados. Ante cada ancha jamba de la Puerta una pareja de columnas con basas

y capiteles dóricos. El vano de la Puerta se cerraba con dos hojas enverjadas bajo un medio círculo igualmente enrejado, inmóvil, al que se ajustaban las hojas cerradas. A los lados de esta Puerta, y como a poco más de la mitad de su altura, sendas puerrecillas chatas, y rematadas por balconcillos abalaustrados, que se ajustaban a la cerca de cascote y argamasa mandada levantar por don Felipe IV en torno a la Villa y Corte. Bajo el frontón y sobre el semicírculo enrejado una lápida con la —repito— enfática inscripción: «D. O. M. Fernando VI regnante-viae, et aquaeductu ampliati, —et pulchiorum et commodiorum— formam redacti.»

Y tampoco da en el clavo Répide (4) al afirmar que sobre el lugar en que estuvo la Puerta de Recoletos fue levantado el



Chamusquina en el Palacio de Medinaceli.—*Como que fue mucho mayor «el aparato» que la realidad. Las crónicas cuentan que la dramática función duró apenas una hora, pero que la presenciaron con gran interés, a respetable distancia, dos o tres mil espectadores. (Fue función de gala, por tratarse de un palacio, pero... gratuita, y a beneficio total del público).*

monumento a Cristóbal Colón. ¿Prueba de este error? El magnífico *Plano de Teixeira* —de Madrid, en 1656— en el que puede apreciarse con claridad absoluta que la Puerta estaba a la altura de la hoy escalinata principal de la Biblioteca Nacional, y no guardaba línea recta con la Puerta de Santa Bárbara (levantada en la mitad más alta de la Plaza de Santa Bárbara), sino línea diagonal de Este a Oeste. Ello quiere decir, y probar, que sendas líneas rectas que salieron de los lados de la Puerta de Recoletos pasarían, al Este, por el centro de la hoy Biblioteca Nacional, y al Oeste, por detrás del hoy Palacio de Justicia. Y nueva prueba de mi afirmación: las calles de la mano zurda del Paseo eran llamadas «del Escorial Alta» y «de San Joseph» (hoy, respectivamente, de Prim y del Almirante) y estaba la segunda de aquéllas como «a cincuenta metros» de la Puerta. Y aún no estaba abierta la calle de «Doña Bárbara de Braganza», en terrenos que fueron de la Huerta de Las Salesas Reales. Y que lo fue poco después de ser demolida la Puerta de Recoletos. Acerca de esta Puerta hay curiosos documentos en el riquísimo Archivo de la Villa. Uno,

de 1826, nos hace saber que las hojas enrejadas de la Puerta, que habían sido desquiciadas, fueron llevadas al Corralón (Almacén de la Villa) del Prado en previsión de que pudieran ser robadas o se estropearan (5). Otro, de 1830, se refiere a la petición de las Madres Salesas Reales, para que las Puertas de Santa Bárbara y de Recoletos fueran desajustadas de las tapias del Monasterio (6). Otro, de 1857, indica la necesidad de que la Puerta de Recoletos desapareciera cuando se inicien las obras de la nueva Casa de la Moneda (7). Otro, de 1858, contiene el deseo de la Intendencia de la nueva Casa de la Moneda, para que, si no se quitaba la Puerta, fuera reparada por completo (8). Y otro muy significativo, de 1859-1860, el expediente promovido por la Comisaría de Obras «sobre que sean ejecutadas las adyacentes» (calles a la desaparición de la Puerta de Recoletos (9)).

Demostrado que la estatua de Colón no se alzó en el lugar donde se alzó la Puerta de Recoletos, añadiré que si se alzó, como era fácil de comprobar hasta hace cinco o seis años (al ser desmontada, para su traslado a una esquina de los jardines inme-

diatos) en el relativo centro de una plaza no redonda, sino como media circunferencia, a semejanza de la Puerta del Sol, pues que su parte Este no se curvaba, sino que era la recta trazada por la entrada principal de la nueva Casa de la Moneda. Sin inauguración oficial, la Plaza de Colón quedó habitada —e innominada— como tal hacia 1870. Habitada (o habilitada) en su contorno, ya que la estatua de Colón no quedó emplazada hasta después de 1880; pues en este año se presentó en el Ayuntamiento una solicitud vecinal (10) para que se diera el nombre del Almirante «de la Mar Océana» a la plaza en la que aproximadamente iba a ser erigida la estatua.

¿Cómo se formó la primitiva Plaza de Colón? Con los siguientes inmuebles, de izquierda a derecha según se llega a ella desde el Paseo de Recoletos. El Palacio atractivamente afrancesado propiedad del señor duque de Denia —primero—, del señor marqués de Salamanca —segundo, desde 1876— y por último, de la hermosa duquesa viuda de Medinaceli. Palacio que llevaría el número 1, situado entre el Paseo de Recoletos y la calle de Génova (que aún era llamada Ronda de Recoletos, pues

que su actual nombre le fue dado el 1 de octubre de 1886). Entre esta futura calle Génova y el Paseo de la aún Fuente Castellana, dos inmuebles gemelos, de cinco plantas y pisos para alquiler, que llevarían los números 2 y 3. En el 3, piso principal, vivió en relativa opulencia doña Pilar de León, viuda de Villamenatilla y futura y opulenta marquesa de Esquilache. En el piso más alto del número 2, con los balcones a la calle de Génova, habitó algunos años el genial don Benito Pérez Galdós. Entre las calles de Goya y Jorge Juan, el amplísimo inmueble de la nueva Casa de la Moneda (que tuvo su primer domicilio en un inmueble de la calle de Segovia, 23, construido en 1604, en el que nació el 24 de marzo de 1809, el genial Mariano José de Larra, «Fígaro»), que llevó el número 4.

Como es lógico voy a referirme a estos inmuebles respetando su numeración. ¿Cuándo se inició la construcción del bello palacio del duque de Denia? El 4 de junio de 1864, el duque de Denia pide licencia (11) al Ayuntamiento para su construcción. Y el 13 de septiembre fueron aprobados los planos de un arquitecto puertorriqueño —que estudió en París— llamado Mariano Andrés Avenzo. El 11 de octubre siguiente la Comisión de Obras del Ayuntamiento aprobó los planos y dio licencia para la construcción. El Palacio quedó terminado a principios de marzo de 1870. Y lo habitó el duque de Denia hasta 1875. Un año después lo compró el marqués de Salamanca, aún cuando no llegó a vivir en él, prefiriendo su también suntuosa residencia —y joya arquitectónica— del Paseo de Recoletos, hoy Banco Hipote-

cario de España. ¿Hasta cuando fue propiedad del marqués? Posiblemente lo vendió antes de 1883, pues en este año falleció. O lo vendieron sus herederos, hacia 1890, a doña Angela Pérez de Barradas y Bernuy, duquesa viuda de Medinaceli. Por que esta gran dama, vivificada por la fuerza de los treintantos títulos del Reino que reunía en su persona, con otras tantas «grandezas de España», decidió hacer del palacio su residencia cortesana. Por lo cual pidió permiso al Ayuntamiento para habitarlo, el 10 de junio de 1893, por haber sido terminadas las grandes reformas realizadas en él con el permiso oficial debido (12). Realizó tales reformas, muy notables, el arquitecto don Lorenzo Álvarez Capra (13), que lo era del propio Ayuntamiento y miembro de número de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Debo consignar que las reformas no afectaron a «la fisonomía» del Palacio. Que se conservó intacta en la fachada principal, en la Plaza de Colón, y en los lienzos que daban al pequeño pero muy cuidado jardín que lo ceñía por las calles de Génova y Marqués de la Ensenada. Aparte las interiores decoraciones y las riquezas acumuladas en los salones, salas, saletas, pasillos, corredores, vestíbulos, alcobas: alfombras, tapices, porcelanas, pinturas, esculturas, relojes, espejos y cornucopias, candelabros, vitrinas rellenas de objetos preciosos, vajillas, muebles de maderas insígnies, etc., la exterior belleza del Palacio ya predisponía en favor de su jerarquía dentro de la urbanización de Madrid, que muy poquito a poquito se iba enriqueciendo más por los gustos y los dineros de aristócratas y banqueros, que

por los relativos medios económicos de las arcas municipales. El Palacio comprendía dos plantas —grandes ventanales enrejados en la baja, hermosos balcones con antepechos en la alta—, más otra planta de mansardas igualmente con ventanales —en la techumbre de pizarra— redondos unos y rectangulares otros, enmarcados con relieves, «cejas» y frontoncillos de piedra. El cuerpo central de la portada, adelantado de los laterales, y en él tres grandes puertas con arcos daban paso a un enorme portal, en el que podían penetrar los coches: landós, berlinas, cabriolés, autos de la edad antigua (del motor impulsivo) durante las noches, muy frecuentes, de las famosas fiestas organizadas por la duquesa Angela. Sobre estas tres puertas, tres balcones hermosos con antepecho sobre tres cuerpos de columnillas. A juicio del catedrático don Pedro Navascués (14) «era este palacio el máximo exponente de la influencia francesa en Madrid, perteneciendo a un correctísimo estilo Luis XIV sin aglutinar tantos elementos ecléticos como ocurría en el (madrileño, calle de Alcalá) palacio de Portugalete».

Desafortunadísimo este bellísimo palacio fue demolido hace una docena de años, sin que se alzase en su defensa ninguna de las voces que se creen con derecho a defender los derechos de la estética urbanística.

Las casas de vecinos números 2 y 3 de la Plaza de Colón, señoriales, gemelas —o casi— pertenecieron a don José Manuel Urzaingui, quien pidió número para ellas el 21 de agosto de 1881; siéndolas concedido, por el Ayuntamiento, el 21 de noviembre del mismo año (15). Los inmue-



Salón de baile en el Palacio de Medinaceli.—Riqueza y buen gusto... Fueron «las armas» eficacísimas (para emocionar al Madrid finolis y fin de siglo) de la opulentísima duquesa Angela. La cual también prestó este admirable escenario para que en él firmaran «sus pactos» de gobierno los canovistas de don Antonio y los sagastinos de don Práxedes.

bles, amplios, con patios cocheras, tuvieron como arquitecto a don Severiano Sáinz de la Lastra, miembro numerario de la Real Academia de San Fernando (16). También hace una docena de años estas nobles casas fueron demolidas.

Ocupando todo el lado Este de la Plaza de Colón (cuando todavía no era llamada así), sin atenerse a la línea curva marcada por la significación de *plaza*, en línea recta su entrada principal, la nueva Casa de la Moneda, cuyas obras duraron de 1856 a 1861. Fueron sus arquitectos —probablemente a partes desiguales— don Nicomedes Mendivil y don Francisco Jareño y Alarcón. Ocupó la enorme manzana entre las calles de Jorge Juan, Serrano y Goya y la dicha plaza. Hoy ya puede afirmarse que Jareño fue el autor de los dos pabellones gemelos y laterales a la enverjada entrada principal, por la plaza, y a la que se llegaba por dos rampas opuestas con antepecho de piedra corridos y aplanadas en el centro. (Curiosa anécdota. En estas rampas se formaban las *colas*, a veces desde los últimos días de noviembre, de los indigentes de ambos sexos, que venderían «sus puestos» a quienes pretendieran presenciar el sorteo de la Lotería de Navidad. Los *colistas*, durante los días gélidos,

se defendían encendiendo fogatas y dormían, arracimados, y cubiertos con periódicos o mantas viejas que les regalaban las «almas piadosas» que les visitaban a diario, y que también les obsequiaban con comestibles y bebestibles. Los primeros puestos de la cola alcanzaron, en ocasiones, cotizaciones de 25 y aun de 50 pesetas de plata de la mejor ley.) Los pabellones jareños eran de cuatro plantas, separadas las bajas de las superiores por sencillas molduras. Por el costado de la calle de Goya, la segunda planta presentaba una serie de bellos pilares. Su estructura total armonizaba el ladrillo con la piedra; ésta, en la embocadura de los vanos, en las esquinas y en las cornisas. Por las calles de Jorge Juan y Serrano, la Casa de la Moneda muros de ladrillo con ventanales enrejados y tejadillos. En conjunto, notable *edificación plana*. El pabellón de la derecha alojaba los talleres y dependencias. El de la izquierda, la Fábrica Nacional del Sello (17).

Y en el centro de la plaza (más que redondel, visera) el monumento a don Cristóbal Colón, erigido para conmemorar la boda de don Alfonso XII con su prima hermana la bellísima María de las Mercedes de Orleans. Se inició su construcción

en 1881 y se terminó en 1885. Su inauguración, señalada para el 6 de enero de 1886, suspendida a consecuencia de la muerte del monarca, en noviembre anterior, no tuvo efecto hasta el 12 de octubre de 1892; fecha en la que, sin ceremonial especial, fue entregado el monumento al Ayuntamiento de la capital. El monumento mide 17 metros de altura, y comprende tres cuerpos. Sobre el primero, cuadrangular, se alza otro piramidal que sirve de base a la alta columna sobre la que se yergue la estatua. El gran pedestal, de estilo gótico florido (en piedra de Fons) fue obra de don Arturo Mérida. En sus cuatro caras, sendas representaciones figurativas alusivas al Descubrimiento de América. En la cara Este una alegoría: carabela, globo terráqueo, y en torno a éste el mote del escudo del Almirante: «Por Castilla y por León, nuevo mundo halló Colón». Al Oeste: la escena histórica de doña Isabel I ofreciendo sus joyas para la empresa colombina. Al Sur: Colón exponiendo sus proyectos a su protector fray Diego Deza. Al Norte: en la parte superior, la Virgen del Pilar sobre las tres carabelas: *Santa María*, *Pinta* y *Niña*, y los tripulantes ilustres del primer viaje: los hermanos Martín y Vicente Alonso Pinzón

Panorámica de la decimonónica Casa de la Moneda.—*Su padre legítimo fue don Francisco Jareño y Alarcón (a quien ayudó un poquito a padrear don Nicomedes Mendivil). El embarazo duró cinco años; el parto —1861— fue felicísimo. La criatura, así, a vista de pájaro, sólo relativamente vistosa, alcanzó una vida centenaria y riquísima. Falleció del mal de piqueta.*





Monumento a Cristóbal Colón.—*En la plaza, amplia, de su mismo nombre. Durante muchos años en presidencia centrada; pero hoy, desde casi ayer mismo, dada de lado, irreverentemente, como para convertirla en guardián de entrada a los Jardines llamados oficialmente del Descubrimiento; pero yo hubiese deseado llamarlos Jardines de la Hispanidad, su más honroso y congruente nombre.*

y Juan de la Cosa. En la parte más baja de este frente, una inscripción en caracteres góticos: «Reinando don Alfonso XII se erigió este monumento por iniciativa de los títulos del Reino». La estatua de Colón (con melena, sayo y manto) tiene la mano izquierda en ademán de oferta; con la derecha empuña la bandera de Castilla, enrollada, que apoya en la región del globo terráqueo por él descubierta. En conjunto, y a mi juicio, el monumento no resulta asombroso. Lo único asombroso es que siempre hemos de contemplar la estatua de Colón encaramada, en difícil equilibrio, sobre un afilado mástil (el palo mayor de una soñada carabela).

(1) *Proyecto de reformas generales de Madrid*, presentadas al Excelentísimo Ayuntamiento de la Villa por el regidor don Ramón

de Mesonero Romanos. Madrid. (Tomo IV de sus Obras Completas, págs. 283-297. Tomo 202 de la «Biblioteca de Autores Españoles».)

(2) Archivo de Villa. Papeles de la Secretaría. Expediente: 4-308-66.

(3) Répide, Pedro de: *Las Calles de Madrid*. Compilación, revisión, prólogo y notas de Federico Romero. Madrid. Afrodisio Aguado, S. A., 1971. Pág. 146.

(4) V. obra citada y la misma pág. 146.

(5) Archivo de Villa: 2-214-24.

(6) Archivo de Villa: 2-295-131.

(7) Archivo de Villa: 4-195-146.

(8) Archivo de Villa: 4-196-48.

(9) Archivo de Villa: 4-213-17.

(10) Para conocer esta petición vecinal. V. Archivo de Villa. Negociado de Estadística. Expedientes: 6-39-78 y 6-41-45.

(11) Archivo de Villa. Negociado de Obras. Expediente: 4-279-38.

(12) Archivo de Villa. Negociado de Obras. Expediente: 4-279-38.

(13) Lorenzo Álvarez Capra nació, en 1848, en Madrid, y en 1871 terminó en Madrid su carrera de arquitecto. Fue uno de los pri-

meros, si no el primero, introductores del estilo neomudéjar madrileño. A él se debe el proyecto de la Plaza de Toros (1874) de la Fuente del Berro; y el templo de la Paloma; y de muchas casas notables en las calles de Argensola, Villalar, Almirante, Salesas, Saucos... Álvarez Capra murió en su ciudad natal, en 1901.

(14) Navascues, Pedro: *Arquitectura y arquitectos madrileños de los siglos XIX y XX*. Madrid. Instituto de Estudios Madrileños, 1973. Pág. 135.

(15) Archivo de Villa. Negociado de Estadística. Expedientes: 6-39-78 y 6-41-45.

(16) Sáinz de la Lastra colaboró con Adaro en la construcción del Banco de España. Posiblemente en colaboración discreta y pequeña.

(17) V. *Ilustración Española y Americana*, 1872. Núm. XIII.

F. C. S. de R.

LA HISTORIA LARGA DE UNA CESION AL PUEBLO DE MADRID

El Ayuntamiento tuvo que dar varias parcelas a cambio del solar de la vieja Casa de la Moneda

LAS FECHAS

Julio 1965: Se aprueba el cambio de uso para espacio libre.
Febrero 1969: El Consejo de Ministros acuerda la cesión.
Septiembre 1969: El «B. O. E.» publica la cesión del solar.
Abril 1970: Firma de escritura y posesión de la vieja fábrica.

Por Margarita JIMENEZ

CUANDO el pasado 15 de mayo, con motivo de la festividad de San Isidro, los Reyes de España inauguraban los Jardines del Descubrimiento en la plaza de Colón, se cerraba o culminaba una gestión municipal que había tenido una larga tramitación y no menos larga ejecución, que se inició en 1965 y tuvo sus momentos más importantes entre los años 1970-73.

Nos vamos a referir aquí a una etapa concreta de esta obra, la transcurrida desde que el Ayuntamiento decide la ordenación del sector y trata de rescatar esta zona para uso público con carácter de parque, hasta el momento de decidir el proyecto, sin entrar en el mismo. Lo que podríamos denominar un largo preámbulo, imprescindible para la realización de la obra, en este caso.

DE EDIFICABLE A ZONA AJARDINADA

En el pleno municipal de julio de 1965 se acuerda transformar el uso y

calificación del suelo de la manzana limitada por plaza de Colón, Jorge Juan, Serrano y Goya, en torno a la vieja Casa de la Moneda, es decir, la zona que el pasado 15 de mayo se inauguraba con el nombre de Jardines del Descubrimiento.

El proyecto tras ser sometido a información pública, vuelve al pleno municipal de febrero de 1966, es remitido al Área Metropolitana que en el mes de mayo de este mismo año lo aprueba. Este proyecto, junto con otros tres —Conde Duque, Cuartel de la Montaña y vieja Universidad de San Bernardo— constituyen los denominados «Cuatro puntos de actuación urgente», que en marzo de 1968 son presentados por la Corporación municipal ante el Jefe del Estado.

Ya en aquella fecha existe un estudio, posible proyecto, muy diferente al que hoy observamos en los actuales jardines, donde el monumento a Colón se pensaba como elemento central de la composición de la zona ajardinada, situando tras la misma un estanque. Ante la esta-

tua la colocación de una exedra rectangular bordeada con cadenas y pilares pétreos. En torno al estanque se pensaba una amplia lonja con pavimento de granito enmarcada por un jardín geométrico, de traza rectangular. Zonas marginales en talud, con césped, arbustos, zonas de flores, arbolado de reducido porte y discretos espacios para juegos infantiles.

CESION A CAMBIO DE OTROS SOLARES

El 5 de febrero de 1969 era acordado en Consejo de Ministros la cesión al pueblo de Madrid del solar de la Casa de la Moneda. Sin embargo, no se hace público hasta el 15 de febrero, tras una rueda de prensa que convoca el día anterior el entonces ministro de Hacienda, señor Espinosa San Martín, con los informadores municipales.

El ministro anuncia que se ha acordado acceder a la cesión al



El alcalde de Madrid toma posesión de la vieja Fábrica de la Moneda.

Ayuntamiento de Madrid del solar de la vieja Casa de la Moneda con la condición de que en el mismo no se construyan edificaciones en altura, ya que si se rompe esta condición el solar volvería de nuevo al Patrimonio del Estado. Por su parte, el Ayuntamiento proporcionará gratuitamente al Patrimonio del Estado solares urbanizados en superficie equivalente, 19.928,66 metros cuadrados. Esto nos demuestra que aunque se habla de cesión, se ha tratado más de un trueque que de una cesión.

Pero continuemos con la rueda de prensa de aquella tarde de invierno en que Madrid estaba nevado. El ministro dijo: «La tentación de construir allí un gran edificio la hemos tenido todos, y acaso el primero el propio ministro de Hacienda, que en más de una ocasión pensó en ceder parte de la zona verde, reservándose la construcción en el lado más próximo a la calle de Serrano». Apuntó el ministro que podría ser lugar de un

aparcamiento subterráneo en su día, y expresó su esperanza de que en su día se instalara allí un símbolo que recordara el pasado de la Casa de la Moneda, refiriéndose a la posibilidad incluso del testimonio de alguna de las maquinarias en bronce que guardan, viejas maquinarias de hacer moneda, algunas de ellas de tiempos napoleónicos. «No podía desoir la aspiración del alcalde de Madrid, y, por fin, las conversaciones que veníamos manteniendo han dado una solución óptima al problema que el Gobierno ha corroborado en su último Consejo de Ministros.»

Aunque el señor Espinosa San Martín dijo que la tramitación de los expedientes sería en el menor tiempo posible, la tramitación fue larga y el cambio de ministro cuando se llegaba a ultimar los trámites, retrasó más la cesión e incluso hizo que surgieran problemas, que la Corporación con su alcalde al frente, Carlos Arias —hombre artífice de toda esta

gestión que puso en ello su empeño, y una gran tenacidad para dobligar las dificultades— tuvo que vencer poco a poco y a lo que contribuyó una importante campaña de prensa en defensa de los intereses de Madrid al ganar la ciudad y los madrileños un espacio libre, que, como el propio ministro había indicado en sus palabras, tenían la continua tentación de convertirse en grandes molas de cemento.

EL DECRETO DE CESION

Seis meses tardó el Decreto de cesión que lleva fecha 24 de julio y que publica el «B. O. E.» del 5 de septiembre del mismo año. Decreto 1811/1969 «por el que se cede al Ayuntamiento de Madrid el inmueble sito en la plaza de Colón número 4, conocido por antigua Casa de la Moneda con destino a parque público y a mejoramiento del tránsito.»

En sus tres artículos se recogen las siguientes disposiciones:

«Artículo primero.—Se cede al Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid, de conformidad con el acuerdo del Consejo de Ministros de 5 de febrero de 1969 y al amparo de lo dispuesto en los artículos setenta y cuatro y setenta y siete de la Ley del Patrimonio del Estado, el inmueble denominado “antigua Casa de la Moneda” sito en Madrid, plaza de Colón, número 4, de una extensión superficial de 19.928 metros cuadrados, 66 centímetros cuadrados, cuyos límites son los siguientes: al Norte, con la calle de Goya, en línea poligonal de cuatro lados que medidos de Oeste a Este dan, respectivamente, 7 metros con 20 centímetros, 38 metros con 90 centímetros y 14 centímetros de entrante y 100 metros con 30 centímetros; al Este, en línea recta de 135 metros con 40 centímetros, con frente a la calle de Serrano, al Sur con calle de Jorge Juan en línea poligonal de cuatro lados, que medidos de Este a Oeste corresponden 123 metros con 75 centímetros, 14 centímetros de saliente, 39 metros, y 7 metros; al Oeste, con plaza de Colón, en línea recta de 119 metros con 55 centímetros.

Artículo segundo.—La presente cesión queda condicionada a que el inmueble de referencia sea destinado a parque público y mejoramiento del tránsito, con la prohibición absoluta de construir edificaciones en altura sobre dicho solar, y si no fuera dedicado al uso previsto dentro del plazo de cinco años o dejare de serlo posteriormente, se considerará resuelta la cesión y revertirá al Estado, integrándose en su Patrimonio con todas sus pertenencias y accesiones, sin derecho a indemnización, correspondiendo, además, al Estado, percibir la Corporación, previa tasación pericial el valor de los detrimentos o deterioros que hayan tenido lugar, debiendo entenderse que el mencionado plazo de cinco años no empezará a contarse hasta que el Ayuntamiento haya recibido la totalidad del inmueble.

Artículo tercero.—Se encomienda al Ministerio de Hacienda el otorgamiento de la escritura de cesión.

Asimismo, se faculta al Ministerio de Hacienda para realizar la entrega del inmueble a medida que vayan siendo acoplados en otros edificios los servicios que actualmente radican en el que es objeto de ce-



Con los informadores municipales, recorrido por la Casa de la Moneda.

sión, debiendo, asimismo, adoptarse por dicho Ministerio, a través de la Dirección General del Patrimonio del Estado, las determinaciones necesarias para la efectividad del presente decreto.»

UNA LARGA DEMORA EN LA CESIÓN

Sin embargo, el tiempo pasó y la cesión de la Casa de la Moneda no se llevaba a cabo pese a la continuada insistencia del Ayuntamiento.

El 29 de octubre de 1969, el Ministerio de Hacienda hizo una comunicación al Ayuntamiento en la que se dice que tan pronto como el Ministerio de Hacienda pueda disponer del edificio municipal de la plaza del

Campillo de Mundo Nuevo quedará desalojada de un modo total la Casa de la Moneda, donde aún quedaban unas oficinas de la escuela de Aduanas. Por otra parte, el Ayuntamiento había cedido las parcelas 68, 69 y 70 de Aluche, solares urbanizados. El 17 de enero de 1970 Arias Navarro mantiene una entrevista con el nuevo ministro de Hacienda, Monreal Luque, quien promete que la cesión será en fecha inminente.

Sin embargo, yo diría que es la postura del príncipe Juan Carlos en su visita al Ayuntamiento de Madrid, en el mes de marzo, lo que decide de forma rápida la entrega. Los informadores expusieron al entonces príncipe esa demora, que Juan Carlos consideró debía ser más rápida dada la necesidad en Madrid de es-

pacios abiertos y ajardinados. Con motivo de la reciente visita de los Reyes al Ayuntamiento, Juan Carlos I, recordaba con simpatía con los informadores aquella conversación de hacia casi siete años.

Por fin a las nueve y doce minutos —todos los informadores municipales presentes, miraron la hora de lo que era un hecho histórico— del 9 de abril de 1970, se firmó la escritura de cesión de la Casa de la Moneda. El acto tuvo lugar en el despacho del Ministro de Hacienda. Firmaron el titular del departamento, Monreal Luque, y el alcalde de Madrid, Arias Navarro.

El alcalde en unas palabras resaltó que con esta firma se daba paso a una de las obras de urbanización más necesarias y ofreció en nombre del pueblo de Madrid una estatuilla con el símbolo de Madrid al ministro.

Por su parte, el ministro, Monreal Luque, prometió todo el apoyo que pudiera prestar su Ministerio a la labor eficaz del alcalde de Madrid.

POSESION DE LA CASA DE LA MONEDA

Días más tarde, el 29 de abril, a las cuatro y cuarto de la tarde, el alcalde tomaba posesión de la vieja Casa de la Moneda. Le acompañaron los concejales que formaban la Comisión Municipal de Gobierno, los delegados de servicio y los informadores municipales. El alcalde abrió las distintas puertas de la vieja fábrica, iniciándose el recorrido por el solar, llegó hasta la puerta de la calle de Serrano y volvió para visitar los Jareños. La obra de fábrica estaba mal conservada y el deterioro en su interior era grande.

Se visitó la sala donde antiguamente se acuñaban las monedas, aún con sus fosos, y hornos, y se recorrió el otro «jareño», mejor conservado, donde tuvieron su sede las instalaciones de Aduanas. La vieja fábrica sólo conservaba sus muros ya que habían desaparecido todos los elementos interiores como puertas, etc.

Tuvo Arias Navarro en este acto un agradecimiento al Gobierno por la cesión del solar y para la prensa y todos los que habían prestado su apoyo para ver realizado este proyecto necesario para Madrid y que suponía una satisfacción para la gestión en la alcaldía.

Tras este acto salió a concurso el derribo de la finca, se procedió al ensanche de las calles Jorge Juan y Goya.

Se especulaba con la posibilidad de encontrar papeles o monedas antiguas, basado principalmente en una carta que dirigió un albañil al alcalde. Carta en la que decía que en una obra que realizó en los años veinte se encontró un pequeño tesoro. Sin embargo, nada se encontró en el derribo de la obra, y sólo, a título de anécdota, cabe recordar que en la visita de posesión algo brilló en el suelo y resultó ser una moneda de peseta, en circulación, acuñada en 1963.

LA VIEJA FABRICA DE LA MONEDA

El 11 de junio de 1864 había sido inaugurada por Isabel II la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre, siendo Ministro de Hacienda don Pedro Salvarría. Se mudaba la fábrica desde el viejo edificio que ocupara en la calle de Segovia, en lugar muy cercano al Viaducto y donde vivió Figaro, también Casa de las Chimeneas y los Corredores. Según declaraciones de los coetáneos de la época, la estructura de la fábrica cambió desde su inauguración. Hasta 1903 se entraba al edificio por una gran escalinata que daba a la plaza de Colón y servía de acceso a las tres puertas, escaleras que fueron tapadas y sustituidas por una rampa para dar facilidades de acceso a las carretas de bueyes que llevaban hasta la fábrica partidas de planchas de cobre y carbón.

En esta fábrica se imprimieron décimos de loterías, títulos de Deuda, letras de cambio, timbres, sellos y cheques. Aquí también habían sido acuñadas monedas de un céntimo, que parece llamaban «mai», de dos céntimos, «ochavos»; perra chica, que denominaban «cuatrena» y la perra gorda que llamaban «ochena». Monedas de plata de un real y dos, que por aquel entonces no tenían agujero; así como monedas de una peseta y hasta de dos cincuenta y de a duro o cinco pesetas.

También se realizaron en la fábrica trabajos de forja y testimonio de ello fue la verja que rodeaba el edificio y que fue ejecutada por los propios obreros entre los años 1908 y 1912. Empleados que vivían en la antigua fábrica.

Parece que las emisiones en papel moneda no se iniciaron hasta los tiempos de Luis Auget, primer director de la Fábrica, pues antes funcionaba con sólo un administrador. En 1964 cesa la actividad de la Fábrica, pasando la actividad al nuevo edificio de la calle Doctor Esquerdo.

El edificio fue proyectado, diseñado y construido por el arquitecto albaceteño Francisco Jareño, con claras características neomudejar, según la serie de defensores que tuvieron los dos cuerpos de la Fábrica, denominados «jareños». El Colegio de Arquitectos consideraba que la conservación de los dos cuerpos de la Fábrica no afectaría a las dimensiones del jardín, si bien con posterioridad aclaraba que su deseo era servir a los intereses comunes de la ciudad y que no está entre sus atribuciones hacer cumplir las ordenanzas municipales. En la sesión ordinaria del 26 de enero de 1970 la Academia de Bellas Artes acuerda remitir al alcalde de Madrid un escrito manifestándose partidaria de la conservación de los «jareños». Petición que también había hecho la Real Academia de la Historia enviando a primeros de marzo de 1969 una carta circular a los periódicos, e incluso el arquitecto Chueca Goitia, presenta en el diario «ABC» un proyecto por el que conserva los «jareños», aumenta la construcción en el solar, para crear el Teatro de la Opera. Surge la polémica sobre el tema con diversas opiniones, tal vez una de las primeras polémicas, tan habituales hoy cuando se trata de rescatar algo para uso público.

UN SOLAR «GOLOSO» PARA LOS ESPECULADORES

El solar de la vieja Casa de la Moneda era goloso, pues en aquella fecha su valoración mínima se estimaba en unos seiscientos cincuenta millones de pesetas.

Debemos reflejar aquí como anécdota que apoya este interés por el solar, lo sucedido al alcalde de Madrid, señor Arias Navarro, en aquellas fechas con motivo de su estancia en Nueva York que coincidía con la celebración de la Semana de Madrid.

El alcalde fue objeto de una comida de homenaje por parte del Consejo de Administración de una importante cadena hotelera, a la que asistió por cortesía, dada la celebra-



Una de las naves de la Fábrica.

ción madrileña aquellos días en la capital neoyorkina. Tras un almuerzo lleno de esplendor y todo tipo de atenciones en el que habían imperado los temas triviales en la conversación, a los postres, el anfitrión dio cuenta de que pronto la cadena tendría un hotel en el centro de Madrid y que contaban con el solar. «¿Dónde?» preguntó Carlos Arias. «En el de la Casa de la Moneda», le contestaron, añadiendo «Lo sabe todo el mundo». «Menos yo —dijo Arias Navarro— que soy el alcalde de Madrid, y agregó, me temo que se quedarán sin hotel porque ese solar no se vende». Aquí llegó la inconcebible propuesta, ya que le ofrecieron un cheque en blanco donde podía poner una cifra y cuantos ceros deseara. El alcalde contestó: «Para comprar ese solar no tienen ustedes dinero suficiente, porque no se podría pagar ni con todo el presupuesto de los Estados Unidos». Se interesaron los interlocutores por el motivo, a lo que al alcalde contestó «Sencillamente porque es propiedad del pueblo de Madrid».

UN CONCURSO DE IDEAS

En mayo de 1970, tras la posesión de la Casa de la Moneda y mientras se llevaba a cabo el derribo de la vieja Fábrica, el Ayuntamiento convocó un concurso de ideas, que tenía como finalidad la ordenación urbana de la nueva plaza de Colón en función de conseguir un relieve al marco conmemorativo de la gesta del Descubrimiento, una zona ajardinada para reposo y solaz del madrileño y solucionar la encrucijada de los ejes concurrentes en la zona. Se establecieron dos premios de un millón y medio, así como dos accesit de 150.000 pesetas.

La Comisión Municipal de Gobierno de 17 de diciembre de 1970 aprueba el fallo del concurso de ideas, en el que se habían aceptado cuarenta y seis proyectos. Se dan dos premios de medio millón de pesetas, lo que supone una división del primer premio, los dos accesit dotados con 150.000 y otros cinco accesit dotados con 100.000 pesetas cada

uno. Estos proyectos son expuestos en los pabellones de la Rosaleda del Parque del Oeste. No entramos en su contenido, como tampoco en el proyecto que se ha realizado y que fue aprobado por la Corporación Municipal en junio de 1973, cuando Carlos Arias ya no estaba en el Ayuntamiento por haber sido en aquel mismo mes designado Ministro de la Gobernación.

En estas líneas hemos tratado de recoger una parte de la larga etapa que ha significado la gestión de lo que hoy son los Jardines del Descubrimiento de la plaza de Colón; una etapa que, como decía antes, se constituye en un importante preámbulo, sin el que la obra no se hubiera podido llevar a cabo. Etapa que está ligada al nombre del alcalde de la Villa en aquellos años, Carlos Arias Navarro, y que es justo reconocer su continua y constante gestión, que culminó en la cesión de estos casi veinte mil metros cuadrados de solar para el pueblo de Madrid, necesitado de espacios abiertos en el centro de la ciudad.

PREMIOS «VILLA DE MADRID» 1977

Por José LEAL FUERTES

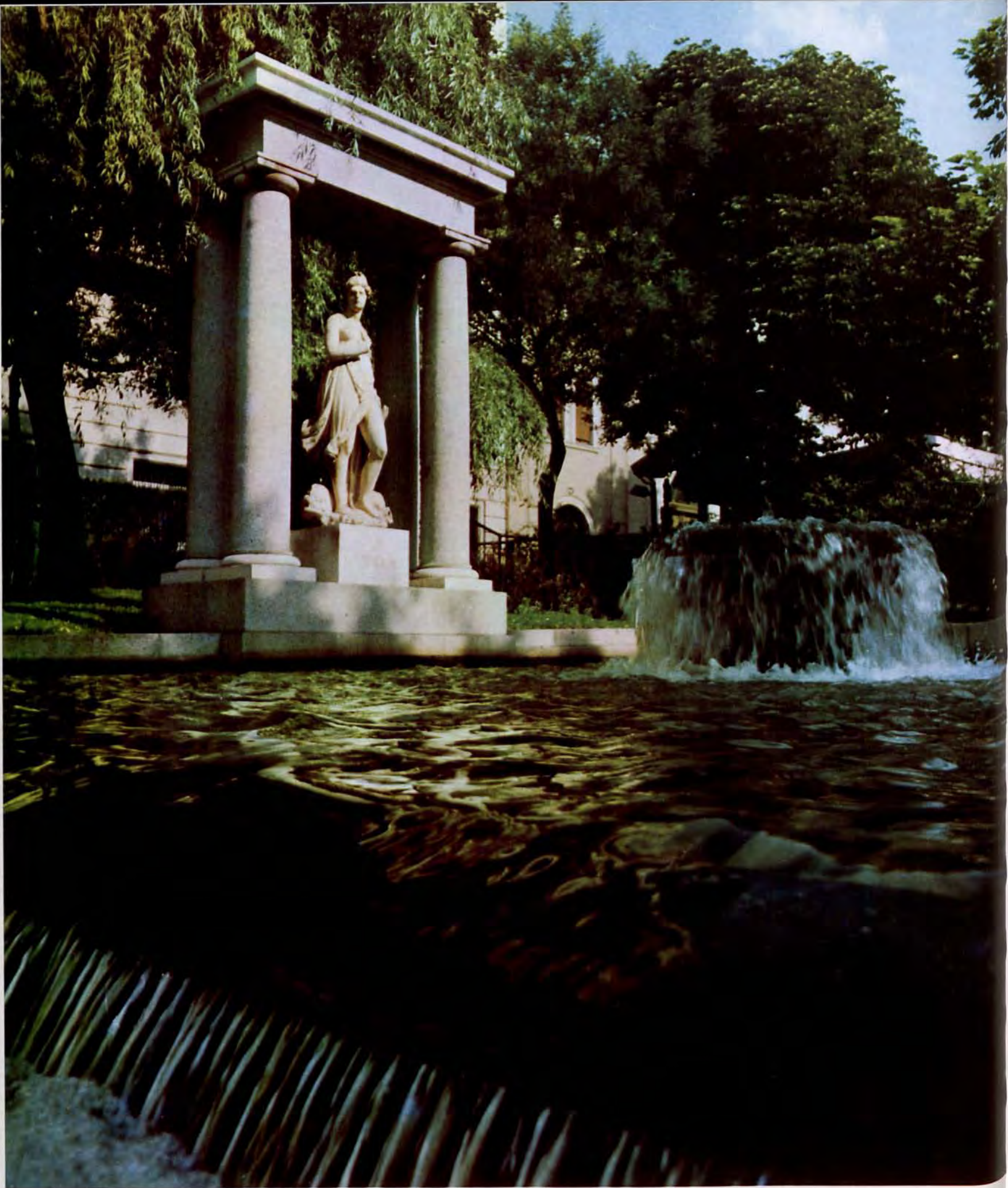
EL día 21 de junio último tuvo lugar en el Centro Cultural de la Plaza de Colón, recientemente inaugurado, el acto de entrega de los premios concedidos por la Corporación Municipal bajo la rúbrica genérica de «Premios Villa de Madrid». Los fallos pronunciados por los distintos Jurados calificadores se refieren a los siguientes premios: Lope de Vega, Francisco de Quevedo, Maestro Villa, Antonio Maura, Mesonero Romanos y Kaulak. El acto fue presidido por el alcalde don Juan de Arespachaga y asistieron al mismo los vocales de los distintos Jurados, los concursantes premiados y numerosas personalidades del mundo del teatro, la música, la poesía y el periodismo. A continuación, en el Auditorium del Centro Cultural, tuvo lugar la presentación del «Trío de Madrid», nueva agrupación de Música de Cámara formada por Pedro León (violín), Pedro Corostola (violoncello) y Joaquín Soriano (piano), que interpretaron el trío Archiduque de Beethoven y otros dos tríos de Turina y Brahms. El éxito logrado por

estos instrumentistas, que se vieron obligados a dar como propina el trío número 8 de Beethoven, permite asegurar que Madrid cuenta desde este momento con un prestigioso conjunto musical.

Seguidamente, se exponen las incidencias relativas a cada uno de los concursos convocados con los fallos recaídos en los mismos.

PREMIO «LOPE DE VEGA»

Es el decano de estos premios y probablemente el más antiguo de los concursos literarios españoles. Además de su dotación económica, elevada en la presente convocatoria a 300.000 pesetas, existe en él un atractivo: el compromiso del estreno de la obra premiada. El incendio del Teatro Español, pendiente de reconstrucción, ha originado un retraso en el estreno de los últimos «Lo-



Fuente de la Mariblanca en el Paseo de Calvo Sotelo. (Foto de Juan Pando, Premio Kaulak.)



El Alcalde de Madrid, señor Arespacochaga, entrega el premio «Lope de Vega» al ganador del concurso, Alfonso Vallejo, por su obra «El desguace».

pes». No obstante, se podrá disponer ahora del «Auditorium» de la Plaza de Colón, local dotado de un magnífico escenario, capaz para dar vida a los más complicados y modernos montajes escénicos. Por otra parte, las obras de reconstrucción del Español han sido ya adjudicadas y la empresa adjudicataria comenzará la restauración del histórico coliseo de un momento a otro.

Como en años anteriores, sigue manteniéndose un alto nivel entre los concursantes, circunstancia que dificulta la tarea del Jurado. Se han presentado 96 obras, de las cuales han sido seleccionadas 27. Como este número resultaba elevado, se procedió a una segunda selección, quedando para la votación final las 7 obras siguientes (citadas por orden de presentación): «La séptima escalera», «Ripoll», «Tiempo de percursor», «¡Adiós, camarada Hemingway!», «Vuelomagia», «El desguace» y «A tumba abierta». Se procedió, como en ocasiones precedentes, a realizar las sucesivas votaciones que permitieran eliminar aquellas obras que se considerasen con menos méritos. En la penúltima votación quedó eliminada «¡Adiós, camarada Hemingway!», enfrentándose para la última «La séptima escalera» y «El desguace». La decisión final fue favorable a ésta, adjudicándose a la finalista el accésit, que en el presente año se cifra en 75.000 pesetas.

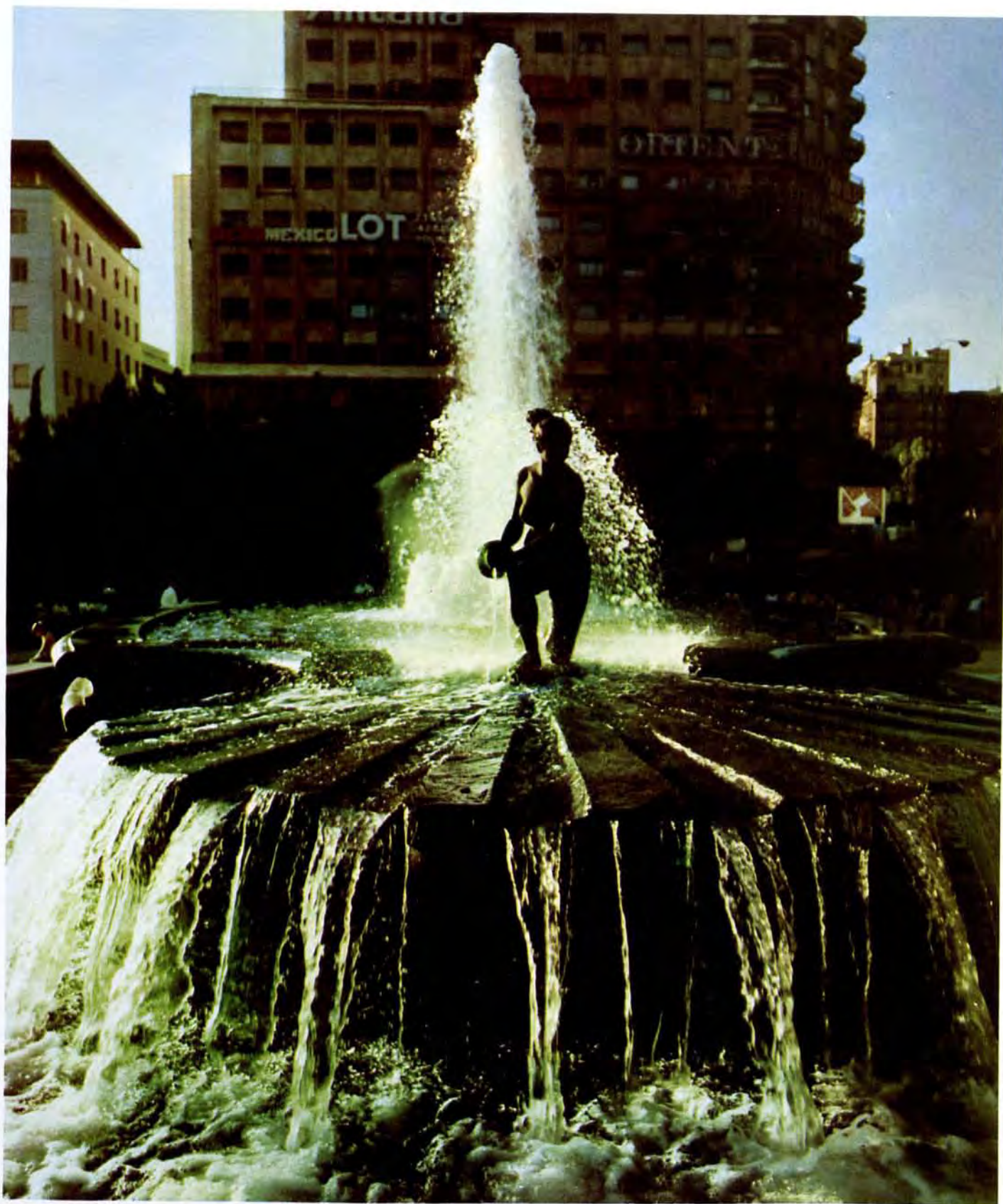
Alfonso Vallejo, autor de «El desguace», es persona conocida por haber obtenido en el concurso anterior el accésit con «Acido sulfúrico». Ya en aquella ocasión destacábamos los indudables méritos de este joven autor que, al margen del ejercicio de su profesión —es doctor en Medicina—, siente una incontenible vocación por el teatro, como lo demuestra el hecho de tener, según él mismo confiesa, 22 comedias completamente terminadas, de las cuales 8 están traducidas al inglés y 3 al alemán. «El desguace» toma como punto de partida la elección de un presidente del Colegio de Médicos de cierto país, para hacer una demoledora crítica de la organización social. En efecto, el protagonista camina hacia su propia destrucción y en ella se desintegra todo el entorno que le rodea. Estamos ante la más radical ex-

presión del teatro del absurdo, al estilo de Artaud, Ionesco y otros autores de esta tendencia. Quizá el aniquilamiento final recuerde alguna de las piezas cortas de Jean Tardieu. Pero nada de esto priva de originalidad a esta obra, en la que el diálogo ligero, irónico y, a veces, incoherente, subraya con singular acierto las incidencias de la acción, desarrollada con pulso firme y ritmo trepidante. En suma, el teatro de Alfonso Vallejo que, en general, gira sobre una constante: la libertad del hombre dentro del mundo actual, pese a las coincidencias apuntadas, se inscribe en la línea de la dramaturgia humorista española, con caracteres propios y definidos.

El accésit ha correspondido a «La séptima escalera» de la que es autor Juan Antonio Baca, totalmente novel en las lides teatrales, aunque ya tenga en su haber 4 o 5 comedias más. La obra premiada pertenece al género del teatro de intriga. Un joven imposibilitado a causa de un accidente, distrae su inmovilidad escribiendo relatos policíacos que son publicados por un periódico local. Pero lo sorprendente es la coincidencia que existe entre los asesinatos relatados y los que realmente suceden en la ciudad. Completan el cuadro otros personajes, entre los que destaca la madre del protagonista, antigua actriz de cine, verdadera ruina de su antiguo esplendor, dominada por el alcohol, tipo magníficamente trazado que, en ciertos momentos logra verdadero acento patético. Los resultados positivos conseguidos por «La séptima escalera» hacen concebir esperanzas sobre las posibilidades que puede ofrecer este joven autor que posee el secreto, nada fácil, de manejar el diálogo con naturalidad y soltura.

PREMIO «FRANCISCO DE QUEVEDO»

El premio de poesía «Francisco de Quevedo», dotado con 150.000 pesetas, ha sido otorgado a Carlos Murciano por su libro «Del tiempo y soledad». Conocida es la personalidad de este poeta jerezano, residente en Madrid desde hace bastantes años. No es éste, ni mu-



«El nacimiento del agua», moderna fuente diseñada por el arquitecto Herrero Palacios, instalada en la Plaza de España. (Foto Pando.)

cho menos, el primer galardón que logra Carlos Murciano. Recordemos, entre otros premios, el Ciudad de Barcelona (1962), el Boscán (1966) y el Nacional de Literatura (1970). Ultimamente acaba de ser distinguido en León con el premio González de Lama por su inspirado libro «Yerba y olvido», que ha sido editado en la colección «Provincia» de la indicada capital.

«Del tiempo y soledad» desarrolla un tema característico de la poesía clásica española: la soledad. Como Quevedo antes, hoy Murciano se considera «preso del tiempo». Y esta posición le acerca al poeta del Siglo de Oro, que da nombre al premio, y le identifica con esa corriente que informa nuestro mundo poético desde los clásicos hasta llegar a Cernuda, el último gran poeta de la soledad. También Carlos Murciano ha cambiado «tiempo por soledad y por tristeza». Clásico en el fondo, lo es además en la forma al adoptar el procedimiento del soneto para expresar las numerosas variantes del tema que, en general, alcanza un grado de elevado lirismo. Tal sucede, entre otros, en el soneto titulado «Pueblo» y en el dedicado a una calavera que concluye con este magistral terceto

Pasa la tarde, no la muerte. Presos
en su desnuda cárcel, polvo muerden
los blancos dientes que mordieron besos.

Al final del libro se incluyen unos poemas dedicados a Madrid en los que el tema ya citado resurge relacionado con distintos aspectos de la capital. En conclusión, el libro de Carlos Murciano es una valiosa aportación a la poesía moderna.

PREMIO «MAESTRO VILLA»

Dotado con 200.000 pesetas, está destinado a premiar la mejor partitura originalmente escrita para banda, de una duración entre quince y veinticinco minutos, pudiéndose adoptar por el autor cualquiera de las formas siguientes: sinfonía, suite, poema sinfónico o cualquiera de los procedimientos compositivos actuales.

El premio ha correspondido a Valentín Ruiz López por su obra «Concierto para banda». El compositor premiado, nacido en Jaén en 1939, ha cursado brillantemente sus estudios en Madrid, haciendo los de Armonía con Barrera, Contrapunto y Fuga con Calés y Composición con Antón García Abril. Actualmente estudia Dirección de Orquesta con el maestro García Asensio. Entre otras obras, es autor de una Fantasía para Orquesta, estrenada en Ciudad del Cabo. Tiene preparada una orquestación de la Fantasía Bética para piano de Falla. No es el «Maestro Villa» el primer premio que obtiene Ruiz López. Anteriormente ha sido designado con el Premio de Honor de Fuga del Conservatorio de Madrid en 1976 y está graduado como compositor de música moderna americana en la Facultad de Música de Berkeley en Boston.

De acuerdo con las bases, el estreno de la obra premiada lo hará la Banda Municipal de Madrid en uno de sus próximos conciertos.

PREMIO «MESONERO ROMANOS»

El «Mesonero Romanos» de periodismo, destinado a premiar la mejor colección de crónicas, artículos y reportajes sobre Madrid, publicados, radiados o televisados durante 1976, ha sido adjudicado a Federico Carlos Sainz de Robles, por su colección de artículos aparecidos en distintos diarios y revistas de la Capital. También en este caso estamos ante una personalidad sobradamente conocida. La historia de Madrid tiene mucho que

agradecer a Sainz de Robles y la colección premiada es una buena muestra de ello.

Sainz de Robles, cronista oficial de Madrid y miembro numerario del Instituto de Estudios Madrileños, es un eficaz y serio investigador y un escritor fácil y brillante. Numerosas obras lo atestiguan. Citemos entre ellas: «Por qué es Madrid capital de España» (Premio Ayuntamiento de Madrid 1933); «Historia y Estampas de la Villa de Madrid»; «La Estrella de Madrid (La Beata Mariana)»; «Madrid: Crónica y Guía de una ciudad impar» (Premio Ayuntamiento de Madrid, 1963); «Cuerpo y alma de Madrid»; «Madrid: autor teatral y cuentista»; «Autobiografía de Madrid»; «Madrid y... el resto del mundo»; «Madrid siempre es mejor»; «Cielo y tierra de Madrid»; etc. En las crónicas premiadas se evoca con evidente acierto el Real Sitio del Buen Retiro, convertido hoy en parque público y, a través de un paseo por el mismo, el autor nos descubre la historia de los monumentos, estatuas y rincones del famoso jardín, sin olvidar otros como el Parque del Oeste y varios lugares de la capital, ligados con la Historia de América hispánica. Estas páginas, así como los estudios sobre los proyectos de «Gran Vía» no realizados, los antecedentes de la Sociedad de Autores, etc., constituyen una interesante aportación para la Historia de la Capital y justifican cumplidamente el premio conseguido por Sainz de Robles.

El jurado calificador del «Mesonero Romanos» ha querido destacar también la información municipal que, en futuras bases, será objeto de un premio especial, el «Pedro de Répide», que figurará por vez primera en la próxima convocatoria. Por esta razón se ha concedido un accésit de 50.000 pesetas a Manuel Marlasca, autor de una colección de crónicas publicadas en el diario «Pueblo» de esta capital.

PREMIO «ANTONIO MAURA»

Es objeto de este concurso premiar a los autores de estudios con fundamento científico, orientados al planteamiento y soluciones prácticas de problemas relacionados con la vida de Madrid, en lo referente a actuación urbanística, hacienda, saneamiento, transportes, circulación, enseñanza, viviendas o cualquier otro tema que afecte al área de la competencia municipal. El premio, dotado con 200.000 pesetas, se ha concedido a Carlos García Arcones y Manuel Martínez Merino, por su obra titulada «Un modelo de predicción de la contaminación atmosférica para la ciudad de Madrid».

Los autores son especialistas en la materia y las conclusiones que establecen hacen pensar que en un futuro más o menos próximo puede llegarse, mediante su aplicación, a solucionar o, por lo menos, aliviar el problema de la contaminación, uno de los más graves que actualmente tiene planteado el Ayuntamiento de la capital.

PREMIO «KAULAK»

El tema de la presente convocatoria para el concurso «Kaulak», de fotografía en color, ha sido «fuentes, puertas y arcos monumentales». Se han presentado 168 fotografías, correspondientes a 30 concursantes. No ha sido sólo el elevado número de fotos lo que ha hecho difícil la tarea del Jurado calificador; en efecto, en el momento de decidir, la máxima dificultad ha estado



Bajo el lema «Otoño», los autores de esta foto nos presentan la fuente de Isabel II, en el Retiro. (Foto Angel Polo y Agustín Hebrero. Accedit Kaulak.)

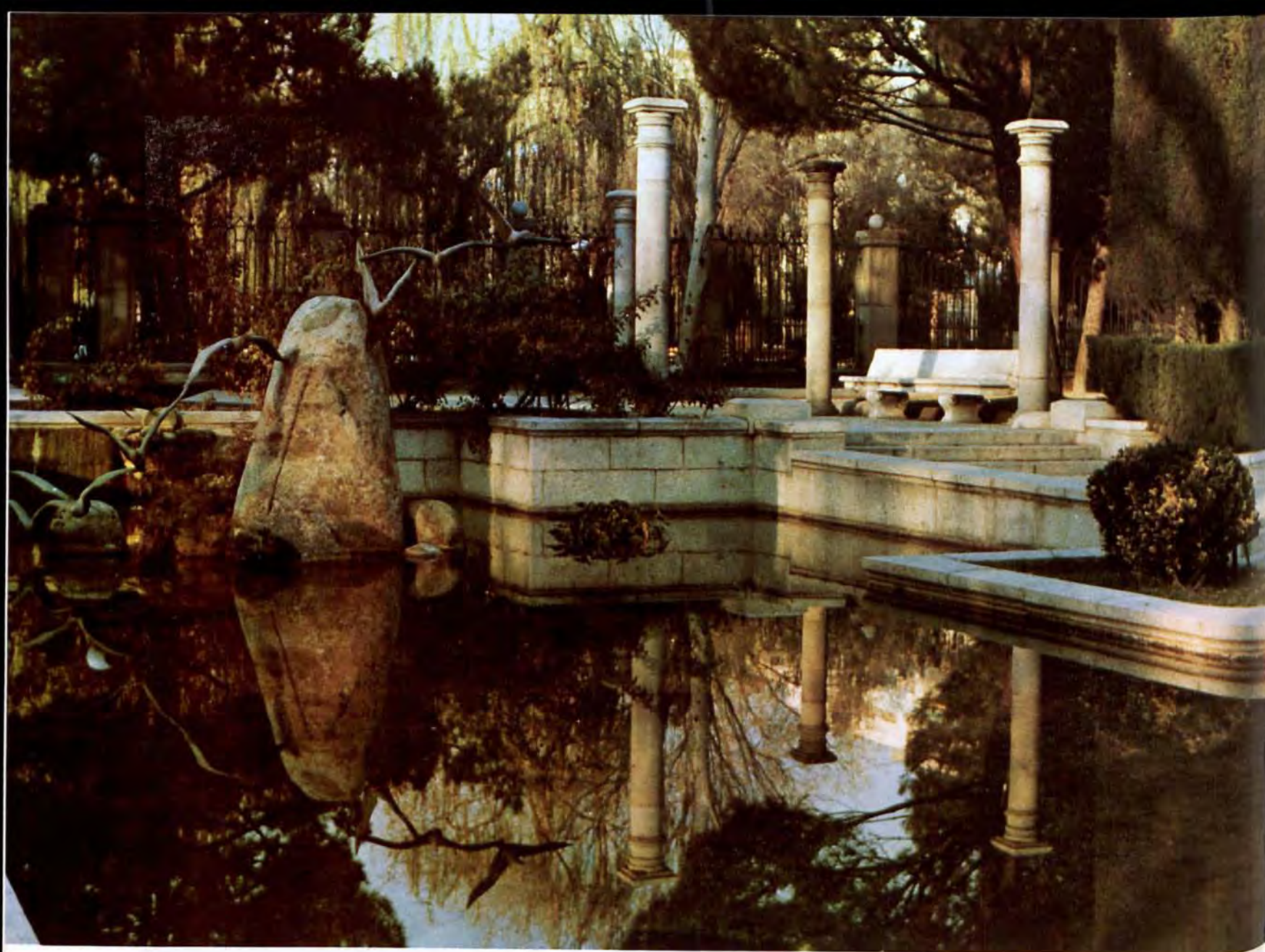


Fuente de Neptuno en la plaza de Cánovas. (Foto Angel Quevedo, accesit Kaulak.)

constituída por la gran calidad artística de los trabajos presentados por los concursantes. El problema se complicaba al señalar las bases del concurso que, tanto el premio como los accésits, deberían recaer sobre conjuntos de tres fotografías.

El premio «Kaulak» que este año se ha elevado a 100.000 pesetas, ha sido otorgado a Juan Pando por sus fotos La Mariblanca, Fuente de la Plaza de España y Fuente de la Red de San Luis. No es nuevo en estas lides Juan Pando. Además de varios premios conseguidos en concursos nacionales e internacionales, ya obtuvo el «Kaulak» en 1972 y en varias ocasiones ha sido distinguido con el accésit de este mismo premio. El arte de Pando ha sabido reflejar en la Mariblanca un rincón apacible, insólito, que nada hace pensar en la proximidad de uno de los puntos de más complicada circulación de la ciudad. El fotógrafo aísla un pequeño espacio como si quisiera transpostarnos al prado de los antiguos Agustinos recoletos que, durante bastante tiempo, die-

ron nombre al paseo. Esta pequeña Venus madrileña surge inadvertida; parece que pretende esconderse al pie del sauce que con sus ramas acaricia a la diosa, mientras el agua corre y canta a sus pies. Dejemos a la Mariblanca, estatua viajera que primero estuvo en la Puerta del Sol, tal como la vemos en los grabados antiguos, y después de otros emplazamientos ha llegado al que hoy tiene. Y nos trasladamos a la Plaza de España. Aquí la cámara de Pando nos presenta otra fuente, esta vez moderna, de inspiración italiana, diseñada por el arquitecto Manuel Herrero Palacios. Representa este monumento el nacimiento del agua personificado en una figura femenina desnuda, en bronce, obra del escultor Antonio Campillo, que se alza sobre una planta barroca realizada en piedra de granito. La tercera fuente retratada por Pando es la que, desde hace pocos años, figura en la Red de San Luis. La foto juega magistralmente con los efectos de agua y luz, como en los casos anteriores.



Un rincón en el Parque del Retiro madrileño. (Foto Polo y Hebrero.)

Un accésit de 40.000 pesetas ha sido concedido a Miguel Angel Polo y Agustín Hebrero que han presentado, en colaboración, interesantes trabajos. La primera foto de estos autores, *Parque del Retiro*, subtitulada *Libertad, ¿por qué no serenidad?*, refleja un tranquilo rincón del gran parque madrileño. Las columnas se prolongan en el terso espejo del agua y el arte fotográfico logra un sorprendente clima irreal. Una segunda foto, también del Retiro, bajo el lema *Otoño*, tiene como protagonista a la fuente de Isabel II, llamada así por haber sido construida para solemnizar el nacimiento de esta reina, inaugurándose en 1832. También tenemos aquí otro monumento viajero. De su primitivo emplazamiento en la Red de San Luis, pasó, en 1868, a la plaza de Santa Ana y, por último, en 1879, a la glorieta que ahora ocupa en el Retiro. Completa el trío presentado por Polo y Hebrero una de las fuentecillas de la Plaza de Oriente, que los autores denominan *Viveza*. En este trabajo, como en los anteriores, se ha logrado un positivo resultado al combinar formas y luces.

Angel Quevedo, premio «Kaulak» en la convocatoria anterior, ha obtenido ahora un accésit, también dotado

con 40.000 pesetas. Una versión de la Cibeles que muestra únicamente un primer término de la diosa esculpida por Francisco Gutiérrez, otra *Mariblanca* que acentúa aún más el aspecto intimista del espacio que rodea al monumento y un *Neptuno* espectacular, integran la aportación que ha merecido el accésit. Especialmente esta última constituye uno de los más significativos aciertos del certamen; la conjunción de luces y volúmenes alcanza en esta obra la máxima perfección.

No debemos terminar esta reseña sin citar a otros concursantes. Todos han demostrado singulares aptitudes en el arte fotográfico. Destaquemos a Miguel Hernández Santos, Daniel Gómez Cervantes, Javier Romeú y Víctor Peral, Eugenio y Angeles Martín Moreno, Federico López (ganador del premio «Kaulak» en otras ocasiones), Julián Bravo Navalpotro, Alvaro Vázquez Dodero, etc. Todos ellos han presentado trabajos estimables que el Jurado calificador ha valorado al reconocer la alta calidad artística de sus aportaciones.

J. L. F.

MADRID EN LA FILATELIA

Por Alejandro FERNANDEZ POMBO

Durante el pasado mes de mayo se celebraron en Madrid diversos actos para conmemorar el IV aniversario del popular Mercado Filatélico de la Plaza Mayor. En el Salón de Tapices de la Casa de Cisneros pregonó, en la tarde del 5 de mayo, el singular acontecimiento Alejandro Fernández Pombo, director del diario «YA». Damos, a continuación, el texto de su interesante conferencia:

Señoras, señores, queridos amigos:

Permítanme una pequeña disquisición inicial. He tenido el honor de ser invitado a dar este pregón, ¿cómo periodista?, ¿cómo filatelista? Es posible que por ambas condiciones, porque quienes me conocen saben bien que si el periodismo

es mi gran vocación, la filatelia es mi gran afición. Quizá por eso, en un deseo de aunar el mundo de la prensa y el mundo de los sellos me he ocupado en más de una ocasión de las relaciones que existen entre los dos ámbitos.

En el frontispicio del edificio central de Correos en Nueva York hay

una inscripción en la que puede leerse esta especie de letanía dedicada al sello:

*Emblema de simpatía y amor,
mensajero de amigos lejanos,
consuelo de la soledad,
lazo de unión de las familias dispersas,
elemento de humano progreso,*



Sellos conmemorativos del IV Centenario de la capitalidad de Madrid.



Monumentos madrileños y los arquitectos autores de los mismos.



Un sello doblemente «madrileño» por la efemérides que conmemora el XL aniversario de la Asociación de la Prensa de Madrid, y por el edificio que figura en él: el Palacio de la Prensa.



El escudo de Madrid y el traje típico de madrileña en dos sellos de hace unos años.



«Pareja» del sello conmemorativo filatélico de la plaza Mayor en su L aniversario.

vehículo del comercio y de la industria, anunciador de la noticia, promotor de la fraternidad, de la paz y de la buena voluntad entre los hombres y las naciones.

Vemos que algunos de estos piropos esculpidos en honor del sello, valdría también para el periódico. De manera especial el de «anunciador de la noticia». Ojala que también el de «promotor de la fraternidad, la paz y la buena voluntad».

Efectivamente, el sello es anunciador de la noticia. No sólo porque

permite que la noticia contenida en la carta llegue a su destino, aunque sea en una comunicación íntima y personal, sino porque cada vez con más frecuencia los sellos en sí mismos son anuncio de una exposición, de un congreso, de unas competiciones deportivas o del centenario de una personalidad.

Concretamente, dentro de dos días va a ponerse en circulación un sello que anuncia el cincuentenario del mercado filatélico de la Plaza Mayor madrileña que es, junto con la décima edición de la Feria de mayo, el motivo que aquí nos reúne.

Yo no sé si cuando los iniciadores

de este mercado, esos coleccionistas anónimos, hasta que han sido descubiertos por Serrano Pareja, a los que hay que rendir homenaje, escogieron el clásico recinto de esta plaza lo hicieron por la semejanza que su plano rectangular tiene con un inmenso sello en el que el dentado está fielmente reproducido y ampliado por las columnas de sus cuatro soportales. O, tal vez acudieron a ella por la tradición de sus gremios comerciales —hoy diríamos de comercio especializado— que fue su razón de ser y que se ha mantenido hasta nuestros días. O quizá lo que buscaban era hallarse en el co-



Madrid literario:
La tertulia de
Pombo, según el
cuadro de Solana,
en un sello.

razón mismo de este Madrid que tan íntimamente está unido a la filatelia española desde sus principios.

Porque como ahora vamos a ver desde que nació la filatelia en España, Madrid y el sello establecieron unas relaciones tan formales que ya van para siglo y medio y no se han interrumpido.

Pero, antes de que analicemos esas relaciones, permitidme que como fondo de este Pregón, haga la evocación de tres fechas.

La primera es la de 1850. Es el año en que Wagner estrena «Lohengrin» y Anselmo Clavé organiza su primer Orfeón. Es el año en que Dickens publica «David Copperfield», y que en Inglaterra se establece, como gran conquista social, que el trabajo de las mujeres y adolescentes en la industria textil no sobrepase las diez horas. En España, reina Isabel II y gobierna —al empezar el año— don Ramón Narváez. Era un tiempo dorado y glorioso —aunque la revolución también llamada gloriosa no tardaría en llegar— en el que entre el fru-fru de las sedas, el relampaguear de los sables —por no decir de los espadones— y el dulce aire de los abanicos se hacen grandes inauguraciones en aquel Madrid galdosiano y romántico. Bravo Murillo ha traído el agua de Lozoya a la capital. El Marqués de Salamanca ha llevado el ferrocarril desde Madrid a Aranjuez. Hay un nuevo Palacio para las Cortes y abre sus puertas el Teatro Real. Otra novedad de aquel año, la que nos ha hecho fijar nuestra atención en esta fecha, es la aparición del sis-

tema de franqueo previo para la correspondencia o, lo que es lo mismo, el nacimiento del sello de correos en España. El padre de la criatura era Luis Sartorius, Conde de San Luis, un periodista sevillano de origen polaco —he aquí una nueva relación entre prensa y filatelia—, que había llegado a Ministro y que estaba demostrando un extraordinario talento político, que nadie discutía, y una iniciativa personal que discutieron todos. Ciertamente, con espíritu de justicia, hay que recordar aquí a otro español benemérito por muchos conceptos que le precedió en la poltrona de Gobernación, don Fermín Caballero, quien estuvo a punto de ser el introductor en España del sello adhesivo; pero su salida del Ministerio no se lo permitió. Yo creo que la filatelia española tiene una deuda con este hombre y a todos nos gustaría ver que se le dedicaba un sello. Pero el caso es que fue Sartorius quien consiguió que por la geografía española, a bordo de postas y diligencias o de los primeros trenes, circularan las cartas —cartas de amor, inevitablemente románticas; cartas de negocios de una sociedad que empieza a industrializarse; cartas de familia en las que se habla del reciente cólera, de la nueva moda que ensancha aún más la silueta y hace más amplia la falda, o se murmura del Rey Francisco; cartas de política en la que se conspira a favor de moderados o de progresistas...—, pero desde ahora, esas cartas llevan en su sobre un pequeño rectángulo que reproduce el perfil de la Reina Isabel II. Quizá ya, desde aquellos

días, alguien recorta o despega cuidadosamente esos sellos y los guarda en una cajita de madera con incrustaciones de nácar sin saber que está naciendo así el filatélismo. O quizá, como parece ser que hizo el catedrático barcelonés don Angel Saura, desde aquel mismo año de 1850 —y por ello está considerado como el padre de los filatelistas españoles— compra los sellos no para franquear ninguna carta, sino simplemente para guardarlos.

La segunda fecha es la de 1927. Felices años veinte. De la ópera pasamos al cine, que empieza a ser sonoro. De aquellos primeros trenes, a vuelos como el de Lindbergh de Nueva York a París. Los poetas que luego se llamarán «la generación del 27» publican algunos de sus viejos libros, mientras Blasco Ibáñez da «La vuelta al mundo de un novelista» y Valle-Inclán desahoga su burla en «La corte de los milagros». Hace sólo dos años que el Diccionario de la Real Academia incluye la palabra «filatelia». Reina en España Alfonso XIII, pero quien gobierna es el General Primo de Rivera. En aquel Madrid del año 27, todavía una ciudad alegre y confiada, un grupo de aficionados a los sellos —chalados los llama la gente— acuden los domingos a la Plaza Mayor. Llevan bajo su brazo libretas forradas de hule negro o en sus bolsillos cuidados sobres; tal vez alguno guarde los sellos en una cajita de hojalata que ha servido antes para guardar pastillas. Se enseñan sus tesoros, se intercambian quizá un valor de Bélgica con la efigie del Rey Alberto por uno de Italia con el rostro de Victor Manuel.

A aquellos coleccionistas se une pronto algún comerciante del sello que se da cuenta de la oportunidad y que estará dispuesto a proporcionar la última novedad de Luxemburgo o San Marino o a comprar esa serie de Guatemala que no interesa demasiado a su propietario. Unos y otros, comerciantes y coleccionistas, pasean ceremoniosa y solemnemente por los soportales de la Plaza con sus hongos y sus bastones; si es verano, con su canotier de paja. Y después de sus cambios y de sus conversaciones se despiden —casi con la voz susurrante de los conspiradores— hasta el domingo que viene. Ha nacido así el mercado filatélico de Madrid.

La tercera fecha es mucho más próxima: 1962. Estamos iniciando la década de los años sesenta, tal vez

más dorados y felices que los años veinte. Pero Madrid se está convirtiendo en un monstruo enorme, que avanza hacia los tres millones de habitantes y empieza a llenarse de vehículos. Los periódicos hablan de la guerra de Argelia y de los asesinatos en el Congo. Juan XXIII se dispone a abrir el Concilio Vaticano II. En esos mismos días de mayo, Atenas es escenario de la boda de dos jóvenes y simpáticos príncipes Juan Carlos de Borbón y Sofía de Grecia. Entre las corridas de las Ventas y Carabanchel y los festejos de los barrios, el programa isidril de Madrid tiene aquel año un nuevo aliciente: la primera Feria Nacional del Sello, que alcanza escasa resonancia, pero que es el comienzo de una muestra que a partir de 1972 se convertirá en anual y va a ser cada vez más floreciente. El escenario de aquella primera Feria es esta Plaza Mayor de nuestro corazón, que tantas veces fue coso taurino y que nos permite decir, sin demasiada hipérbole, que en aquella Feria los filatelistas —comerciantes y coleccionistas— hicieron su salida a los medios y desde los soportales se plantaron en el centro de la plaza, porque se acercaba la hora de la verdad. Hoy, con una regularidad puntual y con mayor desarrollo, esa Feria se ha convertido en una Feria auténtica en el doble sentido que los siglos han dado a la palabra: en el de mercado donde se hacen transacciones de verdadero valor y, sobre todo, con muchísimas operaciones; y en la acepción de fiesta, porque una verdadera fiesta para el coleccionista son esos treinta y tantos «stands» donde se expone y se ofrece ese universo minúsculo y multicolor de los sellos.

* * *

Hasta aquí hemos visto tres fechas claves en la historia de la filatelia española, relacionadas las tres con Madrid. Es justo que Madrid haya concedido desde el principio atención al fenómeno del sello, porque el sello español fue siempre generoso con la Villa del Oso y el Madroño.

Para probarlo —si es que fuera necesario— bastaría, en primer lugar, fijar la atención en estas primicias que, sin esfuerzo, he rebuscado para ello.

1.º La primera efigie que aparece en los sellos españoles es la de una madrileña, la reina Isabel II.

2.º El primer emblema que aparece en los sellos españoles, incluso antes que el escudo nacional, es el escudo de Madrid en la memorable serie de 1953, tan conocida por los coleccionistas.

3.º La primera serie conmemorativa de la filatelia española, en 1905, está dedicada a un madrileño (de la provincia), Cervantes, y a una efeméride madrileña; la primera edición del Quijote, que salió como es sabido de las prensas de la calle de Atocha.

4.º Los primeros sellos dedicados a Exposiciones, Congresos y actos semejantes, fueron los que aparecieron en 1907 como propaganda de la «Exposición de Industria de Madrid».

5.º Los primeros edificios y monumentos que aparecen en los sellos españoles son la Biblioteca Nacional, el Congreso de Diputados y la estatua de Cervantes en la serie de 1916, dedicada al servicio oficial.

* * *

Pero, naturalmente, no se trata no sólo de principios que pudieran ser excepciones, sino de una permanencia constante de los temas madrileños en los sellos españoles. Aunque aburra a los buenos conocedores del tema que, sin duda, serán mayoría en este auditorio, permitidme que haga un recuento enumerativo de los puntos de esta temática.

Hemos hablado antes de que los primeros edificios o monumentos que aparecen en la filatelia hispánica, son dos característicos palacios madrileños, aunque símbolos, cada uno en su estilo de la vida nacional: el Congreso o Palacio de las Cortes, de la carrera de San Jerónimo, corazón de la vida política, y la Biblioteca Nacional, del Paseo de Recoletos, síntesis de nuestra cultura. También figura en esta serie la escultura de Cervantes que se levanta en la Plaza de las Cortes.

A esos, aparecidos en 1916, hay que añadir los siguientes:

— En 1920, con motivo del VII Congreso de la Unión Postal Universal, el Palacio de Comunicaciones, también representativo.

El Palacio de la Prensa y el Colegio o Casa de Nazaret (destruido cuando la guerra) figuran en la serie

de 1936 dedicada a la Asociación de la Prensa en el XL aniversario de su fundación.

El puente de Toledo aparece en primer término del sello de 1938 emitido con sobrecarga a favor de los defensores de Madrid.

Han de pasar once años hasta que encontremos de nuevo un monumento madrileño que además ya había sido filatelizado: el Palacio de Comunicaciones en los sellos del LXXV aniversario de la Unión Postal Universal.

Dos obras monumentales, no de la capital, pero sí de su provincia vienen a continuación. El Monasterio del Escorial como fondo de alguno de los sellos del XVII Congreso Internacional de Ferrocarriles, en 1958, y el Valle de los Caídos, en el sello dedicado a su inauguración en 1959. Dos años después El Escorial a través de seis sellos es incluido en la serie de Monasterios españoles. Estamos en 1961 y Madrid celebra el IV centenario de su capitalidad. En la serie conmemorativa figura, como ustedes recordarán, el monumento a Alfonso XII, el Ayuntamiento, la Cibeles, la Puerta de Alcalá y la Plaza de España.

En 1973, volvemos a encontrarnos con el Monasterio del Escorial en el sello dedicado a Juan de Herrera; en la misma serie aparece el Museo del Prado con la efigie de Juan de Villanueva y la fuente de las cuatro estatuas con Ventura Rodríguez.

En 1975, una vez más, nos encontramos con el Palacio de las Comunicaciones en un sello, dedicado en esta ocasión a su autor Antonio Palacios en la serie de «Personajes españoles». A la misma emisión corresponde el de Secundino Zuazo ilustrado con la efigie del autor y con la llamada «Casa de las flores», en el barrio madrileño de Argüelles, una de sus obras.

En 1976 en la serie dedicada a las antiguas Aduanas, el segundo de los valores corresponde a la Casa Aduana de Madrid, hoy Ministerio de Hacienda, al comienzo de la calle de Alcalá.

Con características similares de factura, aunque con serie y motivo distinto poco después se pone en circulación del sello dedicado a la LXIII conferencia de la Unión Interparlamentaria que reproduce la fachada de la sede de las Cortes Españolas, que ya había sido llevada a los sellos sesenta años antes.

Y finalmente en este mes de mayo, el sello que conmemora, lo mismo

Sobre y matasello
conmemorativo de
la X FERIA
Nacional del Sello.



que nosotros estamos celebrando, el medio siglo del mercado de sellos de la Plaza Mayor nos da la imagen de esta plaza.

También hay varios sellos que reproducen no monumentos concretos, sino calles y plazas de Madrid, como los emitidos en 1931 con ocasión del III Congreso de la Unión Postal Panamericana, en los que aparece la Puerta del Sol y la calle de Alcalá, o los que en la serie ya citada de la Asociación de la Prensa recogen aspectos de la plaza de Callao; o los de 1939 y 1941, en honor de la Cierva, con la Gran Vía madrileña, o el del cincuentenario del correo aéreo (1971) con una vista de la plaza de la Cibeles.

Si de los monumentos pasamos a los personajes, la relación es no menos larga y, por ello, voy a prescindir de fechas y detalles para recordar únicamente —y por orden alfabético— a aquellos madrileños que, por ser ilustres o importantes, han merecido aparecer en nuestros sellos. Salvo error u omisión, la Duquesa de Alba, Alfonso XII, Alfonso XIII, el Príncipe Don Alfonso, la Infanta Beatriz, Jacinto Benavente, Calderón de la Barca, Cervantes, Cisneros, la Infanta Cristina, San Dámaso, Fernando VII, Beatriz Galindo, Gutiérrez Solana, Leandro Fernández Moratín, Miguel Moya, Quevedo, Ventura Rodríguez, Tirso de Molina, Juan de Villanueva, etc.

Ciertamente, podrían incorporarse a esta relación otros españoles notables que, si no fueron madrileños de nacimiento, lo fueron de corazón y su espíritu forma parte del espíritu de Madrid; me refiero a hombres como el aragonés Goya, el alicantino Arniches, o el canario Galdós.

Una tercera serie de temas madrileños en la filatelia lo constituyen los sellos dedicados a Congresos, Exposiciones, Asambleas y Simposios nacionales o internacionales que han tenido su sede en la capital de España. También aquí resultaría demasiado árida la relación de tales actos y me limito a rememorar alguno de los más sobresalientes como los diversos Congresos Postales y de Ferrocarriles, la Exposición Mundial de Filatelia de 1975, la Asamblea de la Unión Parlamentaria, etc.

Todavía queda por hablar de otros sellos de temática madrileña muy específica. Como la serie dedicada en 1961 al IV Centenario de la Capitalidad de Madrid, a la que indirectamente nos hemos referido. O el traje típico de madrileña en la serie dedicada a la indumentaria de nuestras provincias. O el escudo madrileño, en esa serie de blasones que tanto éxito tuvo entre los filatélicos y tantos gustos, primero, y disgustos, después, dio a los especuladores. O las alusiones a los matasellos usados en Madrid, que figuran en algunos de los ejemplares del día del Sello. Y entre ellos esa elegante «M coronada», orgullo de nuestra prefilatelia, que gracias a la feliz idea de Luis María Lorente se ha convertido en emblema de la Fábrica Nacional de Moneda y Timbre.

En fin, no podemos terminar esta relación sin recordar que en las series de pintores hay reproducidos cuadros de enorme sabor madrileño, como los cartones para tapices, de Goya; las hilanderas, de Velázquez; las tertulias de Pombo, de Solana, entre otros, sin referirnos ya, por supuesto, a las reproducciones de cuadros de nuestras pinacotecas, principalmente los del Museo del

Prado, lo que haría interminable esta relación.

Si es preciso decir dos palabras de que no pocos de los motivos antes citados no sólo tienen eco en la filatelia española; sino también en los sellos de todo el mundo. Alguno de esos congresos internacionales, así como la Exposición Mundial de Filatelia han merecido emisiones postales de muchos países. Y, en especial, un madrileño, Miguel de Cervantes, ha sido reproducido en los sellos de casi todo el mundo.

* * *

Creo que, con lo que llevo dicho hasta aquí —aún con el grave riesgo de haberles aburrido, queridos amigos— queda justificado el que Madrid celebre al sello con esta Feria y con actos como éste y que, por otra parte, que el sello honre a Madrid con una emisión como la que va a aparecer dentro de dos días.

Tanto es así que, a sus otros muchos títulos, Madrid podría añadir, al menos en este mes de mayo, el de capital de la filatelia. Yo, como madrileño de residencia, tengo que alegrarme de ello y no sólo como coleccionista, sino como ciudadano, porque yo os aseguro que una sociedad en la que se cotice alto la filatelia es una sociedad rica en valores morales. No en vano la raíz de la palabra «filos» significa amor, y con el amor y sobre el amor se puede edificar cualquier convivencia.

* * *

Se ha hablado muchas veces de los efectos terapéuticos de la filatelia. Yo no dudo de ellos. Pero creo que más allá o más acá de los beneficios que pueda ejercer sobre los enfermos está su bondad sobre los



Tres monumentos de la provincia de Madrid llevados a la Filatelia: El Escorial, el Valle de los Caídos y la Universidad de Alcalá.

sanos. Lonquist, publicista neoyorquino, ha escrito: «Hay algo de sedante para la mente y de calmante para los nervios en el hecho de coleccionar sellos. El coleccionista encuentra un completo olvido temporal en su álbum. Más tarde, después de una o dos horas con sus sellos, cuando torna a sus problemas, vuelve con la mente fresca y despejada. Y con frecuencia encuentra que el problema tiene una solución que antes su cansada cabeza, enclerrada en un círculo vicioso, no podía encontrar.»

Creo que ante un público como el que me escucha, en que, sin duda, dominan los expertos en filatelia y sobre todos los experimentados en su ejercicio, yo no necesito acarrear argumentos ni testimonios para defender que la filatelia aumenta la cultura de quienes la practican y desarrolla, sobre todo, la curiosidad por nuevos conocimientos; crea hábitos de orden y sirve para establecer vínculos entre personas alejadas por otras circunstancias. Realmente yo creo que difícilmente puede encontrarse otra actividad en la que exista mayor concordia universal y mayor ignorancia de esas barreras que a veces pone la política o las ideologías entre los hombres.

Realmente, desde que aquel fabuloso Mister Gray empezó a guardar sellos en 1811, sin saber que comenzaba la historia de la filatelia, han tenido que pasar muchos años para que se reconociese la importancia de esta afición. Años de chistes y de mofas en que filatelista era sinónimo de chiflado; en que coleccionar sellos era algo así como perder el tiempo. Hoy a nadie se le ocurriría decir otro tanto. El número de coleccionistas en todo el mundo crece cada día, tal vez porque, como dice Eduardo Cativiela: «...somos millones; porque nuestra ciencia no precisa de cualidades extraordinarias, pues, sin saber música, conocemos los músicos; estudiamos pintura sin pintar; sin ser ricos ahorramos dinero; sin ser historiadores, aprendemos Historia.»

Y es que, realmente, la filatelia es educativa. Ya en sí el coleccionismo, se trate de lo que se trate, lo es. En otra ocasión, yo he dicho que eran muchos los aspectos o valores educadores de este «hobby» cada vez más frecuente de reunir algo.

«El primer valor es, precisamente, el del orden, el sistema, la clasificación. El segundo es el de la estimación por cosas que, aisladamente, no valen nada o muy poco y que, unidas a otras semejantes, aumentan el interés, y, por lo tanto, de valor. El tercer aspecto es el de la creatividad, tan estimada hoy por

los pedagogos. Un coleccionista hace, crea, su colección; pone en el hecho y en la forma de reunir una serie de objetos su personalidad. Un cuarto valor puede ser el de la perseverancia. Una colección no se hace de repente, sino con el afán de cada día.» Pemán ha dicho que el coleccionismo es un instinto por el que los hombres se deciden a interesarse por algo que, en el fondo, no les interesa; pero en esta paradoja de lo que interesa y lo que no interesa está, precisamente, el éxito. Claro que el gran académico, dejándose llevar, como buen andaluz, de esa tendencia a la graciosa exageración, dice también que para convertirse en coleccionista el procedimiento es sencillo: se reúnen tres objetos de la misma familia; en seguida el cuarto es deseado; el quinto es buscado; por el sexto se cometen vilezas y por el séptimo se puede llegar hasta el crimen.

Afortunadamente para el país, esto no es lo frecuente; pero sí es verdad en lo que tiene, a veces, de obsesivo al completar una colección. Pero, como hemos dicho, son muchos más los valores positivos que encierra el arte de reunir una colección de lo que sea.

Si del coleccionismo en general descendemos al coleccionismo de sellos en particular, nos daremos cuenta de que el objeto coleccionable, por sus elementos de arte, cultura, historia, sociedad, etc., enriquece todavía más esas cualidades reseñadas.

Pero no podemos olvidar que, por otra parte, la filatelia tiene hoy un aspecto económico. Aunque es verdad que «para entrar por la puerta grande del filatelismo es necesario dejar a un lado la idea del negocio fabuloso», como dice Antonio Serrano Pareja, que tanto sabe de sellos, no es menos verdad que, una vez dentro de ese mundo, hoy día se mueven grandes capitales que no tienen otra explicación que la de que cada día es mayor el número de aficionados que se disputan unas mismas piezas. Para dentro de unos días está anunciada en Madrid una subasta. Uno de los valores que van a ponerse a disposición de los aficionados es un hermoso sobre que fue escrito y franqueado en Cádiz con destino a La Habana, el 4 de enero de 1850, es decir, cuatro días después de implantarse el sello adhesivo en España. Lleva 17 sellos de seis reales. Ciento dos reales en total, poco más de cinco duros. ¿Pudo pensar el desconocido que escribió con cuidada letra inglesa la dirección de don Pedro Juan Orti, Capitán de la goleta «Intrépida», que ese sobre estaría hoy estimado en cuatro millones de pesetas?

Y sin embargo...

Yo no sé, naturalmente, quién será el afortunado coleccionista que coloque en su álbum o en su vitrina esta fabulosa pieza, una de las más valiosas de la filatelia hispana, pero estoy seguro que su gozo y su alegría no será mayor que el de ese chaval que consigue el barco que le faltaba de la serie de 1964, o el de ese veterano aficionado que, entre un montón de sellos sin apenas valor de hace cien años, ha encontrado un 50 céntimos de Amadeo I de color verde, pero más oscuro que el normal; ese es un hermoso hallazgo, aunque sabe que esa variedad de color sólo supone cuarenta duros más en el último catálogo. Pero es que lo que no registran nunca, ni pueden registrar los catálogos, es el precio de la ilusión.

Y si queremos encontrar toneladas de ilusión, mis queridos amigos, es necesario que acudamos un domingo por la mañana a esta Plaza Mayor madrileña.

Cuando fui invitado a escribir un apunte de esta Plaza Mayor para la presentación del sello que se pondrá a la venta el día 7, evocaba yo la historia gremial, festiva y justiciera de este recinto, desde su construcción en tiempos de Felipe III para que fuese «digna de la Corte más poderosa del mundo» hasta nuestros días. Hablaba de los autos de fe, de las corridas de toros, de las fiestas religiosas, de los actos oficiales, de las luchas y manifestaciones que han tenido lugar dentro del recinto jalonado por sus 113 pilastras o que han sido contemplados desde alguno de sus 476 balcones. Pero toda esta historia, aunque no el testimonio vivo de las piedras, desaparece cada domingo para dejar paso a esta multitud silenciosa, aunque plena de murmullos, pacífica, aunque casi febril de los filatelistas. Es la obra de los ilusionados.

A mí me gustaría saber —pero creo que no será nunca posible— cuánto valen los sellos y otros efectos filatélicos que un domingo cualquiera se ofrecen al mercado en el recinto de la Plaza Mayor madrileña. Desde luego que se trata de millones; desde luego que se trata de muchos millones. Desde los pobres y manoseados sellos que a una o dos pesetas se ofrecen en cajas de cartón que tiene algo de fosa común, hasta las piezas más clásicas, errores, ejemplares casi únicos que alcanzan cotizaciones de seis cifras, pasando por las series flamantes de cualquier país del mundo, donde se muestra un arte cada vez más perfecto, o los viejos álbumes con efigies de reyes cuyas monarquías ya no existen. Es difícil valorar todo

este tesoro de papel dentado. Pero mucho más difícil, absolutamente imposible, es valorar la ilusión que hay dentro de cada transacción, incluso debajo de cada búsqueda, aunque ésta no alcance sus fines. Creo que este aspecto de mercado de la ilusión es tan importante como la imagen costumbrista o como el sentido económico de esta lonja. Y creo también que este oasis en la vida ciudadana tenía que tener necesariamente un marco como el de la Plaza Mayor. Un verdadero paréntesis de piedra que aislase del resto de las calles y avenidas, donde se desarrolla una vida que no tiene nada que ver con este lento y despacioso mercado de sellos.

Todos sabemos que la Plaza Mayor nació con vocación de mercado, con sistemática gremial, reglamentada unas veces por la costumbre y otras por las disposiciones en papel sellado.

Las antiguas Casas de Luján habían congregado a vendedores madrileños y foráneos que se asentaban —palabra llena de significados—

según el género que ofrecían. Y como aquel mercado crecía en magnitud e importancia con el mismo ritmo que lo iba haciendo la villa de Madrid a medida que se hacía cabeza de las Españas, se pensó el dar nueva, sólida y ordenada traza a aquel lugar. Y así vino a ser Plaza Mayor no sólo por las dimensiones de su rectángulo, sino por la importancia. Corazón no sólo de Madrid, sino de España, fue escenario de corridas de toros y torneos caballerescos, patíbulo para ajusticiados, altar para actos sagrados, marco para la realeza y apoteosis para el pueblo, sin perder por eso el aire comercial y gremial que le había dado el ser. Cuando no había toros ni autos de fe, ni procesiones cívicas o religiosas, los madrileños acudían a los soportales de la Plaza Mayor a comprar paños en los bajos comprendidos entre las calles de Ciudad Rodrigo, que antes se llamaban Nueva y Toledo; desde esta calle a la de Gerona, podían mercarse cáñamo y sedas; en otra zona se vendían gorras —negocio y artesanía

que ha llegado hasta nuestros tiempos— y en el callejón de la Sal, un depósito de sal servía de abasto. Había un rincón para las botoneras y otro para los cristaleros. La calle que hoy es de Felipe III fue llamada antes de Boteros, en honor de los que trabajaban el pellejo.

Hoy había que llamar a alguno de estos soportales, a alguna de estas calles o arcos, «de los sellos», porque hoy, en sólo medio siglo, comerciantes y aficionados, coleccionistas y curiosos de la filatelia han desbancado en magnitud y celebridad a cualquier otro ocupante, a cualquier otro sector de comercio. Yo creo que el centenar de comercios filatélicos que hay en Madrid, los millares de coleccionistas madrileños, las subastas por muchos millones de pesetas, son como los nervios, los músculos, los huesos de ese cuerpo que es la filatelia madrileña, pero su corazón es esta Plaza Mayor; un corazón que late más aceleradamente cuando llega esta Feria de mayo, que yo humildemente he venido aquí a pregonar.



TARJETA
POSTAL



0000000

M F. N. M. T.



Don Rafael Fernández Pombo leyendo su poema que obtuvo el primer premio.

JUSTA POETICA EN HONOR DE SAN ISIDRO LABRADOR

Por Antonio APARISI

NUEVAMENTE, el Ayuntamiento de Madrid, ha querido incluir en su programa de Fiestas de San Isidro de 1977, la celebración de una Justa Poética que viniera a recordar aquellos festejos que en Madrid tuvieron lugar en los años 1620 y 1622, con motivo de la beatificación y canonización de San Isidro Labrador. Lope de Vega había participado de manera activa en aquellas fiestas poéticas que ya, en 1605, en Toledo, se organizaron para celebrar el nacimiento del futuro Felipe IV. El Fénix de los Ingenios tomó parte activa en aquella Justa Poética por acuerdo de la ciudad de Toledo, pues si bien es cierto que Lope de Vega era madrileño, el Concejo Municipal de la ciudad del Tajo, justificaba el encargo al considerar a Lope como toledano, pues residía entonces en Toledo, ciudad a la que Lope reconocía por madre. Y no solamente tomó Lope a su cargo el determinar los distintos certámenes que las Jus-

tas comprendían sino que consiguió que a la convocatoria concurrieran los mejores poetas que entonces había que se aprestaron a preparar las inspiradas producciones que en temario variadísimo hicieron de estas Justas uno de los actos más hermosos de la poesía en la Edad de Oro.

En 1966, la Delegación de Educación del Ayuntamiento de Madrid, quiso rememorar esta fiesta poética y para ello convocó a los poetas de habla hispana que, en noble lid, aportaron sus producciones a los nueve certámenes que la Justa comprendía. Allí, con libertad de metro y rima, utilizando el soneto o el romance, el coloquio o las décimas, centenares de trabajos glosaron los siguientes temas: «San Isidro y Santa María de la Cabeza», «Definición de Madrid», «Tres sonetos a la Santísima Virgen bajo las advocaciones de Almudena, Atocha y Paloma», «Romance en que se describa algún

hecho memorable del Madrid contemporáneo», «Canto a El Escorial», «Loa del paisaje y campo madrileño y de los esfuerzos, frutos y triunfos de la vida labradora», «Elogio de algún madrileño o madrileña ilustre», «Diálogo asainetado entre personajes del día» y «Burlilla de auto costumbrista del Madrid Actual».

Fueron Tomás Borrás y el profesor Joaquín de Entrambasaguas, quienes en 1966 prepararon la Convocatoria, formando parte del jurado que discernió los premios; el Pregón de las Justas fue pronunciado por Entrambasaguas en el solemne acto de entrega de premios que se celebró en el marco de nuestro Teatro Español el día 8 de junio; el pregonero glosó los trabajos premiados y supo con magistral humorismo apostillar cada uno de ellos, con una acertada crítica que fue muestra del bien decir y regocijo para el auditorio que llenaba el teatro:

«Hubo poetas festivos
y poetas aguafiestas;
archisociales a ultranza
y ultraclásicos de escuela;
poetas de verso corto,
varilargueros poetas,
unos de manga muy ancha
y otros de corriente estrecha;
infantes de alto contorno
y andarines en chancletas;
unos pobres en corbatas
y otros duchos en corvetas,
estos vienen de Serrano
y aquellos de la Arganzuela.»

En esta Justa Poética de 1977 se convocaron cinco certámenes que comprendían premio y accésit. Predominando la libertad de metro y rima, los trabajos presentados se ajustaron a los siguientes títulos: «San Isidro y Santa María de la Cabeza», «Tierras, hombres y paisaje de Hispanoamérica», «Almudena, Atocha y Paloma», «Loa del paisaje, campo y sierra madrileña» y «Tres sonetos en los que se elogie a tres figuras de la Hispanidad». Introducía esta Justa Poética dos certámenes referidos a Hispanoamérica, ya que se hacía coincidir la celebración de las Justas con la inauguración de los Jardines del Descubrimiento —antigua plaza de Colón— y en otros tres certámenes incluíamos el tema obligado de San Isidro y Santa María, el de las tres advocaciones Almudena, Atocha y Paloma y un canto al paisaje, campo y sierra madrileña.

Fueron ochenta y tres los trabajos presentados y no resultó tarea fácil otorgar los premios, pues la calidad de tales trabajos era elevada. Todos los poetas demostraron su indudable acierto al desarrollar en inspirados versos los temas que el certamen imponía. Vamos a comentar algunos de estos trabajos que en solemne sesión de entrega de premios celebrada en el nuevo Centro Cultural de la Villa de Madrid, constituyó un acto de alto valor literario, glosado asimismo por el poeta José García Nieto, que pronunció un hermoso pregón.

El premio del primer certamen, «San Isidro y Santa María de la Cabeza» fue otorgado al trabajo que tenía como título «Del surco al cielo» y del que era autor Rafael Fernández Pombo, residente en la Puebla de Montalbán (Toledo). Utilizó este poeta los versos a modo de «décimas» que él decía dedicar «a mi santo paisano Isidro Labrador y a su esposa Santa María de

la Cabeza»; en catorce «décimas» nos iba descubriendo a aquellas almas privilegiadas de Isidro y María en su diario quehacer en el Madrid pequeñito del siglo XII:

«Labrador pobre y villano
que hiciste tu sementera
en aquel Madrid que era
Magerit, moro y cristiano...
En este mismo secano,
con la sed del mismo río,
en tu besana confío
cuando tu quehacer evoco
y en cada verso te invoco
Isidro, paisano mío.»

.....
.....

«La lámpara de la esposa
iluminó tus caminos
hacia trigales divinos
en los que el alma reposa.
A una rosa da otra rosa
respuesta en cada jardín;
con el cielo por confín,
—surcos que se trazan yuntos—
vaís milagreando juntos
desde el principio hasta el fin.»

El accésit de este primer certamen se otorgó al trabajo «Coloquios de amor entre Isidro y María de la Cabeza»; el autor, Angel Benito, de Madrid, utilizando diez sonetos establece un tierno diálogo entre los esposos que presienten el nacimiento del hijo:

«Digo, Isidro, amor mío, que estas cosas
de Dios son las primeras en la cuenta
de todo lo que hagamos. No haya afrenta
que nos perturbe. No haya falsas rosas

en estas disciplinas amorosas
donde si tú has de ser boca sedienta
yo el agua de limón, anís o menta
que ofrezca la mejor de las esposas.

Aquí tienes mi ramo de azahares,
sagrario el corazón, salmo y retablo
de novia del Cantar de los Cantares.

Dios aleje de mí todo venablo
que impida tu ascensión a los altares,
amor de mis amores, a quien hablo.»

.....
.....

El segundo certamen iba dedicado a Hispanoamérica y fue un cordobés, Jacobo Meléndez, quien obtuvo el premio, por su trabajo «Gloria y destino de Iberoamérica», poesía que evoca la gesta del Descubrimiento recordando el primer encuentro de los navegantes con aquellas tierras que inician el amplio despliegue de la Hispanidad:



Don Julio Alfredo Egea premiado en segundo lugar.

«Cóndores y bisontes y quetzales;
ombúes y sargazos;
tifones tropicales;
olas como trallazos»
.....
.....

«Cruzaba el mar España como alondra invisible,
para alojar sus trinos en la rama lejana,
para decir el verso de un ritmo inextinguible,
y alzar el vuelo grácil en tierra americana.»
.....
.....

Y también un andaluz, Julio Alfredo Egea, de Granada, fue quien mereció el accésit de este segundo certamen por su trabajo «Tríptico de Guatemala», en cuyos versos, en tres tiempos «Indio dormido», «Paisaje de estirpes» y «Elegía por Tecun-Uman», nos va dando a conocer aquellas primeras singladuras en el hermoso país que se incorpora a la gesta hispana:

«¿No sabías,

don Pedro de Alvarado, que el acero
cortó fruta sagrada, dejé yerto
al corazón novicio de la tierra?
Murió el quetzal, la leve catarata
de la cola quedó por la mejilla,
sudario azul, parado mecanismo
de su pequeño corazón, gigante
temblor del pueblo herido, alicortado.»
.....
.....

Se volvía en el tercer certamen al obligado tema de las tres advocaciones marianas y madrileñas: Almudena, Atocha y Paloma. Correspondió el premio al trabajo presentado por el poeta José María Fernández Nieto, domiciliado en Palencia y que tenía como título

«Trilogía de Romances para el amor de María». El tríptico que nos ofrece es hermoso. He aquí algunos de sus versos:

«Dios te salve, Reina y Madre,
María de la Almudena.
Desenterrado tesoro,
beso que brotó en la tierra,
rosa que el miedo ocultó
ante arábigas ofensas,
racimo de la esperanza,
crepúsculo de la pena,
cereal de la alegría
y aurora de la belleza.»
.....
.....

«El vuelo de una paloma,
no sé de qué palomar,
vino a hacerte compañía,
Virgen de la Soledad,
para copiar tu blancura
y vivir tu castidad.»
.....
.....

Quisimos que el paisaje madrileño, entendiendo por tal el de su campo y su sierra, fuese motivo a considerar en esta Justa Poética. Y no hubo duda alguna en premiar el trabajo que con el título «Serranas» presentó el poeta Alberto Barascain, de Madrid, que reunió sus versos en nueve títulos que constituían un recorrido por este campo madrileño: «Campos de Fuencarral», «El Molar», «Venturada», «Embalse del Lozoya», «Canción del lagarto», «Verde pinar», «Puerto de Somosierra», «En Agosto» y «Peña del Diezmo». Este Madrid, para

muchos desconcido, tenía en los versos de Barascain un magnífico intérprete. Copiamos algunos de ellos:

«Al sol
de agosto,
al calor,
en el llano de Valverde
duerme mi pastor y duerme.
(Al sol
solo duerme
mi pastor).
Por el llano de Valverde
yo le llamo y no me atiende...
Al sol
de agosto,
al calor.»

.....
.....

«Venturada,
Venturada.
¿Quién te robó la ventura?
Hay, ¿quién tus cerros talara
y tan pobre te dejara
cual la alondra enamorada
que va de espiga en espiga
picoteando la semilla?
Venturada,
Venturada.
¿quién te robó la ventura?»

.....
.....

El mismo cuarto certamen otorgó el accésit a la «Apología mística desde la Sierra Madrileña», trabajo presentado por Manuel Terrin Benavides, de Albacete. El poema es un sucesivo encuentro del poeta con el paisaje madrileño, encuentro que constituye un canto a la naturaleza y un descubrir este Madrid por muchos ignorado, que Terrin Benavides ha sabido ver:

«Hoy, Señor, que camino por el centro
de esta sierra en milagros encendida,
pongo el alma de cara hacia la vida
y en cada rayo de tu amor te encuentro:
te encuentro entre la cálida pizarra
que levanta hacia el cielo duro pico,
donde yo muchas tardes te suplico
por un pueblo que en ella se desgarras;»

.....
.....

«te encuentro, hecho canción, sobre la lira
que va trenzando el Escorial, serena
magnitud mineral donde almacena
mi boca todo aquello que respira;»

.....
.....

«te encuentro en la colina silenciosa
donde rompe la nieve blanco talle
y deja abandonados por el valle
disueltos pétalos de fría rosa;»

.....
.....

El último certamen es el que tuvo mayor concurrencia, pues fueron veintitres los trabajos presentados, para los que se pedía que, en tres sonetos, se glosaran figuras de la Hispanidad. El jurado otorgó el premio al «Tríptico para tres voces», del que era autor Miguel Sandoval Rubio, de Madrid. Este poeta glosó tres figuras cuya elección ya era un acierto: «Alfonsina Storni», «Gabriela Mistral» y «Juana de Ibarbourou». Si la extensión de este trabajo nos permitiera publicar los tres sonetos, con mucho gusto lo haríamos. Nos limitamos solo a copiar el que va dedicado a Gabriela Mistral y que dice así:

«Dentro de mí, en segura duermevela,
un niño solo y desvalido habita.
Alguna vez, solloza; alguna, grita;
alguna más, sonríe y se consuela.

Para mi niño intemporal, Gabriela,
quiero tu cuido amante, tu infinita
ternura. Yo se bien que necesita
este niño el refugio de tu escuela.
Enséñale a querer -que asignatura
para que tú le expliques verso a verso,
nana a nana, tú, plena de cariño-,

Ay Gabriela, este pulso que procura,
en mi pecho cansado, un universo
donde saberme aún y siempre niño.»

Ya hemos indicado que fue el poeta José García Nieto, galardonado en la Justa de 1976, quien tomó a su cargo pregonar la Justa Poética de 1977. Decir que García Nieto pronunció un magistral pregón es algo que a nadie ha de sorprender, pues su maestría es de todos conocida y podríamos decir que el estilo de esta Justa Poética es el que mejor le va a quien tantas muestras nos ha venido dando de su galanura y erudición. García Nieto en su pregón, alude a las Justas Poéticas de Lope, punto de partida para esta manifestación que a lo largo del Siglo de Oro de nuestra poesía, nos va dando muestras de las más altas cotas alcanzadas en los caminos de la expresión. Hace García Nieto un recorrido que se inicia con Garcilaso y Boscán, llega a los excelsos nombres del 98: Machado, Juan Ramón Jiménez, Miguel de Unamuno, Rubén Darío... para enlazar con esa generación del 27 —conmemorada hoy en su medio siglo— para llegar a la conclusión de que nuevamente se vive un momento crucial en el que la palabra más que nada, esa valedora inmarcesible de los poetas, es la que sostiene el entorno de los pueblos hispánicos. Analiza García Nieto el actual momento poético español y pone especial énfasis en considerar como un acierto de estas Justas, el incluir el tema de la Hispanidad. Dice acertadamente: «La Hispanidad no es sino una forma superior de compañía.» Y no podía faltar en este pregón, el cariño que por Madrid siente García Nieto y con abundancia de citas poéticas:

«Metrópoli felice
del cetro y del arado
que de imperio y de mies te has coronado.»

según Mira de Amescúa, nos recita aquel canto de Lope que no nos resistimos a no transcribir:

«Le dije que aquí no había
iglesia como en Toledo,
ni naves como en Sevilla
del indiano mundo nuevo,
ni puente como en Segovia
hecha por Hércules griego,
Alhambra como en Granada,
como en Lisboa extranjeros,
como en Valladolid plazas,
como en Salamanca ingenios,
como en Córdoba caballos,
en Avila caballeros,
como en Valencia jardines,
como en Zaragoza templos,
y vidrios en Barcelona,
sino un apacible cielo,
que cubre fáciles casas,
que hoy las comienza su dueño
y mañana vive en ellas
a medio secar los techos...»

Insiste García Nieto en deplorar que no sea el propio Lope de Vega quien ocupe esa tribuna «para cantar y contar a manera de oración —como diría Santa Teresa— a manera de emoción, la efemérides que nos congrega hoy en tan extremado y singular escenario». Es este un gesto de humildad que honra al poeta, pero que no precisa de ninguna rectificación, pues si buen pregonero fue aquel Lope del mil seiscientos, magnífico

lo es quien hoy ocupa esta tribuna. García Nieto supo hacer un merecido elogio y crítica de los trabajos premiados y terminó su disertación con estas acertadas palabras: «Desde aquí mismo quiero y debo, haceros a todos partícipes de esta memorable jornada en la que a la antigua tradición de las fiestas madrileñas, se une la realidad cultural y artística de una obra sin precedentes. Bajo estas velas de agua, al abrigo de esta isla de amor, el pueblo de Madrid va a recibir las innumerables manifestaciones de belleza que pueden proporcionar las gentes hermanas de Hispanoamérica.» Y como buen poeta, cerró su disertación con este improvisado e inspirado soneto:

**«Ya surca este Madrid la quilla viva
de la nave con nombres singulares,
y la unanimidad de los pilares
va haciéndose más pura y sensitiva.**

**Lleva la libertad cuanto cautiva:
vientos y cifras, pechos y lugares;
bautiza las orillas y los mares
y recobra la tierra fugitiva.**

**Cumple la primavera con su oficio
y, enamorado de la piedra dura,
su verde mar rodea el artificio.**

**Isidro en nuestra fe y en nuestro suelo,
raíces de Madrid aquí en la hondura
y las naves de América en el cielo.»**



En primer término los premiados.



PREGON DE LAS FIESTAS DE SAN ISIDRO

Por Agustín YAÑEZ
(Director de la Academia Mexicana)

ESCUCHAD el pregon:

—Aquí: los ríos de América enlazados con los de España: Amazonas y Ebro, Guadalquivir, Papaloapan y Mississippi, Plata, Usumacinta y Tajo: los caudales, medianos y más chicos llegan al Manzanares en esta fiesta madrileña y de la Hispanidad;

—aquí: el cerco de cordilleras y eminencias americanas y españolas: Andes y Pirineos, Aconcagua, Popocatepetl, Moncayo, Chimborazo, Montserrat, Machu Picchu, Momotombo, «montañas habitadas por el fuego —y las nieves— de Dios»;

—a lo alto, en orden de batalla, el escuadrón de astros y constelaciones —la Cruz del Sur al frente— que rigen dominios donde jamás el sol se pone; y los vientos atlánticos que un día impulsaron el arrojó de carabelas destinadas al connubio de continentes; los vientos que traen músicas indígenas, en contrapunto de las peninsulares, para entonar el mismo idioma, cuyas vibraciones estallan como lluvia de Pentecostés —pascua granada—, en esta Plaza, hoy cenáculo y ágora del Espíritu encarnado en la Palabra que nos une con el don de comprensión, cualesquiera sean las variantes comarcanas que la enriquecen;

—aquí: el concurso de danzas ultramarinas y castizas;
los coros de alegrías y duelos;

—aquí: la congregación: gentes, cosas, tratos de incli-
tas naciones ubérrimas, que acuden con cuantas fuerzas
tienen y las rodean, convocadas por Madrid, capital de
España, para celebrar a su Patrono en forma desbor-
dante y para testimoniar el homenaje que rinde al des-
cubrimiento, al conocimiento de América.

Corifeo de la anfictionía, el poeta indiano se adelanta:

Un vasto rumor llena los ámbitos; mágicas
ondas de vida van renaciendo de pronto;
retrocede el olvido, retrocede engañada la muerte...

Un continente y otro, renovando las viejas prosapias,
en espíritu unidos, en espíritu y ansias y lengua,
ven llegar el momento en que habrán de cantar nuevos
himnos,
lenguas de gloria...

Unanse, brillen, secúndense tantos vigores dispersos;
formen todos un solo haz de energía ecuménica...

Muestren los dones pretéritos que fueron antaño su
triumfo,
vuelva el antiguo entusiasmo,
vuelva el espíritu ardiente
que regará lenguas de fuego...

*Al pregón del poeta, en el vasto rumor, la multitud
reunida, un continente y otro alzan la mirada, otean los
horizontes, al encuentro de*

la divina reina de luz: la celeste Esperanza. (1)
Desciende la nobilísima visión de humilde labriego.
El poeta de la Villa y Corte concierta la laudanza

Madrid, aunque tu valor
reyes le están aumentando,
nunca fue mayor que cuando
tuviste tal labrador...

*En arias proseguidas, va narrando los portentos del
bendito:*

Los arados y los trillos,
en verano y en invierno,
Isidro deja al gobierno
de los ángeles de Dios,
y estánse hablando los dos...

Los bueyes, viendo el aurora,
por Isidro preguntaban,
que en aquella edad hablaban
y también hablan ahora;
él, en tanto, a la Señora
del Almudena decía
lo que sin saber sabía,
y para más contemplar,
adrede dejaba arar
los ángeles, todo el día. (2)

*En el curso hagiográfico —resurrección de hijo aho-
gado en pozo, fuentes brotadas de las rocas para la sed
y la salud, enfermos que sanan, trigo dado a los pobres
y a los pájaros, multiplicación de harinas—, el poeta
devoto hace intervenir, con los ángeles, al demonio, la
envidia, la mentira, los astros, la profecía, los ríos Man-
zanares y Jarama.*

*Sale aquí la envidia «con un corazón en el pecho y
una culebra al hombro» rugiendo:*

Un vil labrador envidio
de los campos de Madrid:
mi desventura sentid;
sentid de qué me fastidio,
y mi bajeza advertid... (3)

*Manzanares anuncia a Madrid el tránsito del bien-
aventurado:*

Sabe que eres tan dichosa,
que el cielo envidia tus prendas,
porque habiéndotelas dado,
te las quita y se las lleva.
Ya quiere llevarse a Isidro,
ya sin Isidro te deja;
pero el cuerpo soberano
quiere que entre tanto tengas...
por él quiere que los muertos
resuciten, y que tengan
los ciegos ojos, los mancos
manos, los tullidos piernas...
Mas para qué os cuento yo
sus maravillas inmensas,
habiendo de verse tantas...

El demonio, desesperadamente:

Villano, ¡viven los cielos
que no habéis, si hay fuerza en mí,
de subir donde caí...

Jarama previene a los pastores:

Isidro fue a mejor vida... (4)

*Lope no cesa de contar milagros: el sacerdote que
siente ahogarse, morir, tras haber esquilado cabellos
al difunto, y la reina, impedida de caminar, hasta devol-
ver el dedo amputado al cuerpo, como reliquia, para
traerlo al cuello engarzado en mil diamantes.*

*Más el mayor milagro de Isidro es haber alcanzado
los altares —canonizada su humildad— cinco siglos
después de su muerte —qué son los años ni los olvidos
para un labrador fiel—, en unión e igualdad con cuatro
esclarecidos españoles: Teresa de Jesús, Ignacio de Lo-
yola, Francisco Javier, Felipe Neri. El milagro más edi-
ficante.*

*Y no menor prodigio —lo atestiguamos cuantos aquí
concurrimos— es que bajo el patrocinio de sencillo sem-
brador, Madrid haya crecido asombrosamente y siga
siendo emporio de la Gracia, conservando el señorío de
su destino.*

*Muy más allá del perímetro madrileño, en los vastos
confines americanos, es familiar la figura de San Isidro
y lo popular de su devoción; pueblan sus imágenes los
templos, muchos a él dedicados; es nombre corriente de
personas, poblaciones y topografías; abundan las rome-
rías en el día de su fiesta y las procesiones cuando en los
campos falta la lluvia. Todo esto es expresión del espí-
ritu llano y democrático de nuestros pueblos que prefie-
ren la sencillez de la santidad, a imagen y semejanza de
sus desamparos.*

Aquí: Lope y Darío, poetas —torres de relámpagos, heraldos de nuestra comunidad y anfictionía— se abrazan en ademán de despedirse.

Estruendo de aplausos al don unificante de la poesía, interrumpido por estruendo trepidante. Aparece la estrella polar; se rompe la muralla de cordilleras; el océano irrumpe, la muchedumbre por litoral; se acercan las carabelas; el Almirante a la proa de la primera, esposadas las manos, alza los brazos en saludo y demanda silencio; cesa el vasto rumor de aclamación.

Oigamos al navegante:

—Pueblos míos que quise unir, al fin unidos indisolublemente por la sangre y el verbo, transferidos en crisma, infundidos en carisma: mantened ante todo la alianza de fuerzas, recursos, posibilidades y circunstancias; desterrad discordias: Isidro siempre pudo cizañas; no mireis atrás, ni sea la historia contemplación morosa; avanzad al futuro, convencidos de que ningún tiempo pasado fue mejor; avanzad con sostenido esfuerzo; águilas, cóndores y leones compongan el pendón de compacta marcha; desechad indolencias, desconfianzas y espantos; madrugadas y noches nos encuentren cantando la canción del quehacer incesante. Vuelvo encadenado por la injusticia; pero mil almas en mi alma rebosan libertad. Me presento en vuestro plebiscito para excitaros a proseguir la empresa que me atreví a iniciar, cuyos nuevos caminos os corresponde hallar con solidaridad mancomunada en siglos de siglos. Os exhorto, pueblos míos...

La multitud rompe las ataduras del visionario y lo lleva en triunfo a la plaza que Madrid le consagra hoy; la vista del Almirante recorre los Jardines del Descubrimiento.

A una, españoles y americanos aclamamos a San Isidro, a Colón y a Madrid, que nos reúne.

Guadarrama y Gredos, Sierra Morena y Sierra Madre retroceden; ya vuelan a su sitio Ixtacihuatl y Misti; en retirada, el océano recoge ya los ríos, los vientos que van a dar a ultramar; la Cruz del Sur y la estrella de navegantes han desaparecido; campanas y músicas de América buscan el nativo solar. Escenografía y acto llegan a su acabamiento.

Antes que la gente se disperse, permitid al pregonero evocar aquellas rondas de infancia en un barrio de clara ciudad mexicana, cuando temerosos de que la lluvia interrumpiera juegos y correrías a cielo abierto, los muchachos prorrumpíamos el sabido conjuro, que hoy, aquí, trueco en imploración al Patrono de Madrid, tau-maturgo de tiernos milagros meteorológicos:

—San Isidro Labrador: nunca quites a nuestras tierras el agua; pon el sol en la frente de nuestros pueblos. Así sea.

(San Lorenzo Acopilco, 9 de mayo, 1977)

- (1) Rubén Darío: *Salutación del optimista*.
- (2) Lope de Vega: *Justa poética en la beatificación de San Isidro*.
- (3) Idem.: *Isidro*, poema castellano.
- (4) Idem.: *San Isidro*, Labrador de Madrid (comedia).



PRESENCIA DE LOS ALCALDES DE LAS CAPITALS AMERICANAS

«En presencia de S. M. el Rey don Juan Carlos I, don Juan de Arespacochaga, Alcalde de Madrid, y los Alcaldes de todas las capitales de las Naciones del Nuevo Mundo depositaron aquí en homenaje a la gesta del Descubrimiento las tierras hermanas de América y España el día 15 de mayo de 1977».

Estas palabras aparecen grabadas en torno al astrolabio colocado sobre la arqueta donde se guardan mezcladas las tierras de los países hispánicos, al pie del monumento al Descubrimiento.

La celebración estuvo enmarcada en el ambiente de realista y cordial relación entre España y los pueblos de América, que el Rey don Juan Carlos I iniciara con ocasión de su primer viaje a las tierras descubiertas por Colón.

Tal significación fue especialmente puesta de relieve por el señor Arespacochaga, quien en su brillante discurso inaugural de los Jardines del Descubrimiento dijo que el acto ofrecía «una satisfacción íntima porque nuestro Rey don Juan Carlos I inauguró su reinado poniendo sobre la actualidad algo que alguna vez se intuyó y anunció con criterios historicistas y retóricos más que con los pragmáticos y políticos; es el hecho de considerar llegado el momento de la unión de aquellos pueblos que, con unas mismas coordenadas culturales y con unos mismos esquemas mentales, están dispuestos a ser una colectividad importante en la organización del mundo futuro. Quiere ser así el primer hito de un importante movimiento que, lanzado desde la capital de España y recogido desde muchos países americanos, pueda lograr en un breve plazo la cristalización de un deseo bien sentido a ambos lados del Atlántico».

Invitados por don Juan de Arespacochaga, Alcalde de Madrid, fueron huéspedes ilustres de la Villa las siguientes personalidades:

Los Alcaldes americanos asistentes a esta inauguración fueron: Osvaldo Andrés Cacciatore, Intendente Municipal de Buenos Aires; Mario Mercado, Alcalde de La Paz; Jean Drapeau, Alcalde de Montreal; Bernardo Gaitán, Alcalde de Bogotá; Patricio Mekis, Alcalde de Santiago de Chile y Presidente de la OICI; Blanca Luz Molina, Gobernador Departamental de Guatemala; Raymond Roy, Alcalde de Puerto Príncipe; Henry Merriam, Alcalde de Tegucigalpa; Luis Valle Olivares, Ministro del Distrito Nacional de Managua; Diómedes Concepción, Alcalde de Panamá; Porfirio Pereira, Intendente Municipal de Asunción; Arturo Caverio, Alcalde de Lima; Juan Estrella Rojas, Alcalde de Santo Domingo; Oscar Rachetti, Intendente Municipal de Montevideo. Asimismo, asistieron representantes de los Alcaldes de Quito, Miami, Guatemala y Gobernador del Distrito Federal de Caracas, y entre otros invitados especiales: María Elena Ortiz, Embajadora de Costa Rica en México; Aquilino Ribeiro, Presidente de la Cámara Municipal de Lisboa, y Alejandro Serrano, Secretario General de la OICI.

En nombre de todos ellos, don Juan Estrella Rojas, Alcalde de la Ciudad de Santo Domingo, exaltó, en el acto de inauguración del Monumento del Descubrimiento, la significación de la gesta española. He aquí los textos de los discursos pronunciados por don Juan de Arespacochaga y don Juan Estrella Rojas.

DISCURSO DEL ALCALDE DE MADRID

MAJESTAD, Ministros del Gobierno español, Embajadores y Alcaldes de las Capitales de las Naciones Americanas que nos damos cita aquí, con una misma ilusión y con un mismo pensamiento.

Señoras, señores:

Pocas veces en la historia de una ciudad hay ocasión de vivir un acto como el presente. Pocas veces en ese devenir ciudadano, hecho de dificultades, de complicaciones urbanísticas, de problemas y agobios comunes a todas las ciudades del mundo, pocas veces, repito, se da

el hecho de un acto como el actual, en el que una gran plaza hecha con todo el mimo, todo el entusiasmo y todo el sacrificio que le es posible poner en una obra a un Ayuntamiento, logre la sustitución de una vieja y familiar plaza dedicada al descubridor, por este amplísimo recinto en el verdadero centro de la urbe actual y que se acerca más que a lo que el Descubridor supone a lo que el Descubrimiento ha supuesto ya en la historia del mundo.

La inauguración en Madrid de una estatua dedicada a Cristóbal Colón pudo haber tenido hace años las características conocidas. De hecho, estatuas a Colón existen en todos los países del mundo Iberoamericano y del mundo Angloamericano, pero lo que hoy inauguramos aquí no es un monumento a Colón, que lo único que se ha hecho ha sido transportarlo, en su viejo trono de piedra, desde el centro de la antigua plaza a un lugar importante y destacado en los nuevos Jardines.

Lo que verdaderamente inauguramos hoy es el gran monumento al Descubrimiento, al acto del traspaso no de una cultura, sino de la Cultura que desde los tiempos de la vieja Grecia, en donde tiene su nacimiento, ha venido dando la impronta y marcando su carácter dominante a toda la serie de viejas culturas que existieron y desaparecieron. Esta cultura fue precisamente España la que tuvo la honra de llevar a un nuevo Continente.

El dedicar una plaza al Descubrimiento supone, pues, inmortalizar en un monumento el acto histórico de extensión de una cultura que tiene por base el entendimiento del hombre como protagonista directo de su propio destino, es por tanto rendir tributo en piedra a toda una forma de entender la vida y es, al tiempo, reafirmar la esperanza de que esta civilización es capaz todavía de tender puentes hacia el futuro y dar la posibilidad de que nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos por muchas generaciones, vivan dentro de una civilización que institucionalizó el derecho que descubrió la mecánica cuántica, que dominó la tierra y la mar y el espacio, que hizo dogma de los derechos humanos y desarrolló la moral de la igualdad y la ética del auxilio al débil.

Y paralelamente para Madrid, esta inauguración

ofrece una satisfacción íntima porque nuestro Rey Don Juan Carlos I, inauguró su reinado poniendo sobre la actualidad algo que, alguna vez se intuyó y anunció con criterios historicistas y retóricos más que con los pragmáticos y los políticos; es el hecho de considerar llegado el momento de la unión de aquellos pueblos que, con unas mismas coordenadas culturales y con unos mismos esquemas mentales, está dispuesto a ser una colectividad importante en la organización del mundo futuro y en la defensa porque también tiene sus ataques, de nuestra cultura. Quiere ser así el primer hito de un importante movimiento que, lanzado desde la capital de España y recogido desde muchos países americanos, pueda lograr en un breve plazo la cristalización de un deseo bien sentido a ambos lados del Atlántico.

El Alcalde de Madrid ha sido viajero frecuente, como tantos españoles, en tierras americanas. Por razones turísticas, por razones técnicas, por razones de su cargo ha visitado todos sus países. Pues bien, quizá una de sus más íntimas y señaladas emociones la tuvo en una de las playas del viejo mundo, unas largas playas plateadas y desiertas, con el nácar limpio como lo dejó la Era Terciaria, a miles de kilómetros de su país, quedó sorprendido oyendo de repente a un niño decirle: ¿de dónde vienes? En la pregunta del chaval, estaba latente otra todavía más importante: ¿a dónde vas? En este a dónde vas, se encierra quizá una de las razones principales de la apertura del Centro Cultural en la Plaza del Descubrimiento, con lo que Madrid tiene así el orgullo de ofrecer su colaboración entrañable y monumental a la historia que aún está por escribir.

Al dar las gracias Señor, a los Alcaldes de las Capitales de los pueblos americanos por su visita y en ellos a la representación municipal que ostentan, encarnación directa del pueblo y en el pueblo, el Ayuntamiento de Madrid lanza desde aquí su grito jubiloso de que hay en el corazón de la Capital un nuevo centro para servir al destino histórico común de los países Iberoamericanos, en la línea que ha señalado un Rey en cuya estirpe se encuentran aquellos que hicieron posible el Descubrimiento.»

DISCURSO DEL ALCALDE DE SANTO DOMINGO

SOLAMENTE señores, la fuerza de las cosas históricas ha podido decidir que fuese yo, quien sin ningún mérito para ello, a no ser el antes dicho, haga uso de la palabra en este acto trascendental y justiciero, para en nombre de todos los alcaldes aquí reunidos, expresar a la Madre Patria, en las personas de Sus Majestades don Juan Carlos I y doña Sofía, del Gobierno español y del Honorable Alcalde de la Capital de este gran país, que hoy ofrece esta obra, no sólo para el deleite de los hombres y mujeres de esta gran Villa de Madrid, sino de toda la América hispana y del mundo mismo, la gratitud de todos los pueblos que surgimos tras la larga noche de aquella gran hazaña, por el hecho de que se haya consagrado en esta exquisita plaza, y en piedra inmortal y eterna, uno de los acontecimientos

más discutidos, que llenó de gloria esta gran nación, y que sacudió y obligó a una reorientación general a los ya casi incrédulos genios del viejo mundo.

Por ello, un gran poeta dominicano dijo que «En ocasiones, la salvación del porvenir está en el pasado». Y ese concepto, desbordante de luminosa sabiduría, adquiere en este lugar una vigencia, una plenitud maravillosa.

En efecto, tanto la Madre Patria como los países de nuestra América, tenemos que entregarnos con una vocación visionera a revalorizar nuestro estilo de vida y nuestra actitud ante el mundo sobre los fundamentos de una hispanidad renovada.

Proclamamos con una fe absoluta que únicamente mediante el reencuentro con nuestras raíces espirituales lograremos rescatar nuestra autenticidad un tanto desdibujada, y prevalecer así sobre los vientos críticos que soplan agresivamente en toda la dimensión del planeta.



Aquí se guarda tierra de España y de todos los pueblos de América.

Por razones supremas de supervivencia, tenemos que abrazarnos a la corriente hispanizante y motorizarla con todo el ímpetu de nuestras energías vitales, pasando por encima de los renegados de la hispanidad.

Y en los mecanismos de la hispanidad, que nos imprimen trascendencia, hay vigor de respuesta a todos y cada uno de los signos inquietantes de nuestro tiempo. Ella guarda en sus entrañas recuerdos invencibles de humanización. En ella está la clave para reconstruir el andamiaje moral del hogar debilitado. También los ingredientes necesarios para darle sustancia y fisonomía de familia a cada uno de nuestros pueblos en particular y a la conjunción de todos ellos en sentido general, y, naturalmente, con la gloriosa España a la cabeza.

En la hispanidad encontramos los instrumentos definitivos para afrontar los choques generacionales, las ominosas contradicciones sociales y los influjos extraños metidos de contrabando que generan perversiones políticas al menguar en la cultura y falseamiento con la identidad nacional.

Tenemos que hacer un alto en el camino y elevarnos en una renovada profesión de fe hacia las plenitudes y destino interior de lo hispánico.

Al profundizar en este acto de fe, desembocamos en la conclusión y en la evidencia incontestable del liderazgo que la historia le asigna a la Madre Patria. En este momento y en este camino...

España se ve perfilante nueva vez, como una fuerza de la historia, con incidencias de tipo universal.

Un gran dominicano, el doctor Joaquín Balaguer, presidente de mi país, expresó en un memorable discurso pronunciado en 1951, ideas con estatura profética en torno a la permanencia de España como potencia civilizadora y con inagotable gravitación sobre los destinos de la humanidad, que bien pueden ser recordados en esta estimulante mañana.

Citamos esas ideas visionarias. Dijo el presidente Balaguer:

«Ahí está España, más grande cuanto más combatida, más gloriosa cuanto más calumniada, y ahí seguirá dominando el panorama de la historia universal, en cuyas páginas se hayan impresas las hazañas para toda la sucesión del tiempo. Para arrancar a España de la his-

toria sería preciso que Dios volviera a hacer el mundo, y que las huellas de aquel pueblo, indeleblemente estampadas en la corteza terrestre, desaparecieran barridas por el relámpago y el rayo, bajo el horror de la noche sin fin y de las constelaciones sin nombre. Pero, ¡ah! señores, si un día el mar se levantara de su lecho para extender su dominio sobre toda la redondez de la tierra, el hundimiento de España provocaría tal sacudida en medio de esa catástrofe universal, que el océano se encresparía, temeroso de que esa ráfaga de estirpe titánica volviera a nacer en las profundidades submarinas, para avasallar otra vez las olas, lanzando nuevas carabelas a la conquista de lo desconocido.»

Termina la cita de este magistral atisbo del doctor Balaguer, sobre las proyecciones de eternidad del país español, venerable tronco y cifra ilustre de los valores de la hispanidad.

Su Majestad don Juan Carlos I, el Primer Ministro y los técnicos e intelectuales que colaboran con él, son instrumentos del destino en la forja del nuevo liderazgo español.

Las visitas de sus Majestades don Juan Carlos I y doña Sofía a nuestra América y el bullente diálogo e intercambio auspiciado por las autoridades españolas entre la Madre Patria y los pueblos latinoamericanos, crean un cordón umbilical, y sobre esa base cobra vigencia y pulsación una comunidad de destino y queda vertebrada una unidad histórica viviente.

En estos Jardines del Descubrimiento, y soliviantados los corazones por la mágica capacidad de sugerencias del perfume, queremos dar paso a estas reflexiones, en vivencia de profundo registro interior...

La grandeza de España está en nosotros y seguirá entre nosotros por siempre. La hispanidad la respiramos y vivimos y la pronunciamos bajo matices diferentes, pero en medio de una intensa y común vibración sobre la ardiente geología americana. La presencia de España avala y domina a contrapelo de la mezcla racial y del cataclismo de cultura en contradicción en que estamos inmersos.

Somos latinoamericanos y tenemos encantos telúricos por gracia y fundamentación de la hispanidad.

Y para soslayar esa ligazón nuestra a la España inmortal, tendríamos que suicidarnos en el idioma, en la sangre, en la cultura viva, en las creencias religiosas, en los males que nos electrizan y en nuestras propias raíces y fermento como entidades nacionales. Tendríamos en fin, que violentar nuestra sustancia y ausentarnos de la historia.

Los Jardines del Descubrimiento y el Centro Cultural de la Villa de Madrid, técnicamente están aquí; empero, vuelan en alas del simbolismo y se nos antoja visualizarlos como instalados en el corazón sensible del hombre latinoamericano.

Al movernos en este ámbito de la belleza desnuda y liberada, recuerdo aquel párrafo, con temblor de constelaciones: «España es el único pueblo, después de Roma, que ha reunido en sus manos los cuatro puntos de una túnica; los cuatro extremos del planeta».

Cuando el poeta dijo: «En ocasiones la salvación del porvenir está en el pasado», metió entre sus puños toda la verdad.

Por eso señores, no parece una coincidencia que esta obra justiciera y eterna no se haya vaciado en el metal inmortalizador del bronce, sino que se haya creado en la piedra labrada por los mares y los vientos de siglos, para que a partir de este momento no dependa del hom-



El Rey de España, Don Juan Carlos I, recibió en audiencia especial a los alcaldes y representantes de los municipios americanos que asistieron, como invitados de honor, a los actos de inauguración de los Jardines del Descubrimiento.

bre, de sus reacciones, de sus pasiones ni de sus errores, la consagración del descubrimiento de un nuevo mundo, sino que sea la naturaleza misma que haya aportado en sus formas más primitivas, pero más definitivas, el único elemento de verdadero carácter imperecedero, la piedra eternizante.

Afinquémonos en la plenitud creadora del pasado y aferrémonos a las fibras enérgicas de la hispanidad y entonces la carga de sueños de estos Jardines del Descubrimiento, se convertirá en vida y en fuerza animadora de la paz y la confraternidad universal.

No seríamos consecuentes en el momento en que se inauguran los Jardines del Descubrimiento, si no hiciéramos mención de dos de las figuras más sólidas y definitivas que incidieron en la increíble hazaña que consagraron las carabelas del milagro, el de la Reina Isabel, cuya visión y firmeza contribuyeron a la extensión de los imperios de España y el del insigne navegante genovés Cristóbal Colón, gracias a cuyo genio se produjo el descubrimiento del Nuevo Mundo.

España gloriosa e inmortal. Si fuisteis capaz de aquella jornada increíble que hoy consagran estas piedras y que puso bajo el dominio de una cultura llena de fe y de nobleza, una gran parte de mundo que resultó pequeño a tu genio, tus hijos hispanos a quienes hoy, más que en un acto protocolar, reúnes en un acto de familia, esperamos que inspirada en la misma fe que fortaleció hace casi cinco siglos a una mujer inmortal llamada Isabel, te reafirmes con la misión que te legaron tus fundadores y te engrandezcas más, porque así te soñamos tus hijos, y fortalezcas en el presente, y con caracteres de eternidad, el título que nadie puede arrebatarte como nación civilizadora por excelencia, el de Madre Patria.

MUCHAS GRACIAS



En presencia del Rey de España, los alcaldes de las capitales de América depositaron al pie del Monumento del Descubrimiento tierra de sus respectivos países.

APUNTES PARA UN CATALOGO DE LAPIDAS MADRILEÑAS



XVI

I. Mesejo, Emilio. Madrid, 1864. Madrid, 1931. Actor.

II. A instancias del Ayuntamiento madrileño se dio su nombre a una calle en la que se colocó una lápida rotuladora donada por el señor Samper.



III. La lápida que da nombre a la calle es de mármol con hojas de laurel en bronce y dice «Calle de Emilio Mesejo. Actor cómico. 22 febrero 1931».

IV. Tuvo lugar el descubrimiento de la lápida rotuladora el miércoles 8 de julio de 1932. El acto estuvo presidido por el alcalde de

Por Juan SAMPELAYO

Madrid, don Pedro Rico, quien ensalzó en breves palabras la gloria de Mesejo como actor genuino del sainete español. Asistió la viuda de Mesejo, doña María Fernández, así como los escritores don Pedro de Répide, don Antonio Casero, Ventura de la Vega, Ramos Martín y otros y notables actores y actrices. Puso fin al acto la Banda Municipal.



interpretando escogidos trozos de «La Verbena de la Paloma». El vecindario había engalanado las casas cercanas con colgaduras y mantones de Manila.

Esta calle lleva hoy en el callejero de Vías Públicas de Madrid —edición de 1971— la denominación de Los Mesejos —el hijo fue igualmente muy conocido actor—, y empieza en la avenida de Barcelona, 109, y termina en la de Valderribas.

* * *

I. Guridi, Jesús. Vitoria, 1886. Madrid, 1961. Músico. Compositor. Académico de la Real de Bellas Artes de San Fernando.

II. La lápida fue colocada a instancias de la Sociedad General de Autores de España —período presidencial de don Joaquín Calvo Sotelo— en la casa donde vivió y murió el ilustre músico en la calle de Sagasta número 12.

III. La inscripción de la misma dice así: «A la memoria del compositor Jesús Guridi, 1886-1961. Que vivió y murió en esta casa. La Sociedad General de Autores de España. MCMLXV.»

IV. El acto de descubrimiento de esta lápida tuvo lugar en la mañana del lunes 31 de mayo de 1965, estando presidido el mismo por los alcaldes de Madrid y de Vitoria; presidente de la Sociedad General de Autores, don Joaquín Calvo Sotelo; vicepresidente, don Federico Moreno Torroba, quien representaba en su calidad de Académico a la de Bellas Artes, así como distinguidas figuras

de la música, el teatro y las letras. Se encontraban igualmente presentes los más cercanos deudos del maestro Guridi.

Habló en primer lugar don Joaquín Calvo Sotelo, quien destacó los valores humanos y musicales de Guridi, poniendo de manifiesto la dura servidumbre del compositor de ópera en nuestro país, «que ve —dijo— como el tiempo cubre de polvo sus obras sin que sean representadas».

A continuación, hizo uso de la palabra el Alcalde de Vitoria quien agradeció en nombre de su ciudad este homenaje que le rendía la de Madrid, señalando cómo Vitoria había hecho lo propio colocando una lápida en la casa donde nació el artista.

Habló luego el Alcalde de Madrid quien manifestó cómo el Ayuntamiento de la capital de España, a la que tanto amó Guridi, se asociaba de todo corazón a este homenaje que ahora se le rendía agradeciendo a la Sociedad General de Autores de España la realización del mismo.

Por último, y en nombre de la familia, habló el hijo mayor del maestro, quien dio las gracias en términos emocionados por este homenaje que se rendía a su padre, recordando otros semejantes celebrados en Vitoria y en Bilbao, donde se habían colocado sendas lápidas en las casas donde aquél nació en la capital vitoriana y vivió larga estancia en la bilbaína. Muy nutridos aplausos acogieron los mencionados parla-

mentos, así como el momento en que se descorrió la cortinilla que cubría la lápida recordatoria.

* * *

I. Menéndez y Pelayo, Marcelino. Santander, 1856. Madrid, 1912. Escritor. Polígrafo. Académico.

II. A iniciativa del Ayuntamiento de Madrid se dedicó la presente lápida a don Marcelino Menéndez y Pelayo, la cual figura en la fachada de la Real Academia de la Historia, calle del León número 21, donde aquél en su piso tercero vivió siendo Director de la Corporación.

III. La lápida de grandes proporciones dice así: «Gloria de España y de toda la república de las letras, Marcelino Menéndez y Pelayo residió en esta casa desde el año 1894 hasta 1912, siendo, primeramente, bibliotecario, y director, después, de la misma. A su eterna memoria, esta lápida ha dedicado el Excelentísimo Ayuntamiento de Madrid en 30 de marzo de 1921».

IV. El descubrimiento de esta lápida se efectuó el 30 de marzo de 1921 asistió el Ayuntamiento madrileño en Corporación y bajo mazas el Director de la Real Academia, Marqués de Laurecín. De la Corporación se encontraban presentes los Académicos señores Bonilla, Puyol, Ba-



llesteros, Altolaguirre, Castañeda y otros, así como distinguidas personas del mundo de las letras.

* * *

I. Real Academia de Farmacia.
Farmacia II.

II. Son dos las lápidas existentes y ambas promovidas en la ocasión del Centenario de la Facultad de Farmacia.

III. Los textos de las lápidas son los siguientes.

REGE FERDINANDO VII
OPTIMO SCIENTIARUM PRO-
TECTORE
IN ANIMI ORATI TESTIMO-
NIUM
ET PERTPETUAM TANTI REGIS
MEMORIAN
PHARMACEUTICI HISPANI
HAS AEDES ERUDITIONI PU-
BLICAE BREXERE
ANN MDCCCXXX

la otra reza así:

«En 1830 se inauguró este edificio erigido por los farmacéuticos españoles en el I Centenario de esta efemérides, el Real Colegio de Farmacéuticos perpetúa con este recuerdo la memoria de aquella generación. 29 noviembre 1930».

IV. No hubo para estas lápidas una inauguración o descubrimiento particular, ya que según testigos presenciales se hizo en una sesión conmemorativa del Centenario mencionado, y que tuvo lugar, en la entonces Facultad de Farmacia y donde hoy se aloja la Real Academia, en la tarde del sábado 23 de abril 1927.

Sesión solemne en la que hablaron el Catedrático de Historia de la Farmacia, profesor Folch; el Decano, doctor Casares Gil; el profesor Forns, y el doctor Carracido, así como el Director General de Sanidad Militar y el representante de los estudiantes de Farmacia.

Todos los oradores en sus discursos de altos y brillantes tonos pusieron de relieve la importancia de la creación de la Facultad, de la que Forns hizo una muy detallada conferencia. El doctor Carracido señaló el valor y la trascendencia de la fiesta que en aquel momento se desarrollaba, y a la que asistió una muy nutrida y brillante representación del

Claustro, así como de la clase farmacéutica y del alumnado.

* * *

I. Ermita de San Antonio de la Florida —la vieja.—

II. Junto a la entrada del templo, cuyos frescos fueron pintados por el genial don Francisco de Goya, figura esta lápida colocada por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando en testimonio de agradecimiento al Banco de Granada por las ayudas financieras de la entidad a la reconstrucción de esta Ermita.

III. El texto de la lápida dice así: «Las obras de restauración de esta ermita fueron costeadas por el Banco de Granada. Medalla de Honor de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Madrid, 30 de mayo 1977».

IV. La ceremonia del descubrimiento de la misma tuvo lugar en la mañana del día 30 de mayo de 1977, festividad de San Fernando, patrono de la Real Academia. Tras la Santa Misa oficiada por el Académico y Secretario General de ésta, reverendo padre Federico Sopena, y en la que interpretó composiciones de Beethoven al órgano, el también Académico don Ramón González de Amezuza, se celebró el acto de entrega de la Medalla de Honor.

El mismo se celebró en el propio templo a pie del altar. Asistió la casi totalidad del Cuerpo Académico, el Consejo de Administración del Banco de Granada en pleno, así como distinguidas personalidades del mundo del arte y numerosas damas. En primer término habló el padre Sopena, quien tras leer el acta académica de la concesión de la Medalla, glosó el valor de la misma en la vida artística española.

A continuación, habló el director de la Academia, Marqués de Lozoya, quien destacó los valores del mecenazgo y cómo merced a éste, noblemente ejercido por el Banco de Granada, las geniales pinturas de Goya podrían de nuevo ser admiradas por las gentes del mundo entero.

Habló después el Presidente del Consejo de Administración del Banco de Granada, señor don Miguel Rodríguez Acosta. Agradeció las palabras de los anteriores oradores, señalando el honor que para el

Banco representaba esta distinción que ahora se le otorgaba y cómo el Banco consideraba un deber realizar, junto a sus tareas privativas, esta otra de prestar su ayuda al arte y la cultura patrios. Nutridos aplausos acogieron las tres prolusiones anteriores.

Entre los académicos presentes se hallaban los excelentísimos señores Marqués de Lozoya, Camón Aznar, Enrique Segura, Juan de Avalos, Federico Mares, González de Amezuza, Hernández Díaz, Arrese, Iñiguez, Pardo Canalis, Hidalgo de Caviedae, Blanco Soler, Cervera Vera, César Cort, Joaquín Rodrigo, Luis Moya, Muñoz Molleda, Pérez Comendador, Chueca Goytia y, los electos, Segovia y Domínguez Salazar.

* * *

I. Aguilar y Rodríguez, Florestán. La Habana, 1872. Madrid, 1934. Médico. Odontólogo, Académico.

II. La lápida está dedicada a don Florestán Aguilar, Vizconde de Casa Aguilar, por los odontólogos españoles en el cincuentenario de la incorporación de los mismos a los estudios universitarios.

III. El texto de la lápida que es de mármol con letras en bronce y de pequeño tamaño dice así: «En el cincuentenario del título de odontólogo, a Florestán Aguilar, los odontólogos españoles. 23 abril 1951.» Está colocada en la fachada de la casa número 1 de la calle de Florestán Aguilar.

IV. En tres partes hemos de centrar este homenaje. Una primera, la del descubrimiento en sí de la lápida, que tuvo lugar ante la casa de referencia a las once de la mañana del martes 24 de abril de 1951. Se encontraba presente la viuda de Aguilar y otros miembros de su familia, todos los cuales fueron saludados por el Alcalde de Madrid, Conde de Santa Marta de Babio, antes del comienzo del acto. Asimismo estaba presente el Teniente de Alcalde, señor Pérez Fernández; Delegado de Tráfico; señores Reina, Fuente Pila, y Presidentes de los Colegios Provinciales de Odontólogos.

En primer término habló el doctor Espejel, Presidente del Colegio General de Colegios Oficiales de Odontólogos y Estomatólogos, quien destacó la figura del doctor Aguilar. En



nombre del Ayuntamiento hizo uso de la palabra, adhiriéndose al acto, el Primer Teniente de Alcalde, señor Álvarez Ayucar.

La segunda parte de este homenaje se centra en un solemne funeral en San Francisco el Grande por el alma de don Florestán Aguilar y odontólogos fallecidos.

En cuanto a la tercera se refiere a un acto académico celebrado en la Escuela de Odontología de la Ciudad Universitaria, presidido por el, a la sazón, Ministro de la Gobernación, don Blas Pérez González.

El acto conmemoraba el cincuenta aniversario de la creación del título de Odontólogo y la incorporación de sus estudios a la Universidad, de todo lo cual fue promotor el doctor Florestán Aguilar.

El señor Pérez González señaló la oportunidad de los actos celebrados y destacó cómo en los cincuenta años últimos mucho se había logrado en Odontología, pero aún quedaba mucho por realizar.

Revisó la figura de don Florestán Aguilar. «Para vosotros —dijo— fue el fundador, el innovador, el maestro, el hombre generoso que ascendió en jerarquía profesional, económica y social, para volcar sobre sus compañeros y discípulos el saber de su ciencia y la ayuda material de su patrimonio. Para el resto de los españoles fue don Florestán Aguilar ejemplo de lo que puede la energía, que desde una posición modesta le elevó a las cumbres sociales, espejo de lealtad a sus ideas, convicciones y afectos; maestro universitario que

con inteligencia y elegancia llevó la voz de España al concierto ecuménico de la cultura.

Desde esta Cátedra de la Ciudad Universitaria, por cuya creación tanto luchó, dediquemos una plegaria a su alma y hagamos votos con las mejores venturas de la profesión que tanto amó.»

* * *



I. Urquijo, Estanislao de. Marqués de Urquijo. Murga (Alava) 1817. Madrid 1889.

II. La citada lápida fue colocada en la casa de la calle de la Montera número 36 —hoy desaparecida— a instancias de la Asociación de Escritores y Artistas en agradecimiento a un Legado que a su muerte Urquijo hizo a aquella.

III. La lápida estuvo colocada desde su descubrimiento en 30 de junio de 1890 hasta que, por derribo de la casa y en un triste y lamentable abandono, desapareció la misma. Debajo de un medallón con el busto de Urquijo, obra del escultor señor Gibert, la inscripción decía así: «A su ilustre bienhechor don Estanislao de Urquijo y Landeche, Primer Marqués de Urquijo. La Asociación de Escritores y Artistas 1890.»

IV. La citada lápida fue descubierta el lunes 30 de junio de 1890. La cortinilla que la tapaba fue descubierta por el Presidente de la Asociación de Escritores y Artistas, el ilustre poeta don Gaspar Núñez de Arce. A continuación, los asistentes se trasladaron al piso primero de la misma casa en donde se hallaba situada la Academia Médico-Quirúrgica. En su salón se celebró el acto que podemos calificar de inaugural. En primer lugar se leyeron párrafos del testamento del Marqués referidos al legado hecho a la sociedad.

Después el Secretario de la misma dio lectura a la relación de acuerdos tomados para honrarle.

Acto seguido el poeta y académico don Manuel del Palacio leyó un soneto en su memoria que fue muy aplaudido, haciendo después uso de la palabra don Gaspar Núñez de Arce, quien pronunció un brillante discurso enalteciendo la personalidad humana y política del Marqués de Urquijo, poniendo de relieve sus tareas en pro del pueblo de Madrid en sus días de Alcalde.

En nombre de los familiares de Urquijo agradeció el acto el Marqués de Cubas, terminándose aquél con la lectura del acta de todo lo sucedido por el notario don Gonzalo de las Casas.

Apuntaremos que el donativo del Marqués de Urquijo para socorros a miembros de la sociedad fue repartido el día anterior al acto de referencia.

* * *

I. Palacio de la Cámara de Comercio e Industria de Madrid. (Príncipe, 28, y Huertas, 13).

II. Es muy importante y guarda gran interés tanto en la historia de Madrid como en lo que se refiere al arte y al comercio éste palacio sito en la calle de Príncipe, 28, y Huertas, 13, del que traer aquí su noticia en las vertientes citadas sería muy largo e imposible por tanto. Quede como la mejor referencia de la historia del Palacio en sus aspectos citados la obra de los señores don Miguel Capilla y don Tomás Borrás: «La casa-palacio de la Cámara de Comercio e Industria de Madrid. Antigua mansión de los Duques de Santona», editada por la citada Cámara en 1972.

III. Tres son las lápidas del recuerdo que hemos de señalar aquí.

He aquí sus textos: «Esta portada es obra atribuida al gran arquitecto don Pedro de Ribera, y fue ejecutada el año 1734 durante el reinado de Felipe V».

La otra dice de este modo: «Este edificio fue adquirido en propiedad el día 6 de junio de 1933 por la Cámara Oficial de la Industria de la Provincia de Madrid, siendo presidente don Casimiro Mahou García, y secretario general don Francisco

Carvajal y Martín. Por acuerdo de la Cámara se colocó esta lápida».

La lápida tercera reza de este modo: «Este edificio, adquirido en 1933, fue definitivamente restaurado y habilitado para la instalación de todos los servicios y dependencias de la Corporación, siendo presidente don Teodomiro González Baylin y secretario general don Angel Verdasco García. El pleno de la Cámara, en sesión de 27 de abril de 1961, acordó la colocación de esta lápida conmemorativa de la solemne inauguración celebrada el día 4 de octubre de dicho año».

IV. No hubo en cuanto a la inauguración o descubrimiento de estas lápidas, fecha especial ya que puede considerarse la citada anteriormente de la inauguración en el palacio restaurado del 4 de octubre de 1961.



